



AÑO 9.º

NUM. 100.

LA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

ESPAÑA MODERNA

~~~~~  
**Director: JOSE LAZARO**

—  
**ABRIL 1897**  
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

Teléfono 3.145.



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



# EL SALUDO DE LAS BRUJAS

---

## SEGUNDA PARTE

### I

#### ERCOLANI

El nido en que se refugiaron Rosario y Felipe María cuando á éste le ordenaron los médicos completar la curación de su grave herida respirando aires de campo, es una villita, de construcción y fecha reciente, pero, como veremos, de antiguo estilo, enclavada en el pedazo de paraíso que forma la península de Mónaco, ceñida en torno por el cinturón de terciopelo turquí del Mediterráneo. En tan diminuto Estadillo, con su ejército de muñecas que no llega á cien soldados, se reúne más gente rica, antojadiza y desocupada que en los ámbitos de una gran nación; y las quintas y las villas construídas por hábiles especuladores ó por millonarios hartos del mundanal ruido y ansiosos de quietud, son, en su género, obras de arte, realzadas por una espléndida naturaleza que no abruma con su exuberancia como la de los trópicos; un paisaje todo armonía y luz, todo nobleza de líneas y suavidad de tonos, unas olas y unas playas finas que evocan los sueños claros y ligeros de la Grecia clásica.

La villita se encontraba más próxima á Rocabruna que á la capital de Mónaco, en una de las gentiles escotaduras del golfo de

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARGA LOSÉS



Génova; y si á sus espaldas se extendía, trepando por las vertientes de la montañuela, un bosque poblado de cedros, limoneros, palmeras y olivos, los jardines iban descendiendo por medio de una serie de terrazas escalonadas, hasta la playa misma, anfiteatro de rubia arena, que, como el engaste de un zafiro, cerca una ensenadilla siempre dormida, siempre transparente y azul.

El que había erigido la villa Ercolani—así se llamaba—no era un industrial deseoso de sacar buen rédito al capital invertido, y que por consiguiente emplea materiales de segunda y construye á la malicia, sino un magnate escocés estrafalario y lunático, dotado de esa imaginación impulsiva y sin freno que suelen tener los hijos del Norte, cuando gastan el lujo de tener imaginación. Cansado de las nieblas, de las románticas leyendas y los polares inviernos de su dura patria; detestando hasta el nombre de Walter Scott y María Estuardo; jurando que en Escocia no se podía vivir, porque todo se volvían historias de asesinatos y cabezas cortadas; renegando de los melancólicos *lochs* y de aquellos tristes macizos graníticos erizados de picos y cortados por sombríos desfiladeros, de las siniestras bahías y de los áridos valles casi horizontales que ellos llaman *glens*, entenebrecida el alma por la salvaje rudeza de Caledonia, creyó disipar los negros vapores que la envolvían residiendo en un país que ni tuviese crónicas, ni tradiciones, ni recuerdos; un país joven, apacible, meridional; y para mejor olvidar las brumas y los espectros de la tierra alta, propúsose saturarse de paganismo, según sus manías estéticas, que le proponían como ideal la cultura helénica y latina. En realizar el capricho se gastó bastantes millones el señorón. Viajó por Italia y Grecia; dirigió excavaciones; desenterró ó compró á peso de oro estatuas, columnas, mármoles y mosaicos, y no aprobó el plano de la villa hasta que le pareció digno de su ensueño. El resultado fué maravilloso. Los fragmentos, los restos arqueológicos que en las salas y galerías de los Museos parecen tan fríos y tan descabalados, adquirieron, al destacarse sobre un cielo purísimo, al lucir sobre un intenso fondo de vegetación, todo su encanto peculiar. La columna de alabastro acanalada, con su chapitel de intrincadas volutas, se alzó firme y briosa, entre el follaje de los granados y los mirtos. El vaso de rotas asas, con su bacanal esculpida en alto relieve, se completó al engalanarlo una caprichosa enredadera; y el busto de Pan, ó la figurilla de la Ninfa



agreste, parecieron vivos y hablaron misterioso lenguaje bajo la tibia sombra de los árboles cubiertos de dorado líquen, ó en el fondo de la gruta donde las peñas rezuman el hilo sutil de agua cristalina.

Con estos despojos de una edad artística, la villa ganó lo único que falta al ideal país de Mónaco: algo que recuerde el pasado, algo histórico, pero que no evoque memorias de dolor y de sangre, sino de nobleza, poesía y heroísmo.'

En memoria del templo de Hércules, que se cree existía donde hoy está Mónaco, el escocés impuso á su locura el nombre de villa Ercolani. El palacio es exactamente una antigua villa romana, con elementos griegos en la ornamentación, lo cual sucedía en muchas del Lacio, y tiene una distribución tan bella como racional y lógica, superior á la de las casas modernas, y que apenas se concibe cómo hoy no se restaura. No le faltaba ni su vestíbulo, donde hacían la guardia dos esfinges de jade, ni el desahogado atrio que cerca espaciosa columnata, con el impluvio que recoge el agua llovediza del compluvio, y el terso estanque, donde se supone que el visitador ha de lavarse los empolvados pies; ni el peristilo con otro estanque y otra columnata más fina y gallarda aún que la primera, ni el triclinio con su nínfeo en el centro, mirando al jardín, vista que realza el pórtico y sus cuatro estatuas de bronce, auténticas, encontradas en el lugar donde es tradición que se celebraban los juegos ístmicos, cerca del bosque de pinos consagrado á Neptuno. Delante del pórtico se escalonaban las terrazas, con suave declive hacia el mar.

Tenían estos palacios de la gran Roma sobre nuestros edificios modernos la ventaja de la respiración. Eran viviendas con pulmones; aspiraban el aura vital en sus múltiples patios descubiertos, y bebían la regalada frescura de sus estanques y fuentes: aire y agua á discreción. El escocés quiso reproducir fielmente y hasta el último ápice la vida romana, pero ni el mismo Vinckelmann lo conseguiría, pues hay exigencias modernas imprescindibles, y el más clásico no se alumbra hoy con aceite en lámparas de bronce, ni pasea por mar en una birreme con velas de púrpura, de esa forma escultural que se observa en la nao de Caronte. Al que quiere revivir el pasado, siempre habrá algo que le llame al presente con la voz irónica de la realidad.



En el mobiliario, sobre todo, vióse precisado el escocés á transigir con lo que detestaba; no logró, por más esfuerzos que hiciese, por más dinero que derrochase, amueblar la villa Ercolani como podría estarlo la de Horacio ó la de Augusto. Esto trastornó su no muy sana cabeza. Cada nota contemporánea que sorprendía en Ercolani, le causaba accesos de furor. Llegó al extremo de despedir á un criado porque dejó un periódico sobre la mesa de jaspe sostenida en ancas de león de bronce, una de las antiguallas más auténticas que la villa encerraba. Un día que cierto célebre artista inglés, rival de Leighton, calificó la villa Ercolani de "bonito *pasticcio*," su dueño pidió el coche, hizo la maleta y abandonó para siempre aquellos lugares donde se dejaba malgastado la mitad de su caudal. Ya casi arruinado por la villa, ahogado después á causa de otros despilfarros no menos fantásticos y estupendos, hubo de vender por un pedazo de pan la locura, y el fondista de Mónaco que la adquirió empezó á hacer buen negocio alquilándola muy cara por dos años á Felipe María Flaviani, para quien acababa de descubrir aquel verdadero tesoro Sebastí Miraya, el periodista.

La luna de miel de Rosario y Felipe era llena, radiante, deliciosa: tenía el aroma y la forma perfecta de una de las aureas naranjas que con la mano podían cojerse desde las gradas de amarillento mármol lesbio del pórtico. Habían llegado á Ercolani de una sentada desde París, sin querer detenerse en Ventimiglia ni en Niza, haciendo el viaje con las manos asidas y los ojos en los ojos, sonriendo sin querer, en el transporte de una dicha de esas que no se miden. Hasta que descansaron en la villa, no se dieron cuenta de lo que les pasaba, ni paladearon gota á gota esa impresión, realmente inefable para los enamorados, de encontrarse juntos, solos y lejos del universo. Nadie como ellos podía apreciar el valor del apartamiento; venían deseosos de huir, no tanto de la gente, cuanto del ruido. La gente, desde el momento en que Rosario, con ciega intrepidez, se instaló á la cabecera de Felipe moribundo, fué despedida en la antesala por el inteligente Adolfo, que, al aliciente de las propinas de Miraya, supo dejar con un palmo de narices á los curiosos, á los noticieros de periódico, y hasta á los amigos de Felipe, sin más excepción que Yalomitsa, y, por supuesto, Miraya también; Miraya, que aprovechó aquella desgracia



para crearse un puesto propio en la casa de Felipe y en la intimidad de Rosario, á quien ayudó en la asistencia, velando como ella todas las noches. De lo que deseaban emanciparse era del bullicio parisiense, del vértigo de una populosa capital, y de aquella repentina celebridad de sus amoríos, compuesta de todos los elementos de ironía, escepticismo, curiosidad malévolá y fingido interés, —lo que más hiere y lastima el corazón de los enamorados.—Estorbábales también en París la sombra de Jorge Viodal, desesperado, enfermo, y por último, fugitivo. El pintor acabó por irse á Mallorca, no pudiendo soportar la vergüenza y el dolor de que su sobrina habitase bajo el techo de Felipe, y el remordimiento de haberla impelido á este paso hiriendo al joven Flaviani. Mensajes y cartas fueron inútiles para conseguir que Rosario volviese á su hogar: estaba resuelta á no moverse del lado de Felipe, y así se lo hizo saber á su tío en terminantes palabras. Convencido ya Viodal de que no salvaría á Rosario, levantó la casa y desbarató el estudio. Acrecentaba su perenne tristeza la vista de los “Cuatro elementos” abandonados desde que la chilena faltaba de allí; las flores secándose, los peces subiendo muertos, panza al aire, á la superficie del acuario; las aves con el bebedero vacío, y hasta el fuego mal encendido, con leña verde; porque antes Rosario dirigía y cuidaba de los menores detalles, vigilando é inspeccionando á encargados y sirvientes, y el pintor, á las preguntas de estos, sólo contestaba ahora encogiéndose de hombros, como si dijese: “Todo me es igual. Ya puede llevárselo el diablo.” Por fin, en uno de esos saltos repentinos de la voluntad, exasperada por un constante suplicio, Viodal cortó las tradiciones queridas de su existencia, y vendió la ninfa del acuario, la soberbia chimenea, los tapices, hasta las flores... Fueron llevándose poco á poco aquellos objetos familiares que cada uno tenía un recuerdo, y había recogido, por decirlo así, algo del amado ambiente de Rosario. Sin más equipaje que sus pinceles, dejando el famoso cuadro de la *Crucifixión* enrollado en la boardilla, donde depositó unos cuantos muebles que no pudo vender, Viodal salió de París y se embarcó para las Baleares, donde esperaba domar con el ejercicio y anestesiar con el aire libre esa inquietud punzante que nos impulsa á mudar de sitio esperando mudar de dolor.

Fué esta huída de Viodal anterior á la mejoría decisiva y com-



pleta de Felipe. Aún yacía en la meridiana, sin fuerzas, ojeroso, demacrado y con los labios pálidos, cuando el pintor abandonó á París. Al reponerse Flaviani, al cicatrizar su terrible herida, al empezar á dar algún paseo en coche por las calles del bosque de Bolonia, que ya hermo­seaba la primavera, supo la desaparición de su vencedor y rival. Observó á Rosario y no vió en sus ojos ni sombra de pena cuando contó Yalomitsa como habían sido vendidos los “Cuatro elementos”. Era sin embargo el ayer de la chilena, lo santo de su vida, lo alegre y lo puro de su juventud, eso que algún comprador desconocido acababa de llevarse en el cáliz de una rosa ó en la pluma de un pájaro..... A los dos minutos, Rosario charlaba y reía sin aludir á la conversación pasada.

## II

### INSTALACIÓN

Cuando Felipe María, al abrir los párpados después de un largo desvanecimiento, había visto á Rosario á su cabecera, no sintió extrañeza: parecióle natural que la chilena estuviese allí, cogiéndole la mano, lo mismo que una madre. Desde el primer momento, sus injuriosas presunciones se desvanecieron: la lucidez que á veces acompaña á las proximidades de la muerte le descubrió en el rostro de la chilena, en su gesto, en su voz, en un no sé qué imposible de definir,—la verdad de su inocencia y el noble móvil de sus actos.— Rosario, arrodillada, balbuciente, pedía perdón; no el que piden los criminales, sino otro *perdón*, el que solicita el alma enamorada cuando hace daño sin querer: el que angustiosamente pedía Viodal al dar á Rosario la noticia de la herida de Felipe. Rosario se creía culpable de que Felipe estuviese á las puertas de la sepultura. Era ella, su obstinado silencio, su incomprensible abandono, lo que había ocasionado aquella desgracia tan grande. ¡Ah! ¡Que Felipe viviese, y Rosario pagaría su deuda!

Con energía juvenil y apasionada, de que sólo pueden dar idea las abnegaciones de las razas jóvenes, en que todavía se encuentran casos de adhesión incondicional, en que las relaciones de



dependencia de la mujer al hombre toman forma de religioso entusiasmo, Rosario se consagró á amparar con la mano la débil llama de vida que aún conservaba Felipe. Asistencias como aquella se habrán visto pocas. Los médicos se asustaban de encontrar á Rosario siempre de pie, despierta, infatigable, contando los minutos para administrar la poción ó el alimento. La herida, que había rozado el pulmón, podía presentar complicaciones graves, lesiones que, conjurado el primer riesgo, trajesen la neumonía aguda ó la tisis. La existencia pendía de un sutil cabello; cualquier descuido era mortal.

Rosario se interpuso entre Felipe y la muerte, dispuesta, como la heroína del cuento de Andersen, á dar sus ojos, su hermosura, su alma, para rescatar la presa.

Así que Felipe fué dejando de ser el moribundo á quien la menor emoción, la menor sacudida puede llevar derecho á la fosa, así que recobró fuerzas, Rosario sufrió otra transformación. Desapareció su familiaridad, la sencilla confianza con que entraba y salía en la habitación del enfermo, la ternura casi maternal con que le acariciaba la cabeza, pasándole la mano por las sienes y enjugándole el sudor de la calentura. Hízose recelosa y reservada; desvióse sin querer, echándose atrás con una especie de pudorosa rebeldía, que se acentuaba á medida que volvía la salud al cuerpo de Felipe. Cuando entraba alguna visita, cuando Miraya saludaba á Rosario con una especie de forzado respeto, la chilena se retiraba á su cuarto, roja de confusión, y allí desahogaba los sentimientos provocados por el combate entre una resolución irrevocable y la resistencia de un alma honrada y altiva á consumir el sacrificio del honor. Resuelta, lo estaba firmemente; de Felipe María era su vida desde la hora en que estuvo á punto de cortársela. De Felipe María, y ni podía ser de otro, ni servir para otra cosa; y si la idea de vivir con Felipe fuera de la ley la quitaba el sueño y atirantaba sus nervios, la del casamiento un tiempo proyectado sublevaba su orgullo. Esposa de Felipe María Leonato, obstáculo á su engrandecimiento y á su porvenir..... nunca. Hay una solución para todo destino; hay un modo de desatar el nudo más estrecho, y esa solución no la ignoraba Rosario; la tenía preparada, dispuesta su voluntad á aplicarla. Pero en la juventud y en el período de vigor, la muerte parece, por decirlo así, cosa *imposible*; algo que no ha dellegar á realizarse nunca, *inefectivo*, sin consistencia; mientras



la vida desarrolla horizontes y perspectivas tan amplias, que un día puede encerrar lo infinito. Rosario soñaba con Felipe una dicha muy grande, pero en el umbral de esa dicha retrocedía y temblaba..... Se renuncia á la fama, á la honra, al respeto del mundo, y se defiende, sin embargo, la vergüenza, último velo del alma, jamás desgarrado sin que tiemble y sufra la mujer.....

Felipe María comprendió el estado moral de Rosario. Supo apreciar aquella delicadeza de sentimiento, que aquilataba la esperada ventura. Sano, pero débil aún, ya nervioso, ya abatido, sintió á su vez deseo de envolver en el misterio y proteger con la distancia la felicidad. Repugnábale verse encerrado en un rincón de París; detestaba oír las rodadas de los coches y los gritos de los muchachos voceando los periódicos; le irritaba, á veces hasta el paroxismo, la diaria visita de Miraya y la continua presencia de Yalomitsa—aunque éste trataba á Rosario como á una diosa.—Apenas Miraya, encargado de buscar un retiro campestre, hubo descubierto la Ercolani, al anochecer, sin que lo sospechase ni Dauff (la curiosidad y la indiscreción reporteril en persona), tomó el tren en compañía de Rosario, y al amanecer de aquella primera noche que pasaban juntos sin que Rosario velase por atender á un enfermo, se bajaban en Rocabruna y su coche los recogía y los dejaba á la puerta de la villa, extasiados como niños en una comedia de magia.

Sebasti Miraya, al hacer el viaje de Mónaco para descubrir una residencia tan ideal, no había perdido el tiempo. Los tres ó cuatro meses de París, el "barro á mano" que venía de Dacia, habían producido en Miraya una transformación curiosa y digna de notarse. Ya no era el mal trajeado que vimos en el primer capítulo de esta narración: Dauff, especialista en la propaganda de costumbres parisienses, se había encargado de "desengrasarle" y arreglarle y vestirle como corresponde. Si en esto tuvo mal discípulo, y si el incorregible abandono y los gustos plebeyos de Miraya le mantuvieron fiel á las corbatas chillonas y á los guantes baratos, y reñido con el baño y con las exquisitas menudencias del aseo personal, salió en cambio aprovechadísimo alumno en todo lo que es ciencia social y discernimiento de gentes: su inteligencia clara y aguda le hizo enterarse pronto de mil cosas de actualidad y mundanismo necesarias para brujulear en el oceano de París. No dejándose embelesar por este sabroso estudio, lo refirió exclusivamente á la cau-



sa felipista, para la cual reclutó prensa y adeptos, trabajando sin cesar y haciendo labor fina cuando gestionaba la aparición de un retrato de Felipe María en una Ilustración, ó su caricatura en uno de esos periódicos humorísticos y ligeros de ropa que se venden en los kioscos. Por estos medios la causa de Felipe había ido popularizándose, según los vaticinios de Dauff. El dinero, hábilmente distribuído, se convertía en artículos, en sueltos, en vistas de Dacia, en unas carterillas blancas y rojas que se llamaron *Felipes* y en que se hizo moda guardar las tarjetas: detalles de esos que dan en París nombre y atmósfera á una causa desconocida. La noticia del desafío de Felipe María y de su herida divulgó su fama de valiente; y el pueblo dacio, cuyo ideal es todavía el valor y el desprecio de la vida, porque se vé en el caso de luchar por su independencia, celebró como una gracia del príncipe heredero el duelo á muerte; y Miraya, con aplomo admirable, hizo correr allá la voz de que el lance tenía por motivo unas palabras injuriosas contra los patriotas dacios, desmintiendo la versión oficial, propalada por Nordis, de que se trataba de faldas. ¡Faldas! He aquí lo único que desesperaba á Miraya..... las faldas malditas, el terrible obstáculo atravesado en el camino que se había propuesto recorrer. ¡Ah! ¡Si no fuese por Rosario! Pero Rosario lo desbarataba todo. Miraya recontaba los daños causados por la chilena, su funesta acción sobre el destino de Felipe. No era la bailarina muerta, era la mujer viva la culpable. En primer lugar, la rotunda negativa á las proposiciones de los emisarios; en segundo, el choque con Viodal, que por poco les deja sin príncipe; en tercero, el escándalo europeo fruto de este lance, y que tal vez enfriase las buenas disposiciones de la princesa de Albania, tan deseosa de adornar su retrato con el lacito blanco y rojo. ¡Rosario! Era la mancha negra del felipismo; era la sombra que lo envolvía y velaba. ¿Qué hacer para librarse de su desastroso influjo?

—Nordis—pensaba Miraya en momentos de violenta irritación —no tropezaría seguramente en esto que yo tropiezo. Nordis..... ¡ah! Ese..... Ese es expedito..... Ese emplea recursos que..... ¿No fué él quién enseñó á Viodal la estocada maestra, el golpe á la italiana, que decidió el resultado del desafío..... y que á poco más.....? Pero Nordis tiene guardadas las espaldas: el duque Aurelio le sacará adelante por mucho que se comprometa.....! Nosotros estamos en distinto caso..... ¡Si se nos van los pies!.....



Estas reflexiones sepultaron á Miraya en meditación profunda. Sus ideas iban y venían como olas; pero consiguió dominar aquel extraño estado psicológico, rechazar ciertas visiones que se le presentaban, insinuantes y tenaces, y llegar á una conclusión más serena y más acorde con el respeto á las leyes de Francia, que ponen á salvo la seguridad y la vida.

—Sin duda la situación es mala—pensó—pero las he visto peores. Y aquí, Miraya, es donde vas á probar tu habilidad. Tienes tres objetos: separar á Rosario de Felipe; preservar á éste de otra asechanza de Nordis, y lograr que en Dacia la opinión se divida, y muchos consideren este episodio como un pecadillo de la juventud. Separar á Rosario de Felipe..... es por hoy imposible. Pero en cambio..... después del paso que ha dado esa sirena..... me parece que se ha cerrado para siempre la puerta del matrimonio. En eso ha sido poco hábil. Si aspiraba á bodas..... anduvo torpe. ¿Qué razón hay ya para que se casen?..... Esto hemos ganado..... Contratiempo por contratiempo, prefiero la estocada de Viodal al casorio con su sobrina..... Y, puesto que estamos en plenitud de amor, que huyan, que se retiren, que agoten pronto la copa, que descubran su fondo... Yo les buscaré un asilo; malo será que no lo encuentre, y á mi gusto; pero ha de ser algo que *les acerque á Dacia*; país donde la libertad de fronteras y la afluencia de viajeros haga que no se note la llegada de un agente, y donde, lejos de este torbellino de París, me sea fácil mirar por Felipe, preservarle de asechanzas..... y observar qué pajarracos sospechosos revolotean por allí..... Mientras le crean entretenido con su novela de amor, le dejarán en paz: seguro estoy de ello..... ¡Ah! ¡Con tal que á nuestro augusto monarca y señor no se le ocurra morirse antes que Felipe se canse de Rosario!..... ¡Antes que la calaverada haya abierto brecha en su fortuna!

Estos pensamientos decidieron á Miraya á convertirse en aposentador é intendente de los enamorados. A propósito hizo las cosas en grande: no sólo pagó por la villa Ercolani lo que le pidieron, sin regatear, sino que buscó para Felipe María un servicio digno de sus ínfulas de príncipe, y montó cuadras y cocheras, aprovechando las lecciones de Dauff, con regia esplendidez. Entre la servidumbre colocó á dos dacios de toda su confianza: uno en funciones de cochero, otro en las de mayordomo ó despensero, que tenía bajo su vigilancia al jefe y á los pinches. La instalación era fastuosa



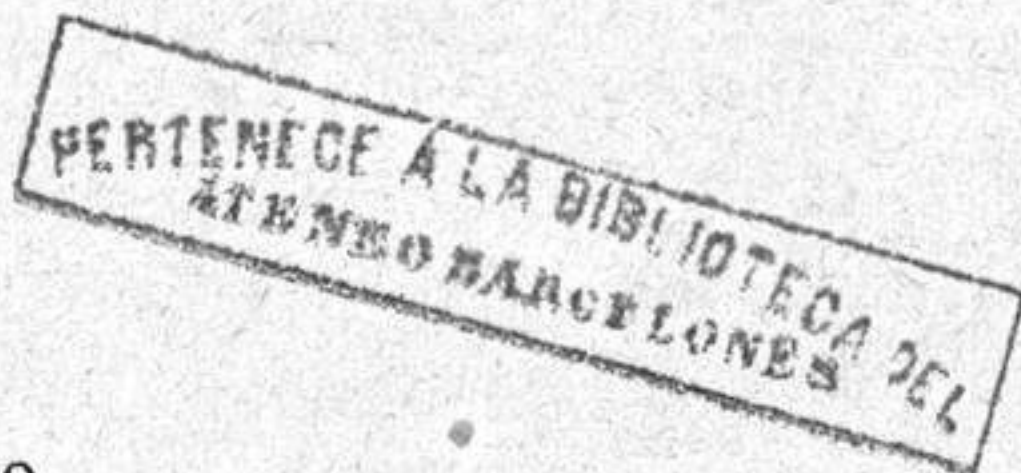
hasta rayar en insensata, pero Felipe María, con el engreimiento del amor, que hace olvidar las consideraciones del orden práctico, lo aprobó todo, todo lo encontró de perlas, y, sin rechistar, dió á Miraya letras contra su banquero en París, ordenando además á éste que abriese crédito en Mónaco, á fin de no tener ni la molestia de escribir pidiendo remesas de fondos cuando hiciesen falta. Así entraron los dos enamorados en la Ercolani.

## III

## ODA DE HORACIO

A ciertas horas del día, sobre todo en las primeras de la mañana y en las que preceden á la puesta del sol, era indecible la poesía de la Ercolani. Antes de que el sol picase fuerte, la frescura y pureza del aire, aliento vital de la madre Venus, blando céfiro que sale de un baño de rocío sacudiendo las alitas, prestaba tonos rosados á las estelas de alabastro y á los bustos de mármol, y recordaba la serenidad luminosa de la atmósfera ateniense, que, según dicen, parece manar leche y miel. A medio día, los fragmentos antiguos, caldeados y como estremecidos por el sol, halagados por los efluvios de amor esparcidos en el ambiente, revivían una vida singular, y las ninfas sonreían á los nervudos faunos, y los amorcillos tenían en sus pedestales actitud de impaciencia, ansiosos de volar, de beber la cálida atmósfera y la esencia de las rosas, violentamente profanadas por abejas y moscardones. A la tarde, con las primeras y refrigerantes brisas del mar, que subían impregnándose de resina en el verdiazul ramaje de los pinos, los mármoles se diría que reposaban, que se preparaban á disfrutar el sosiego de la noche, envueltos en aquel hálito suave y vivificador. Lo único que contrastaba con el helenismo de los mármoles, era una nota modernista, el aroma de gardenia que exhalaban los macizos de los jardines, llenos, á pesar de las manías del escocés, de plantas y flores desconocidas en la antigua Grecia.

La esplendorosa luna de miel de Rosario y Felipe brillaba mejor en el fondo de arte y naturaleza que la Ercolani le prestaba. No





sospecharía el lunático que la creación de sus antojos iban á aprovecharla dos seres que, al encontrarse allí, creyeron, en los primeros instantes, haber descubierto el paraíso. Suele decirse comunmente, que el amor lo transforma todo, y puede convertir un tugurio ó zaquizamí en palacio de dorados camarines; y será verdad si se aplica á gente sencilla, que no ha refinado las necesidades de la vida y no ha exaltado la imaginación con lo que más la enciende y solivianta, que es el arte; pero á los que tienen muy cultivada la sensibilidad artística; á los que siempre han vivido con lujo y llenos de requilorios, no les puede bastar una cabaña y un trozo de negro pan, así lo sazonen y condimenten todas las alegrías amorosas del mundo. Al sibarita le dañará siempre el roce de la hoja de rosa.

Por lo mismo que Rosario y Felipe—cada uno de ellos obedeciendo á distintos móviles, que producían el mismo resultado—se habían abrazado á aquella felicidad con el ímpetu del que quiere olvidarlo todo, con el arretrato del que cierra los ojos y se lanza á un precipicio vestido de flores, y en cuyo fondo resuena misteriosa música, el contraste de un sitio feo, triste, incómodo, les hubiese vuelto á lo que evitaban y temían: la realidad. En ciertos espíritus de gran cultura estética—ya que no moral—el amor está lleno de exquisiteces, de finuras idealistas, y quiere condiciones donde lucir libremente su gallardía y belleza propia, sin que lo sujeten prosáicas ligaduras. En la Ercolani encontraron los dos enamorados esta idealización casi mágica. Como niños á quienes presentan el apetecido juguete, batieron palmas, transportados de gozo, cuando recorrieron por primera vez aquel albergue incomparable. La risa, dulce compañera de las tranquilas horas del amor satisfecho, les asaltaba al estudiar el *pasticcio* del escocés, y al creerse, por momentos, trasladados á los tiempos de Horacio y Lidia.

Reíanse de los anacronismos que tanto habían desesperado al hipocondriaco escocés. Les hacía prorrumpir en festivas exclamaciones cada disonancia que advertían; la carretela descubierta—que por las tardes les llevaba á Rocabruna ó les paseaba á orillas del mar, donde los grandes pinos, quitasol de abiertas ramas, avanzaban atrevidamente sobre los peñascos, debía ser,—¡quién lo duda!—una *biga* romana; y la bonita y ligera falúa—que tripulaban dos marineros corsos—una birreme con cordaje de seda y velas de púrpura.



En ciertos sitios de la villa,—por ejemplo el rincón de una de las terrazas, donde un bosquecillo de mirto y rosas servía de asilo á la Venus mutilada, admirable fragmento de una belleza que sorprendía á los artistas,—por momentos Rosario, que tenía imaginación más virgen y ardorosa que la de Felipe, se creía realmente fuera de la vida actual, en las edades en que se vivía para la felicidad breve, deshojada como la flor que á la mañana despliega su broche y á la tarde cae mustia y triste, aunque perfumada todavía y con restos de su pristina hermosura. Y de este recuerdo pagano nació en Rosario la primer fugitiva ráfaga de melancolía, esa melancolía voluptuosa que, como la risa involuntaria, acompaña á la excesiva ventura, abrumadora para el mortal. Pero con un esfuerzo ligerísimo disipó la pequeña nube. Era preciso no pensar sino en lo presente.

Arte supremo, en el cual consiste tal vez el secreto de la dicha, el de echar á un lado todo género de preocupaciones cuando se presenta un momento de esos que en la vida son excepcionales y únicos. Ni Rosario ni Felipe calculaban: obedecían al instinto no queriendo saber si había algo fuera de la Ercolani. La villa podía pasar muy bien por uno de esos jardines mitológicos en que se pierde el sentido. Todo era allí cómplice de la enajenación y la embriaguez amorosa. Aquellos mármoles de Paros y de Samos tenían el clásico impudor y la fiebre de vida que animaban á las generaciones que los crearon. Su vaga sonrisa, la eterna torsión de su cuerpo, aconsejaban el olvido de las penas, de la vejez y de la muerte. Ni la naturaleza ni los complacientes mármoles dirigian á Rosario ninguna severa advertencia. En la Ercolani, el escocés se había guardado bien de poner capilla ni imágenes cristianas; allí los númenes eran Venus y las Ninfas; y la fé de española de Rosario se adormecía en su abrasado corazón. Felipe y ella sentían que el arte es paganismo, al pie de aquellas Ninfas incitadoras que reían de gozo al verles pasar.

Nunca se levantaban á hora fija: las lunas de miel son enemigas del método. Había mañanas en que se despertaban muy tarde, agobiados de pereza y languidez, y otras en que el fervor de la sangre juvenil y la inquietud de la dicha ansiosa de adquirir conciencia de sí propia les movían á madrugar. Rosario era quien generalmente llamaba á la puerta del cuarto de Felipe, ya con traje de mañana, de blanca franela, armada de sombrilla y de calzado



de campo. Felipe se arreglaba á escape y salía á encontrarla bajo el pórtico, donde se doraban al vivo sol los robustos faunos y entreabrían sus labios de amante y pecadora piedra las Ninfas. Y corriendo como muchachos, locos, beodos de claridad, subían á buscar la sombra del bosque, á tal hora animada con los gorjeos de las aves y las correrías de los insectos por el musgo de los troncos. Los cedros y los pinos derramaban bálsamo, y el azahar de los limoneros, arrebatado por una brisa palpitante, les sugería epitalamios. No hacía bastante calor para acogerse á la gruta, y sentados en un banco de piedra rojiza, traído de la famosa villa de Cicerón, hablaban ó permanecían mudos y juntos, porque el silencio era tan hermoso como las palabras. Algunas veces llevaban consigo un libro, pero poco leían, porque el deseo de comunicarse lo leído era más fuerte que el afán de leer, y en realidad, si algo sacaban del libro, era pretexto para reanudar la conversación. En sus diálogos, sólo discurrían acerca de lo presente: de lo venidero no se hablaba nunca, y respecto al pasado, no se nombraba á Viodal sino por alusión remota, y Felipe lo hacía con una especie de humorística y desdenosa piedad, á lo cual tenía derecho, ya que por poco le cuesta la vida. Al leer no se asociaban: eran uno y otro demasiado refinados para no comprender que en la impresión que nos produce un poeta, entra siempre algo inefable de nosotros mismos, imposible de comunicar, tan imposible como que, á pesar de las desesperadas tentativas del amor, un alma llegue á fundirse con otra alma. Los poetas verdaderos penetran en ese interior santuario donde ni el amor penetra, y hay que recibirles á solas. Es raro, además, que un mismo poeta logre, en momentos dados, conmover á dos almas. Cuando Rosario leía, éra sólo por entregarse á igual ocupación que Felipe. Este, en cambio, buscaba en los poetas el reflejo de sus sensaciones y la armonía con el mundo exterior, y especialmente le deleitaba la lectura de Horacio,

Coge la flor que hoy nace alegre, ufana:  
¡quién sabe si otra nacerá mañana!.....

El afán de detener la dicha al vuelo, como se caza una mariposa, era lo que dominaba en Felipe. La certeza de que aquel celeste episodio no era eterno, ni aun duradero, prestaba á su sentimiento un



ardor que á veces se parecía al frenesí; duplicaba la intensidad de su pasión y le despeñaba, por decirlo así, con los ojos cerrados, á un insondable golfo de ventura. ¿No acababa de ver de cerca el sepulcro? ¿No podría estar ahora ya disuelto, convertido en ceniza? Era pagano, pagano, y disfrutaba del instante fugaz.....

Del bosque ó de la playa no se retiraban hasta medio día. Entonces bajaban, saturado el pulmón de vivificantes brisas, el cuerpo ágil y restaurado con el ejercicio. Antes del almuerzo bañábanse en el mar. Rosario era gran nadadora, Felipe algo menos, pero ella le amaestraba y sostenía. Sencillo goce el de entregarse á aquellas olas azules tan limpias y tan apacibles como las de un lago, y ver los hermosos brazos de Rosario que las cortaban con elegante y rítmica precisión. Tranquilos, con la sangre fresca, subían á sentarse á la mesa del almuerzo, no sin que Rosario se vistiese uno de esos trajes de verano que son todo muselina y encajes. Tomaban el café en el pórtico, anacronismo del cual no se asustaban los faunos, que tampoco dejaban de gallardearse en sus pedestales cuando el humo del cigarro de Felipe—otra cosa bien ajena á los tiempos mitológicos—subía en espiral á envolver su eterna, su inmortal alegría.....

En las horas de la siesta era cuando mejor saboreaban los dos el placer de verse juntos en la soledad. Sentían filtrarse por sus poros la molicie penetrante de aquel aire elástico y perfumado, olor de mar y de flores, y el goce de vivir, como vivirían los semidioses, si les fuese dado elegir género de vida, y si descendiesen á la tierra en esta prosáica edad. Las suaves manos de Rosario vagaban entre los rizos de Felipe, y al pasar cerca de los labios siempre recogían cosecha de caricias.

A las cinco tenían enganchado el coche, y ó bajaban á Rocabruna, ó recorrían la costa, por la cual serpeaba el camino tortuoso, en que, al través de los troncos y el ramaje horizontal de los grandes pinos quitasol, se veían girones del azul del mar. A veces, en alguna playa solitaria, les esperaba un criado con cestillos de paja fina que contenían frutos, una botella de Ay, dos ó tres exquisitas golosinas traídas de Mónaco. Y merendaban con expansión de chiquillos, cogiendo conchas, corriendo por la orilla, escondiéndose y travesando. Otras veces salían á caballo: Rosario montaba sin miedo, y daba gusto verla derecha en la silla, con el magnífico



rodete de su pelo recogido bajo el sombrerillo de fieltro á la tirolesa, y el mórbido cuerpo modelado por el paño de su traje. El sano ejercicio aprovechaba á los enamorados y les evitaba esas crisis de tristeza que á veces acompañan, en nuestra pobre naturaleza humana, á los derroches de fluído nervioso. Volvían á Ercolani cuando la luna plateaba el mar; cuando á lo lejos la iluminación de la ciudad se reflejaba como una torre de fuego en las serenas olas; cuando el aire, tibio aún del calor solar, adquiría la grata frescura nocturna; y su dicha, más recogida y misteriosa en aquella calma, adquiría la deliciosa vaguedad de un sueño. Tal era realmente la impresión de Rosario: creer soñar. La chilena se dejaba mecer por esta idea seductora: que estaba soñando, y que la vida que circulaba por sus venas era no de aquí, sino de otro mundo mejor, más bello y apacible.

#### IV

##### ENTRE FLOR Y FLOR...

Lo externo de la existencia de Felipe y Rosario, podría causar envidia á los monarcas en su trono. La vida del hombre encierra pocos momentos así, y quien no los tasase y estimase en todo su precio carecería de sentido. Sin embargo, no valdría nada el espectáculo de los jardines de la Ercolani, como nada había valido para el misántropo escocés, si no lo alumbrase la luz interior del alma. Un fondo de paisaje, un palacio artítico, realza y avalora la felicidad, pero no puede crearla. Más que el panorama, nos importa lo que piensan, lo que meditan, lo que ven en el porvenir los dos enajenados amantes.

Uno de los desalientos que abaten al amor y cortan sus vuelos en busca de lo infinito, es el comprobar que las mismas circunstancias, las mismas impresiones, resuenan de un modo diferente en cada alma; es el cerciorarse de que las almas rara vez vibran al unísono. Si por casualidad llega á producirse esta unidad de vibración, el momento es de una ventura tan profunda y completa, que apenas puede resistirla el ser humano. Pero estos momentos son con-



tados. Bien sabe el enamorado lo que hace cuando aspira, como al bien más grande que existe en la tierra, á salir de sí mismo, á abandonar su conciencia y su yo, á disolver su alma en otra alma; huir de sí mismo es evadirse del más negro calabozo, y entrar en un espíritu que ama, abrirse la puerta de la gloria. Por eso Felipe María, en las horas de intimidad, en esos instantes en que el corazón se derrama porque rebosa, solía murmurar bajito al oído de su amada: "No soy Felipe, nena..... Soy Rosario, ¿entiendes? Soy tú....., y tú eres yo, yo mismo."

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando á manera de esbirros que salen á capturar al prisionero que se evade, ó á guisa de canes que persiguen al esclavo fugado y oculto en la espesura, venían los pensamientos de Felipe á romper el encanto, volviéndole á la realidad. No, él no era Rosario, y de sobra lo comprendía al mismo punto en que, apretando contra su pecho la cabeza seductora de la sobrina de Viodal, deseaba con deseo agudo, casi rabioso, incorporar á su espíritu aquel espíritu joven, vibrante de pasión y de ilusión. Si alguna vez consigue el amor realizar ese anhelo elevado y puro de la mezcla de las almas, es por el único medio de la unión completa, definitiva é irrevocable de la vida y del destino. Sólo el convencimiento de que otro ser está allí para acompañarnos hasta el trance de la muerte, sin separación posible, más que la separación fatal que también aparta y aísla el alma del cuerpo donde habitó, puede hacer que en cierto modo, y con ayuda de una atracción vehemente y perseverante, moral y física, se realice ese fenómeno en que acaso consiste toda la beatitud posible en lo humano: el no sentir aislada el alma, el poseer un alma doble. Y Felipe María, al comprenderlo así, sintió dos ó tres veces impulsos irresistibles de decir á Rosario:

—¿Por qué no nos casamos, gloria mía?

Al oír la proposición, una ráfaga de contento iluminaba los ojos negros de la chilena; pero con negación enérgica, reiterada, movía la cabeza vivamente.

Apenas soltaba la frase, Felipe sentía, allá en su interior, *algo* que se arrepentía y protestaba. No sabría decir qué, pero era *algo*. Y ese *algo* maldito, ese *algo* personalísimo de Felipe y ajeno por completo á Rosario, determinaba en Felipe una reacción involuntaria, indefinible y vergonzosa, en que entraba como elemento



esencial esta idea: "Tanto mejor..... Ella te quiere..... la tienes aquí, contigo, á tu lado..... y eres libre, libre..... ¿Quién te impide prolongar esta situación cuanto te plazca? Y si así lo deseas, después....."

El *después*—el enemigo del amor, el garfio que rompe la tela de la intimidad moral—se presentaba ante Felipe María bajo forma de un porvenir de ilimitadas perspectivas, no precisamente felices, sino grandes, hondas como la sima de la ambición, á cuyos bordes solía creerse sentado, y donde poco á poco se veía caer, como aquel á quien un vértigo arrastra y á quien llaman voces que le fascinan. Si á ratos deseaba y conseguía olvidar que existiese nada real más allá de la villa Ercolani, á poco reaparecía la realidad delatada por algún pormenor insignificante, y en ese pormenor encontraba Felipe señal evidente de aquel inevitable dualismo: porque esos pormenores que en él despertaban extraña excitación, picante y fuerte como la del peligro, en Rosario causaban otra impresión contraria: un momentáneo abatimiento, indicios de pasión de ánimo, seguidos de una exaltación vehemente en las manifestaciones del cariño, como si previendo el fin de sus amores tratase de aprovechar los instantes que la suerte la otorgaba, fuesen largos ó cortos. El fondo doloroso de aquella situación era que los dos amantes sabían—sin decírselo ni á sí mismos—que su convivencia tenía un desenlace previsto, seguro, que toda su voluntad no podría evitar. Si Rosario exigiese de Felipe una unión eterna, y aun sin exigirla, con sólo admitirla, se quitaría el riesgo. Pero antes de aceptar tal solución, Rosario era capaz de arrojarse al golfo desde uno de los promontorios donde, sentados sobre una roca, habían pasado ella y Felipe ratos inolvidables.

Pequeñas circunstancias eran á veces gotita de agua helada que produce el estremecimiento y despierta del éxtasis. Desde su herida; desde que su nombre había empezado á rodar por la prensa y su retrato á figurar en las publicaciones ilustradas, Felipe María recibía muchas cartas—adhesiones, ofrecimientos de servicios, respetuosos saludos de personajes del partido felipista.—Los primeros días, el correo se hacinó sobre el mueble escritorio, sin que Felipe se acordase de meterle mano. Rosario, al entrar por las mañanas en la habitación de Felipe, miraba disimuladamente la torre de cartas, y una candorosa alegría se pintaba en sus ojos cuando advertía que no habían sido abiertas, ni aun removidas. Un día notó que el



montón tenía otra figura: sin duda Felipe lo había registrado. Al siguiente pudo observar pedazos de sobres en el cesto, y cartas abiertas bajo el prensapapeles. Poco después, hasta juraría que Felipe contestaba á alguna de las misivas, y que la respuesta era llevada á Rocabruna por el cochero dacio, en una de esas excursiones que hacen los criados, no con encargo de secreto, pero con especial comisión de sus amos, un recado que es de uno especialmente, y no de otro de los dos que viven juntos.

También desazonó á Rosario la prensa. Los periódicos, dacios y parisienses, llovían en la Ercolani. Felipe afectaba no mirarlos ni quitarles las fajas, pero á veces, como si le atrajesen, rondaba la famosa mesa de ancas de león, en que los colocaba el criado para recogerlos al día siguiente y hacerlos desaparecer de la vista. En realidad, el efecto que producían sobre el alma de Felipe los periódicos no era grato; el fruncimiento de cejas que determinaban en él no era una de esas dulces comedias que representa á veces el amor para engañarse á sí mismo; no una tierna hipocresía, una lisonja indirecta á Rosario, no; expresaba un verdadero sentimiento de repulsión y antipatía contra lo que significaban aquellos periódicos: la vida de afuera, que rompía el hechizo de la de adentro. Y sin embargo, Felipe seguía rondando la mesa, y se sentaba á veces en el sillón fronterizo, hasta que un día su mano, guiada por impulso involuntario, se tendió hacia la pirámide de periódicos, rompió algunas fajas, arrugó algunas hojas, y después se retiró, como desdenando una atenta lectura. Pero era bastante: Rosario, que le espía atentamente, notó las fajas rotas y las hojas arrugadas. Hizo más: pasó á su vez la vista por aquellos diarios. Los dacios no los comprendía: ni aun siquiera podía descifrar los caracteres: sin embargo, su instinto adivinó repetido el nombre de Felipe en los indescifrables signos. En los franceses y en alguno inglés encontró sueltos donde se hablaba del incremento del partido felipista, se aludía á la residencia en la Ercolani, al duelo, y á ella, á Rosario... Otro artículo grave estudiaba los proyectos de enlace albanés, ponía en las nubes la belleza y méritos de la joven princesa María Dorotea Electa, y comentaba las manifestaciones que en Dacia se habían realizado para demostrar la alegría con que el pueblo vería unidos por ese enlace, altamente político, dos países hermanos para quienes era una misma la causa nacional.



Por primera vez se dió cuenta Rosario de la magnitud y la extensión de su sacrificio. No había ilusión juvenil, no había engreimiento amoroso que pudiese velar la perspectiva terrible y descarnada del porvenir. ¿Qué aguardaba Rosario? La soledad, el abandono..... y algo todavía peor, cuya amargura había presentido, aunque no lo pudiese medir ni calcular exactamente, como no se miden ciertos dolores cuando no se han padecido todavía. Acudió á su memoria, quemante como una brasa, el recuerdo de Jorge Viodal, que por ella había sufrido esa tortura; y sintió una lástima que creía generosa y realmente era egoísta,—porque se compadecía á sí misma, se veía ya *dejada*, desechada, sola, atravesando la vida como se atraviesa un desierto y abrasado arenal.....

A la noche—la misma noche del día en que Rosario bebió el primer trago en la plana de un periódico—la atmósfera tenía tal pureza, brillaba la luna con claridad tan argentina, era ya tan templado el aire, que Felipe propuso un paseo por mar. Bajaron hasta la playa cogidos del brazo, silenciosos, como solían estarlo cuando más sentían viveza de afectos y plenitud de dicha ó de ensueño que no se traduce en palabras. La falúa, tripulada por los dos marineros corsos, les esperaba ya, y en la popa estaban apilados los cogines que servían á Rosario de asiento, y otros que, echados en el fondo de la falúa, permitían á Felipe María reclinarsse y recostar la cabeza en las faldas de su amiga, pasando así horas de contemplación, en que le parecía que sus ideas se evaporaban y se iban desflecadas y disueltas como el humo de un cigarrillo turco que contiene opio; en que creía desnudarse de sí mismo, perder su cuerpo y no notar más que una sensación de blandura y suavidad y el deseo de que tal estado durase eternamente.

Rosario saltó á la falúa, apoyándose en el brazo nervudo y moreno de Luigi, uno de los marineros, y al punto Felipe ocupó su sitio de costumbre, con la cabeza en la falda. Una mano de Rosario pendía y se bañaba en las olas, sobre las cuales derramaba sus aljófares la luna en fantásticos rieles; la otra, distraidamente, jugaba con el pelo de Felipe, con la lentitud y la calma de una caricia fraternal. No se oía más que el cadencioso y acompasado golpe de los remos, que de vez en cuando dejaban los marineros suspendidos en el aire, y entonces la embarcación, bogando suavemente sin casi avanzar, quedaba como suspendida y flotante sobre una sá-



bana de viva plata. El agua batía mansamente los costados de la navecilla, y Felipe, con un movimiento de bienestar, ocultaba el rostro en el largo abrigo de paño que envolvía el cuerpo de la chilena, preservándolo de la humedad del mar. De pronto, creyó advertir que Rosario respiraba fuerte, que se precipitaba su aliento, como sucede á las personas afligidas y que se reprimen. Alzó la cabeza: era el momento, precisamente, en que la bajaba Rosario: sus rostros casi se encontraron, y Felipe María sintió caer sobre su mejilla una gota ardiente, que escaldaba y enfriaba á la vez..... Y aquella gota no era del agua salada y fosfórica que alzaba el remo, ni del relente de la noche, cálida como de Agosto. Felipe calló..... No sabía qué decir; no acertaba á enjugar la lágrima de Rosario.

## V

## ACOMPAÑADOS

Al otro día—á la hora en que Rosario notaba en el espejo, sobre la seda fina de sus párpados morenos, la huella de aquella lágrima devoradora que Felipe no había intentado enjugar—entró la doncella trayendo el cesto lleno de rosas, entre las cuales acostumbraba el ama elegir la que era más de su agrado, para prenderla, con largo imperdible de perlas, entre los encajes de su traje de mañana; y al bajar el canastillo, del cual se exhalaba delicada esencia, dijo recelosamente:

—Señora..... Hay visita.

—¿Visita? ¿Quién?—preguntaba Rosario, con un sobresalto justificado. ¡Era tan extraño tener visita en Ercolani! Habían transcurrido tres ó cuatro meses sin ver á nadie absolutamente.....

—El señor de Miraya. Acaba de llegar. Está paseándose por las terrazas con el señor.

Rosario calló, pero se vió en el espejo pálida como un reo sentenciado. Tener visita era ya cortar la cadena, dorada y compacta, de las horas de amor; pero que esa visita fuese Miraya..... ¡Miraya representaba lo que había de separarla de Felipe para siempre, con



una separación peor que la de la muerte! Sus labios temblaron, y haciendo un esfuerzo penoso, murmuró, dirigiéndose á la doncella y quitando las horquillas de concha que sujetaban en desorden su abundante mata de pelo:

—Peíname, hija mía, al instante..... Tengo que salir á recibir á ese caballero.

Mientras la doncella hincaba el peine en aquella crencha negra, perfumada y elástica, Rosario decía con sequedad violenta:

—Prepararás y arreglarás el cuarto que cae al jardín, aquel donde está el Baco de bronce..... Que no falte nada; coloca lo preciso, eh? Adolfo te ayudará; entiende más de cómo se puede alojar á un hombre. Que disponga Adolfo un baño. Te encargo mucho cuidado, y que la ropa de cama sea de la mejor que tenemos. ¡Ah! Y en vez de dos platos, que coloquen tres á la mesa.....

Ya recogido el moño, que mordían y sujetaban peinecillos de diamantes, Rosario tendió la mano hacia la puerta del cuarto que servía de ropero.

—El traje de fular azul—exclamó.

La doncella la miró no sin alguna extrañeza. Estaba acostumbrada á que Rosario, mitad por pereza americana, mitad por ese intimismo que caracteriza al amor dichoso, no se vistiese por las mañanas sino de trajes flojos y batas muy espumosas y chorreadas de encajes, muy engalanadas de cintas. El traje de fular azul era un correcto atavío propio para una excursión á Mónaco. Sin embargo, la doncella obedeció, y abrochó con esfuerzo hasta el último corchete del traje y de su alto cuello rígido, orlado por una austera golita blanca. Ataviada ya, púsose Rosario un sombrero de jardín, y preguntó á la doncella:

—¿Dices que están en las terrazas?

—Sí, señora..... Por el bosque de mirtos los ví hace poco.

Derecha, resuelta, la chilena se dirigió al vestíbulo, y de allí á las terrazas, inundadas de sol.

Su pie ligero hacía crujir la arena, y el aire, moviendo su falda, modelaba su cuerpo airoso y de provocativas formas. Sin embargo, mirando un instante la silueta sin querer, sobre un espacio de arena lisa, creyó notar que su talle era menos elegante y juvenil, que había en él no sé qué alteración de líneas, disminución de gentileza..... “Decaigo ya” pensó con amargura. “Dentro de poco Felipe



sentirá pesar como hierro la cadena de flores..... ¡Ah! ¡Que jamás llegue ese día; que mis ojos no lo vean! El recuerdo de Rosario ha de ser siempre para Felipe luminoso y bello como este verano paradisiaco, en esta quinta que parece un rincón del edén.....”

El murmullo de la conversación de los dos hombres guió á Rosario al bosque de rosales y mirtos, y á la sombra del alto cenador, sentados en un banco, encontró al periodista y á Felipe, fumando y charlando mano á mano, con ese abandono que sólo se tiene cuando se habla de lo que interesa. El eco del paso vivo de la joven les llamó la atención, y el diálogo se interrumpió, como suele suceder cuando la conversación no debe oírse el que llega. Fué un movimiento de esos que crean una situación ligeramente embarazosa; Rosario, con su instinto fino y altivo, lo percibió instantáneamente y se mordió un poco el labio inferior; á pesar de lo prevenida que iba, se nubló su cara y sus pupilas desmayaron. Fué un instante, porque enseguida se rehizo sin aparente esfuerzo, y tendió, ancha y abierta, amistosa, la manita de marfil á Miraya, que la saludaba algo cohibido. En el mismo banco se sentó Rosario entre los dos, y dijo afablemente, como entrando en materia:

—Cuando quiera usted quitarse el polvo..... (Miraya tenía, en efecto, una blanquecina capa de él sobre traje y sombrero, y es de suponer que también sobre la cara;) tiene usted dispuesto, en su habitación, el baño.....

Felipe miró á Rosario con sorpresa, y la chilena añadió:

—Supongo que el señor Miraya viene á pasar una temporada, ó por lo menos unos días.....

—Estoy en el hotel de Mónaco—respondió Miraya evasivamente, como el que aguarda á que insistan.

—Pues arregle usted su cuenta y quédese aquí—reiteró la chilena.—Es preciso, porque tenemos mucho que hablar; no crea usted que es sólo con Felipe con quien va usted á tratar de..... *nuestros* asuntos.

Una ojeada atónita de Felipe prestó ánimos á Rosario, que prosiguió, hablando despacio y como quien sabe el efecto de las palabras, y acariciando la rosa que había cortado al pasar:

—No valen los misterios, Miraya, y aunque usted crea que las mujeres no servimos para..... opinar en cuestiones políticas, ¡bah!, algunas veces, cuando son negocios que nos interesan mucho, que



nos llegan al alma, no hay que despreciar nuestro consejo..... Usted me tiene por una criatura sencilla... ó inútil... Ya verá si lo soy ó no lo soy. Póngame á prueba. Y para que se convenza de que tengo buen olfato, empiezo por decirle que ha hecho usted perfectamente en venir. Felipe se distraía; se olvidaba de que tiene en Dacia intereses y asuntos..... Me alegro de que usted le despierte.

Miraya atendía, frunciendo el entrecejo con desconfianza. ¿Sería cierto? ¿Iba á encontrar una aliada en la misma mujer en quien veía el obstáculo y la rémora para el porvenir de la causa felipista? Parecíale demasiado bonito. ¿Sería un lazo, una artimaña, un medio hábil de desorientar y quedarse dueña del campo inspirando descuido? Pero los ojos magníficos y luminosos de Rosario, su tersa frente morena y pulida como el ágata, su boca entreabierta, respiraban sinceridad y buena fe, y hasta un extraño entusiasmo, una especie de transporte. "O es una gran cómica, ó realmente le importa la causa de Felipe", pensó Miraya, que, en voz alta, dijo con efusión:

—Ninguna aprobación, en este caso, puede agradarme y tranquilizar mi conciencia, indicándome que procedo bien, más que la de la señorita Rosario.....

La palabra "señorita" cayó como un copo de nieve en medio de una atmósfera serena y templada..... Rosario se estremeció, sin querer; Felipe tuvo una contracción de los músculos del rostro. Miraya, impávido, se volvió hacia Felipe, y prosiguió:

—¿Lo ve vuestra Alteza? Cuando yo le decía que mi consejo era el de todas las personas que le aman.....

Sin dar tiempo á que Felipe se rehiciese, Rosario intervino, y declaró con convicción y seriedad:

—El que ame á Felipe María de *Leonato* no puede aconsejarle, no puede querer otra cosa sino que no arroje por la ventana, en un acceso de locura ó por entregarse á una indisciplinable apatía, su porvenir y la gloria de Dacia, que son una misma cosa. Jamás hemos hablado de este asunto el príncipe y yo; pero tampoco la ocasión se había presentado: hoy, que se presenta, celebros, Miraya, celebros mucho que usted sea testigo de mi modo de pensar, de lo que siempre repetiré al príncipe.....

—Rosario.....—murmuró Felipe, cogiendo la mano de la chilena, que apretó la suya con energía.



—Felipe.....—respondió ella, acostumbrada á esa dulce correspondencia del nombre de pila, que es una de las muletillas del amor.—No te había dicho nada..... pero no creas, lo pensaba; sí, lo pensaba mil veces. Mientras pasamos aquí horas tan..... tan tranquilas..... ¿qué sucederá por Dacia? Ahora, que ya estás bueno, fuerte, repuesto por completo..... ahora es preciso que mires hacia Oriente..... hacia tu patria, hacia tu herencia.

—No hablemos de eso ahora, te lo suplico—declaró Felipe.—La mañana está hermosísima. Demos un paseo hacia el bosque, para abrir el apetito. Almorcemos alegremente después: Miraya trae un cargamento de anécdotas de París..... y va á contárnoslas y á divertirnos mucho con ellas. Tiempo hay de hablar de cosas aburridas y serias, ya que la dueña de esta casa—y Felipe recalcó la expresión,—ya que la dueña de esta casa tiene gusto en hospedarle á usted.

Miraya asintió, y poco á poco fueron ascendiendo por los senderos enarenados de los jardines hasta la casa, donde se provistaron de quitasoles. La corta subida al bosque era un ejercicio que aumentaba el buen sabor del almuerzo. Entre el silencio armonioso de los pinos y bajo la sombra embalsamada y transparente de los vetustos cedros, Miraya parecía una cotorra, un ave exótica, charlotteando con buen humor y facundia inagotable. Rosario, haciendo un esfuerzo poderoso, le prestaba atención, y hasta aprobaba, y sonreía, y celebraba las oportunidades maliciosas; pero Felipe sin esfuerzo alguno, se divertía y solazaba realmente, con la expansión del que, privado hace tiempo de toda relación y contacto con la sociedad, de pronto vuelve á entrever su panorama de mil colores, absorbe afanoso la bocanada de aire exterior. El comprobar esta disposición de ánimo en Felipe, acrecentó el oculto sufrimiento de Rosario. “No le bastaría estar siempre aquí, conmigo”, pensó agobiada de pena. ¡A ella le bastaba! “Los hombres son otra cosa”, añadió para sí, acudiendo á esa distinción del modo de sentir en cada sexo, que es á la vez el triste consuelo y la desesperación incurable de las almas femeniles apasionadas y tiernas. “Los hombres necesitan el movimiento; la actividad es su vida..... ¡Pobre Felipe!” Así Rosario le compadecía porque la estaba matando.....

Entretanto seguía la charla de Miraya. Hablaba de la *Actualité*, de las aventuras y desventuras de Dauff, preso en las redes de cierta damita joven de los Bufos, la cual había conseguido del cro-



nista una campaña de reclamos que desesperaba al director y hacía que se burlasen de él todos los redactores. Contó asimismo una cómica desdicha de Lapamelle: atraído una tarde á los bulevares exteriores por el aviso de que se vendía una interesantísima colección de estampas viejas, cayó en el garlito de unos ladronzuelos que le desbalijaron, le apalearon muy á su sabor, y por poco le asesinan. Salió también á relucir la última vuelta de la veleta de Loriesse, que ya no se entusiasmaba por el pintor español de asuntos decorativos y galantes, sino que andaba loco por un *puntillista*, cuyos retratos, como algunos de la vieja escuela holandesa, al verse con una lente, descubrían el grano, las arrugas y la complicada red del tejido epidérmico, gracias á una labor maniática y obstinada, realizada con pincelillos finos como puntas de aguja. “¡Ah, ese París!”—exclamaba Miraya comentando el caso. — “¡Ese París! Todo el que tiene una idea, todo el que tiene una concepción cualquiera, buena ó mala, extravagante ó sencilla, arcaica ó modernista, á París la trae, y al calor de París la empolla y la saca á luz, ¡y con esa luz se alumbra luego el mundo!” Estaba elocuente hablando de París, poniéndolo en las nubes, con entusiasmo sensual é intelectual, de hombre que en la fuerza de la edad pasa desde el ambiente letal y mustio de una ciudad dormida, al ambiente saturado de efluvios de la capital cosmopolita. Olvidándose de lo tratado al principio de la entrevista, iba Miraya á pronunciar un ditirambo en favor de París, por lo que había contribuído á dar á conocer la causa felipista en Europa; pero una ojeada ligeramente autoritaria de Felipe María le detuvo á tiempo. Sin embargo, á los pocos momentos, cometió otra imprudencia: recordó á Viodal, la venta y dispersión de los *Cuatro elementos*, y el voluntario confinamiento del pintor en la Baleares. Esta parte de la conversación tuvo la virtud de hacer que Rosario bajase los ojos, y un abatimiento profundo se reflejase en su cara. Era aquel recuerdo, apareciendo en tal instante, un puñal agudo que traspasaba el corazón de la chilena. Sus propios sufrimientos le daban á conocer los que había causado. Cuando Miraya, pasando rápidamente á otro asunto, trazó una caricatura de Yalomitsa, de sus botas rotas, su gabán grasiento y su miseria desde la marcha de Felipe, Rosario exclamó:

—Felipe, hay que escribirle que se venga.



## VI

## EL PACTO

Dos días llevaba Miraya en la Ercolani, y todavía se guardaba la consigna de no hablar de política, cuando de mañana, al salir para fumar un cigarro en el vestíbulo, antes de ponerse á escribir su fondo para el periódico órgano de Stereadi, vió delante de sí á Rosario, que se cogió de su brazo con inusitada familiaridad.

—Vamos hasta la segunda terraza, á sentarnos á la sombra — le dijo con tono entre mandato y súplica.

—Vamos, señora — respondió Miraya inclinándose con una galantería que disimulaba mal la extrañeza y cierto recelo.

Era en la segunda terraza donde mirtos y rosales en flor rodeaban una estatua de Venus, mutilada, pero de belleza sorprendente. Sentáronse bajo el templete, á cuya sombra transparente y dorada recordaba Rosario haber pasado horas plácidas que acaso no volverían nunca.....

—¿Y..... el príncipe?—preguntó Miraya al ocupar, por indicación de la chilena, sitio en el banco de jaspe rojo.

—Su Alteza duerme todavía—respondió ella acentuando con firmeza el tratamiento.—Yo he sido más madrugadora, porque tenía que hablar con usted.

Miraya, á pesar de su verbosidad, calló y esperó. Parecíale que en aquella luminosa mañana, entre aquellos bosquetes salpicados de flor, se jugaban verdaderamente los destinos de la causa felipista. ¿Qué iba á decir la mujer amada? ¿Qué decreto pronunciaría su boca? ¿Qué pensaba? ¿Había sido sincera dos días antes?

Al cabo de una pausa, repitió Rosario:

—Tenía que hablar con usted, porque es necesario que nos entendamos bien, que no incurramos en una equivocación funesta. Usted no está convencido de que yo quiero que Felipe..... reine..... ó haga lo posible..... por llegar á reinar. ¿No es eso?



—Señora..... — exclamó Miraya apelando á la franqueza. — Es exacto..... A pesar de sus hermosas palabras del otro día..... no sería extraño que..... Yo comprendo las leyes del corazón.....

—¡Qué ha de comprender usted!—protestó con un matiz de mal disimulado desprecio Rosario. — ¡Qué ha de comprender! Si *comprendiese*..... Si *comprendiese*, vería en mí la mejor aliada, la más segura.

Sintióse Miraya deslumbrado por un rayo de sol que entró en su espíritu, á la vez que en el lindo templete, acariciando las ramas de las enredaderas que trepaban por las columnas de alabastro amarillento. ¿Sería verdad? ¿Aquella mujer, tan interesada en alejar á Felipe del trono, le aproximaría á él? ¿Y por qué no? ¿Acaso no existe la abnegación, no existe el amor al sacrificio en el corazón de las mujeres que aman? ¿Y no podría ser también — aquí la grosería moral de la naturaleza de Miraya volvía á sobreponerse — no podría ser también que aquel propósito ocultase la ambición más vulgar y hasta la codicia más vil? ¿No podía soñar Rosario, retiro por retiro, el papel de favorita cesante, con una dotación magnífica y esos honores bastardos y equívocos, que, sin embargo, halagan la mezquina vanidad, — la vanidad humilde, que se contenta con lo que la ofrecen?—En el pensamiento de Miraya revolviéronse mezcladas la admiración entusiasta y la sospecha afrentosa. “Tal vez es una heroína del amor..... y tal vez una calculadora muy hábil. Bien conoce ella que no iba á ser eterno el idilio..... entre otras razones, porque Felipe, al paso que lleva desde que está con esta mocita, no tiene dinero ni para tres años..... de lo cual me alegro, y con lo cual he contado al instalar la Ercolani..... De fijo sospecha..... y toma sus precauciones..... ¡Ah..... no me la pegan á mí tan fácilmente las gatitas!.... En fin, sea por un motivo, sea por otro, lo que nos conviene es que adopte esta actitud..... y que trabaje en pro de la causa.....”

En voz alta, con tono vehemente y alarde de brusco respeto, dijo el periodista:

—Si usted nos ayuda, señora, nuestro es el triunfo... Hoy por hoy, lo único que podría perdernos sería su oposición de usted. Si usted no quisiese, no entraría aquí ni un soplo de aire que oliese á felipismo. ¿Por qué estoy yo en la Ercolani? Porque usted se digna permitirlo. Pero hace usted bien. Yo la he presentado á usted; yo



he comprendido perfectamente que los amigos de Felipe María de Dacia, en usted tenían que poner su esperanza, como la ponen los marinos en la Santísima Virgen. Y esto se lo voy á probar á usted con dos palabras..... Verá usted..... ¿Se acuerda de un anónimo que recibió por el correo interior..... pocos días antes de..... del desafío de su Alteza?.....

Vivo carmín tiñó un instante las pálidas mejillas de Rosario, y sus desmesurados ojos se clavaron con magnética fuerza en los de Miraya.

—¿Era de usted?—balbuceó.

—Mío. Haga usted memoria.... Decía en substancia, no sé si con estas mismas palabras ó con otras muy parecidas: “Si quiere usted de veras á Felipe María Leonato, no se case usted con él, y si no le quiere y es una ambiciosa, tampoco, pues casado con usted, jamás reinará.”

—¡Era de usted!—repitió abismada la chilena.

—¿De quién había de ser?—exclamó con vehemencia Miraya.—¿A quién, sino á mí, le importaba en París el destino del príncipe heredero? Señora, usted, cuya alma voy viendo que es tan varonil y grande; usted, cuyo padre sucumbió luchando por su patria, debe comprender muy bien lo que la patria significa..... Dacia está á pique de convertirse en provincia de otra nación..... señora, entiéndalo usted: ¡vamos á ser esclavos! Nuestro redentor, el hombre que puede levantar á la nación y despertar su conciencia, es Felipe María..... El rey que representa su libertad y su vida, sólo lo puede recibir Dacia de esas manos. Míreme usted—continuó el periodista con un arranque oratorio que tenía algo de teatral y enfático, pero mucho de sublime.—¿No ve usted cómo me domina esta emoción? ¡Se trata de la patria!

Los negros ojos de Rosario chispearon. Por fácil que fuese Miraya en admitir malignas suspicacias, su entendimiento, siempre muy superior á su sensibilidad, le guiaba en aquella ocasión, y reconocía que Rosario, á su apóstrofe, se conmovía de veras.

—Precisamente—dijo al fin la chilena, en voz quebrantada—precisamente por eso, Sr. Miraya, he querido que hablemos, que nos unamos para la obra en que tengo más interés que usted mismo..... más que nadie. No se trata de la patria: se trata de Felipe. Y yo me ofrezco á hacer que prescinda de los escrúpulos que todavía



no ha podido desechar, y se presente sin rebozo como aspirante al puesto que de derecho le corresponde.

—¡Ah!—exclamó Miraya.—¡Eso, eso ante todo! Un acto ostensible del príncipe, señora, y en una semana centuplica sus fuerzas y sus esperanzas el partido felipista. ¿No ve usted que el arma que esgrimen los enemigos, el gran recurso de que se valen, es proparlar que el príncipe se niega rotundamente á secundar los esfuerzos de sus fieles partidarios? Este rumor ha desalentado á casi todos.... y puesto que usted se presenta animada de tan generosas intenciones, no vacilaré un punto en decirla toda la verdad. En Dacia se cree que..... afectos profundos..... é imposibles de desarraigar..... se oponen á que Felipe María presente su candidatura. Sí, señora; suponen que el príncipe, entre su corazón y sus derechos, opta por su corazón. Se cuenta que está fascinado, embelesado, como Ulises en la isla de Calipso..... y que el resto del mundo ha desaparecido para él. Las contingencias de su candidatura al trono..... parecen incompatibles con el hermoso sueño que el príncipe sueña..... Esto descorazona á nuestros amigos. Muchos, desmoralizados ya por el retraimiento de Felipe, se han pasado al partido del duque Aurelio y son sus más celosos agentes..... ¿Qué quiere usted? El hombre es débil y medroso..... Temen, el día de mañana, tener que sufrir represalias del duque..... En fin..... ¿quiere usted oír toda, toda la verdad? Pues el mismo Stereadi,—el egregio Stereadi, el que me ha comisionado á mí para entenderme con el príncipe, el que es allá la cabeza, el que arrastra á los apocados *antiguos*, y representa la fusión del orden con la libertad.....—Stereadi, señora..... ya empieza ¿lo creerá usted? á titubear..... Le veo y no le veo..... El día menos pensado, tenemos cuarto de conversión..... Una mañana recibo carta suya con instrucciones reservadísimas, y me ve usted desaparecer. ¡Adiós, felipismo.....!

—¡Pero eso sería una infamia!—protestó con anhelo Rosario.— ¡Abandonar á Felipe! No, eso no lo harán ustedes.....

—¡La política no tiene entrañas, señora! El príncipe es quien nos abandona á nosotros..... ¡No podemos, como usted comprende, jugar en balde nuestra seguridad y nuestra vida! Por algo, por una probabilidad, sí la jugaríamos, y de buen grado; estamos resueltos... Pero ¿no sería necedad insigne jugarla por quien rechaza hasta el holocausto? Héroes, mártires..... ¡bueno! Necios, ¡nunca, señora!



—Miraya, eso no será! Ustedes no deben dejar á Felipe... Yo, que le conozco, juro que en su ánimo..... allá en el fondo de su corazón..... está decidido á ir con ustedes..... hasta donde haga falta. No: escriba usted á Stereadi, y asegúrele que Felipe hará muy pronto un acto público, una demostración de esas que no dejan lugar á duda, rotunda, terminante.....

Miraya guardó estudiado silencio. Veía á Rosario comprometerse, y no dudaba: la abnegación de la chilena saltaba á los ojos. Era uno de esos heroismos secretos y pasivos de mujer enamorada, feliz al tenderse para servir de escabel al amado. En pocos momentos comprendió Miraya el dominio que las circunstancias le prestaban sobre el alma de Rosario, y hasta qué punto podía explotar ese dominio. Decidióse á dar un paso peligroso.

—Si resiste bien esta prueba, seguros podemos estar de la aliada—pensó, calculando á qué profundidad iba á introducir el cuchillo. Y en voz alta, como hablando consigo mismo, murmuró:

—La gente de allá ha dado en desconfiar, y se necesitaría un golpe muy resonante para inflamar los ánimos otra vez..... Lo único que les convencería.....

Titubeó.

—Lo único....., si, lo único que considerarían positivo y directo..... más que un manifiesto, más que un mensaje, (lo cual, por otra parte, en vida del rey sería impolítico en alto grado.....)

Volvió á detenerse Miraya, y suspendiendo la oración, su mirada vagó por el suelo y se remontó hasta las rosas que enramaban el templete y hasta la estatua mutilada, la Venus antigua, tan serena en su hermosura.....

—¡No me atrevo!—añadió por fin.

—¿Quiere usted que yo tenga el valor que le falta á usted?—pronunció lentamente Rosario en tono incisivo y dolorosamente fúnebre.

Clavó el periodista en la chilena tan atónitos ojos, que si ella no estuviese en uno de esos momentos de la vida en que la noción de lo cómico desaparece, sería capaz de soltar la risa. Contentóse con sonreír amargamente.

—Lo único—prosiguió—que puede convencer á los felipistas y exaltar su entusiasmo..... sería..... ese..... ese enlace..... con la princesa de Albania..... ¿Verdad que sí?.....—interpeló con sobrehumana fuerza.



—No se equivoca usted!—declaró Miraya, que veía abrirse el cielo.—Pero..... sería usted tan noble..... tan generosa..... tan.....

—Basta—repitió Rosario con esfuerzo.—No necesitamos palabras, sino obras. Soy su aliada de usted, y si usted lo olvida ó lo duda..... peor, peor para usted y para la causa de Felipe! ¿Como hacemos para que Felipe declare que accede á..... esa boda?

—Lo mejor—indicó Miraya tartamudeando de júbilo—sería..... que..... dentro unos días, cuando la familia de Albania venga á pasar una semana en Mónaco..... el príncipe..... los..... los visitase..... y.....

No supo decir más.

Rosario asintió con la cabeza, porque las palabras no acudían; la garganta estaba seca, la saliva se había suprimido, la laringe no formaba la voz..... Pero la voluntad, vencedora, movió los músculos del brazo, y Rosario tendió la mano y estrechó la del periodista, sacudiéndola á la inglesa, con lealtad viril. Miraya tuvo una inspiración: se arrodilló, besó la mano, y después volvió el rostro, para no ver que Rosario temblaba con todos sus miembros, como un ave azorada; y que abría la boca para recoger aire, lo mismo que si le faltase la respiración.

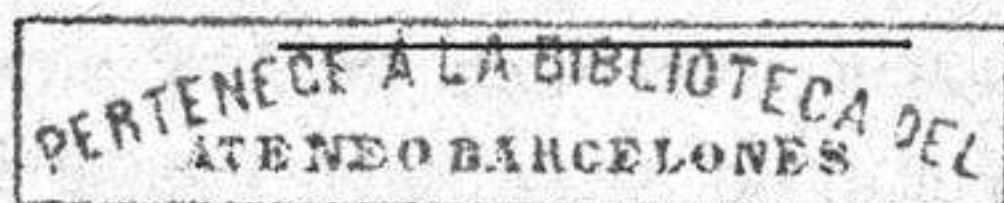
EMILIA PARDO BAZÁN.

*Continuará.*



# AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA.



Espanta-moscas.—En marcha.—Malditas monedas.—Exabrupto.—Un susto.—Fin del viaje.—De Herodes á Pilatos.—Aventura manchega.—Curas descorbatados.—Bonito batallón.—Blancas y negras.—Islas Chafarinas.—Venganza trompetera.—Historias y cuentos.—Un complot.—Asciendo.—El beso del moro.—Vuelvo á la Península.

Don Emilio Castelar, presidente del Poder ejecutivo, propuso en las Cortes el 2 de Enero del 74, la conciliación y castigar la demagogia. Los federales lo derrotaron á las cinco de la mañana del 3. Se enteró Pavía, capitán general de Castilla la Nueva, ocupó con tropa los puntos estratégicos de Madrid, llegó al frente del Congreso con un solo batallón y preguntó al que lo mandaba:—¿Qué capitán es á propósito para echar por las ventanas á los diputados que no quieran salir por las puertas?—Todos, le contestó el más atroz, el de la 6.<sup>a</sup>, el que en la reunión de los oficiales en Capellanes se distinguió entre los del batallón de cazadores de Béjar.—Recibió órdenes del general, y entró en el edificio con su compañía y varios guardias civiles, moviendo la espada á izquierda y derecha, como



si espantase moscas. Quisieron arrancar el fusil á un sargento; los reclutas dispararon al aire unos tiros, y escaparon, hasta el ministro de la Guerra, que perdió el sombrero. Acabó la federal tan cómicamente como principi6. Las Cortes monárquicas de aquella época votaron la República. D. José María Orense, marqués de Albaida, que las presidía, dijo, agitando la campanilla:—Se proclama la República en España. Queda terminado este incidente.

Tan estrafalario aristócrata, decía de los diputados independientes:—Si les quitan el in, quedan dependientes del que les da; si el de, se convierten en pendientes, y suprimiendo el pen, concluyen por dientes que se comen la nación.

El nombre de D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque pasará á la historia. Nació en 1827, y murió el 95. Comandante de artillería el 66, se sublevó con Prim; emigró, y el 68 le dieron el mando del regimiento infantería del Rey; sorteó entre los oficiales el cubierto de plata que pertenecía al príncipe de Asturias (Alfonso XII) cuando fué soldado del mismo Cuerpo. Ascendió el 73 á teniente general, concediéndole la gran cruz de San Fernando, pensionada, y el 92 le nombraron capitán general de ejército. Era modesto, valiente y muy ordenancista, menos en haberse sublevado. Pudo hacerse dictador; le llamaron flor de un día, y entregó el poder á Serrano, que presidió una República unitaria vergonzante, hasta la restauración.

Se verificó el pronunciamiento mientras yo dormía. Me alegré. Al día siguiente pregunté á un oficial de varias compañías de ingenieros situadas en la Plaza Mayor:—¿Qué hay?—Me creería paisano y me volvió la espalda. A los dos años lo encontré en Monte Esquinza y no le hice caso. En paz.

La guarnición de Madrid se componía de reclutas que ni cargar el fusil sabían. A los de un batallón de infantería de marina les enseñaron á introducir el cartucho en el cañón el día anterior al famoso 3 de Enero. El que lo mandaba tuvo orden de apoderarse del ministerio de la Gobernación, que



ocupaban 800 hombres del Cuerpo de Orden público, veteranos armados hasta los dientes. Llamó á la puerta del edificio, abrieron, se metió la tropa, y los de Orden público, por no alterarlo, se marcharon persuadidos que nada peor que la federal podía venir. La milicia republicana se disolvió sin defender el régimen político que la opinión rechazaba. La revolución engendró la guerra de Cuba, que duró nueve años; murieron 5.000 oficiales, 140.000 soldados, y perdimos 700 millones de duros; la cantonal, cuando los presidiarios de Cartagena lanzaron de los buques á los oficiales del Cuerpo general de la Armada, costó á la nación más de 200 millones, y la carlista concluyó de arruinarnos. Se convirtió en bufa la exclamación que repetían:—¡La Europa nos admira atónita!....

Por no parecerme en algo á cuatro revolucionarios, quise cambiar mi nombre de bautismo.

El partido llamado neutro, que paga y calla, se alegró desapareciese el gobierno republicano. Es el más numeroso y cobarde. Podría aplastar á los pillos y los sufre.

A Pavía se le ocurrió formar un ministerio militar, que todas las autoridades perteneciesen á la milicia, y establecer la Ordenanza para todo. Habría salvado la patria. En Melilla componen el Ayuntamiento los jefes de la guarnición. Que se compare con el de Madrid.

En Marzo de 1874 me avisaron bajase á escape á la estación del Mediodía. En ella encontré esperándome al coronel Torrero; acababa de meter en un tren, sin orden ni concierto, á 600 mozos; como si el nombre hiciera á la cosa, no los llamaban quintos, sino reemplazos; me mandó los condujese á Barcelona, sin darme pasaporte, instrucciones, ni dinero, entregando unas listas muy emborronadas á dos oficiales de un provincial, que nombraron para que me ayudasen en la comisión, uno de ellos muy gordo, pesado, taciturno, sin carácter, y otro muy flaco, que olía á vino, ambos de cortos alcances, sin cabos, sargentos ni cornetas, que para tal cantidad de hombres eran indispensables.



Yo, que no había servido desde 1868, ni conocía el desbarajuste interior del ejército, me admiraba tan disparatado modo de conducir fuerzas. Encomendándome á San Rafael, protector de caminantes, me senté en un coche de primera; sonó el silbato, y la locomotora comenzó á marchar, dirigiéndose á las costas del Mediterráneo.

En cada estación que hacía alto el tren, se bajaban los mozos á bandadas, se subían cuando querían, sin que yo tuviese fuerza moral para aconsejarles, mandarles, y mucho menos reprenderles ó castigarles; no me conocían, no les habían leído las leyes penales, ni tenían la menor idea de subordinación y disciplina. Jamás había calculado pudiera encargarse á nadie, sobre todo en tiempo de guerra, sin elementos y en desorden, de una comisión tan arriesgada.

Asomado á la ventanilla, contemplaba á los reemplazos saltar á la vía como pájaros que se escapan de la jaula, resignándome á que me quedasen la mitad de los que yo llamaba *totales*. Si por sacar la quinta parte de los que entraban en suerte para las armas los llamaban quintos, al arrancarlos de su casa á todos, la denominación que les correspondía era la de *totales*.

Por fortuna, por casualidad, por providencia divina ó porque el pueblo español es inmejorable cuando no lo pervierten los de levita, al bajar del tren en Alicante, conté los mozos como si fueran cabezas de ganado, el pasar lista era impracticable, y resultaron los 600 justos.

Ninguno de los jóvenes que contra su voluntad iban á la guerra se había perdido ni desertado. En Alicante costó gran trabajo alojarlos; no se encontraba á los dependientes del Ayuntamiento ni á los concejales, algunos habían dimitido; para colmo de dicha, aunque en la referida ciudad rara vez llueve, aquel día nos mojamos.

El gobernador militar me dijo que según el comisario encargado de transportes no había ningún vapor que saliera para Barcelona, y esperaba llegase alguno que á él le conviniese.



Pasaron tres días, mis 600 se comieron los socorros de á peseta que les abonaron en Madrid y acudí al gobernador para que me diesen con qué mantener la gente; no le gustó mi petición, como sucede siempre cuando hay escasez; lo convencí que de donde no hay no se puede sacar, que para vivir es preciso comer, y ordenó al provincial de Alicante me entregase 1.200 pesetas.

Sin corneta, tambor ni otro instrumento bélico, para pasar lista, ó mejor dicho, contar los mozos y darles la ración de pan, nos costaba inmenso trabajo reunirlos llamándolos de casa en casa. Los llevé á misa; todavía me arrepiento. Me quedé en la puerta de la Iglesia para verlos desfilar; los que marchaban á la cabeza con el oficial gordo entonaron la marsellesa, cuya revolucionaria y extranjera música me produjo un ataque nervioso; mandé corriendo al oficial flaco para hacerlos callar; impuso silencio á puñetazos á los que todavía recordaban el Cantón de Málaga, de cuya provincia eran la mayor parte.

El vapor destinado para trasladarnos á Barcelona estaba preparado y listo; reuní pronto á los reemplazos, los llevé al muelle sin que se enteraran del objeto, puse centinelas de carabineros para que nadie se escapara, nos cayó una fuerte granizada durante la operación, saltaron á las lanchas de mala gana, de peor subieron al buque, temí que se desbandaran y me quedara sin ninguno; cuando se incorporó el oficial que había mandado á recibir las 1.200 pesetas, el vapor, donde no cabíamos ni de pie, salió del puerto con cielo sereno, viento en popa y mar en calma, única suerte que tuve en tan malhadado, contrariado y desesperado viaje.

La embarcación era vieja, pesada y muy pequeña para la fuerza que contenía. Los mozos se hallaban materialmente amontonados; encima ni debajo de cubierta se podía formarlos; entregarles el socorro, sin orden, á gente lista y poco aprensiva, de seguro unos lo recibirían varias veces y otros ninguna; mientras estos reclamaban justamente, aquellos que-



darían sin castigo y burlándose. Me devanaba los sesos dándome á los demonios, discurrendo y no atinando el medio de verificarlo. El capitán del vapor se enteró que las 1.200 pesetas metidas en mantas dentro de su cámara se componían de piezas de cobre de á medio real; me advirtió que esas monedas no pasaban en Cataluña y á los soldados eran completamente inútiles. Yo que me creía experto en numismática por haber colaborado en la obra *Descripción de las monedas hispano cristianas desde la invasión de los árabes*, no entendía jota, ni comprendía que un país no admitiese la moneda nacional que en el mismo se acuñaba. No había de engañar á los pobres muchachos dándoles dos pesetas á cada uno, que al llegar á la capital del Principado, y en el barco para nada les servían, se convertirían en ocho cuartos; sólo representaba cada pieza un ochavo.

Desde el puente del vapor arengué á los forzados que tan mal, y no por mi culpa, conducía á derramar su sangre por una causa que de seguro entre los 600 no habría seis que comprendían; les expliqué nuestra desgraciada situación, les advertí que si alguno tenía precisión absoluta yo le adelantaría algo de mi bolsillo, exortándolos á la paciencia, seguro que en Barcelona el mal se remediaría, me cambiarían las citadas monedas y recibirían sus ocho reales.

Las dos de la mañana serían cuando entramos en el puerto de la antigua Barcino. En la Capitanía del mismo no tenían dispuestas las lanchas, y nos costó gran trabajo desembarcar. Después de mil tropiezos, cayéndose y levantándose, muertos de sueño y de hambre, hacía más de veinticuatro horas que no habían comido, conduje á los mozos á la ciudadela de Barcelona, noticiándome el oficial encargado de la calderilla, que ésta llevada en mantas, se había ido sembrando por el camino. Al capitán de la Guardia de Prevención de la ciudadela, pedí por favor quedaran las referidas monedas en el cuarto de la misma, costándome gran trabajo persuadirlo, á pesar de asegurarle que nadie le exigiría responsabilidad



aun cuando se las robasen. Los mozos pasaron el resto de la noche tan holgadamente en una cuadra, como si no hubieran salido del buque. Murieron dos de hambre ó de lo que sufrieron en la travesía y desapareció uno que desertaría ó desesperado se tiraría de cabeza al mar.

Destinaron los reemplazos á diferentes cuerpos, enteré de lo que me sucedía con las 1.200 pesetas en calderilla al general gobernador, se interesó en que me las cambiaran en moneda corriente para repartirlas á los pobres muchachos que no habían recibido socorro en dos días, se habló al jefe del batallón provincial de Barcelona, al comandante de la Caja de Ultramar, al consignatario de la Compañía de vapores de Antonio López, á los cambiantes de moneda, pagándoles el tanto por ciento, y todos se excusaron ó negaron.

Entregué las mantas, donde la calderilla se hallaba á granel, compré sacos, la saqué de la ciudadela, desesperado pasé al gobernador una comunicación para que el capitán general pidiese al jefe económico de la provincia se encargase de ella y con la de la misma clase que acuñaban en Barcelona la exportasen á donde tuviese curso, visto no servía donde se fabricaba; dificultad inconcebible para los célebres escritores de numismática el arzobispo aragonés D. Antonio Agustín y R. P. Flórez si resucitasen.

Pasaban días, yo rabiaba, los oficiales me apuraban deseando volver á Madrid porque no tenían un cuarto, aunque ochavos nos sobraban demasiados, y mientras el gordo callaba, ponía una cara muy triste, miraba siempre al suelo, el flaco, que apestaba á mosto, con la finura propia de un riojano sin civilizar, exclamaba viniese ó no á pelo: «Ya se lo decía á usted en el barco; entreguemos el dinero á los quintos, si no lo pasan que lo pasen; buenos disgustos tendrá usted, no me sucedería á mí.» Envié á preguntar en el gobierno civil si contestaban ó no á la Capitanía general sobre cambiar las malditas monedas, y volvió furioso el oficial flaco porque no le habían hecho caso. Tropezaría con algún empleado patriotero que al



necio orgullo que tan común es en las oficinas civiles, se parecería al militar en amabilidad y cortesía.

Observé el estado del Ejército en Cataluña; los carlistas no lo destruyeron antes de poner la Ordenanza nuevamente en vigor y restablecer la pena de muerte, porque los catalanes son refractarios á la subordinación; los partidarios de D. Carlos jamás llegaron á disciplinarse; sus jefes audaces, fanáticos y valerosos, con raras excepciones, vivían del merodeo; su objetivo principal era robar y hacerse ricos; continuamente rivales, ni se aunaban, ni dirigían al mismo fin. Si hubiera salido algún conde de España lo habrían asesinado.

Al proclamar la república en Barcelona, la abandonaron las autoridades militares de procedencia revolucionaria. Los diputados provinciales se encargaron de los cuarteles y tropa; se propusieron disolver el ejército, arengaron á los regimientos en la plaza de San Jaime, promovieron la indisciplina, y los soldados gritaron á los oficiales: «¡Que bailen! ¡Abajo estrellas y galones!» Los generales y jefes pronunciados el 68 fueron las primeras víctimas. Despreciados, los echaban, escarnecían y deshonoraban. Llegó el escándalo á lo inconcebible. Como el Gobierno abolió la pena de muerte no se veía el remedio. Lo raro es que los soldados no desertaron á sus casas. Había columna mandada por un albéitar.

Al dimitir el general Martínez Campos, se atrevió á decir al capitán general Patiño: «Hay una columna, la del coronel Vega, que roba cálices, viola mujeres y que se va al lado contrario del enemigo. Hay un batallón de cazadores de Béjar, que su teniente coronel Pina, aseguran quiere proclamar la independencia de Cataluña; hace tres meses era teniente. Hay una columna del Vallés, que, por toda hazaña, prende paisanos y los presenta como carlistas. Hay batallones de francos que sublevan los pueblos contra nosotros. Propuse restablecer la disciplina, y V. E. no me lo permitió.» Patiño, al reclamar armas para la milicia ciudadana, decía al Gobierno: «Esta ha de ser la que termine la guerra é imponga la disciplina.» ¡Daba



en el quid! El 9 de Julio, en Alpens, el carlista Saballs mató al liberal Cabrinety, cogió 800 infantes, 50 caballos, 42 mulos y dos cañones. Uno de los pocos que se salvaron, en el parte del desastre concluía con la fórmula: «*Salud y república democrática federal*. Al ciudadano Excmo. señor ministro de la Guerra.» Otros, en lugar de Dios guarde á usted muchos años, ponían: «Viva usted muchos años.»

Al brigadier Cabrinety, los soldados, por capricho, le hacían montar ó desmontar del caballo, andar ó descansar cuando les ocurría. Despreciaba á los oficiales ordenancistas, y, cegado por la ambición, sufría las insolencias de la soldadesca. Su fin era natural.

Saballs en Toix, el 14 de Marzo, cogió al general don Eduardo Nouvilas, á 155 jefes y oficiales, 2.500 soldados, 154 caballos, 68 mulos, cuatro cañones y más de 2.000 fusiles. Llegó la noticia á Barcelona, se formaron grupos en la Rambla y oí á uno que arengaba al populacho: «El ejército tiene la culpa de todo; es preciso acabar con los oficiales; mientras haya nidos habrá pájaros.» Traslado á los militares que se pronuncien en adelante.

Los carlistas en Cataluña tenían 13.000 infantes, 400 caballos y 20 piezas. El ejército se componía de 22.000 infantes, 1.300 caballos y 31 piezas. De movilizados y francos unos 6.000.

Aunque el 74 no se había restablecido del todo la disciplina en el ejército de Cataluña, ya los soldados no gritaban á los oficiales: «¡Que bailen!» ni llevaban muñecas en las bocas de los fusiles, representando la república, para en su nombre, cuando no querían caminar, dar la voz de alto á las columnas.

El gobernador militar de Barcelona llamó á un teniente de malísima conducta; avisaron al general que un oficial quería hablarle, y, sin enterarse ni preguntar su nombre, le llamó pillo, tunante y canalla. El subalterno, al oirlo, quedó aturdido, se repuso y contestó con energía.—No soy pillo, tunante, ni canalla; jamás he faltado á mi deber.—¡Calle usted, ó



le mando á Monjuich!—añadió el gobernador furioso, porque le replicaba. A los gritos volvió á entrar el ayudante y dijo: —¡Mi general! no es el que usted esperaba; el otro no ha venido todavía.—Yo presencié la escena; temí que, ofendido tan injustamente el oficial, en un arrebató matase al gobernador y lo fusilasen. Para reparar la humillación que sufrió el teniente y el haberle puesto al borde del precipicio, ¿bastaba con «usted perdone?» Ni eso obtuvo. Se consolaría ó reventaría. No sería el primero. El general pertenecía á la más alta aristocracia y pasaba por bien educado. ¡Qué barbaridades cometerían los que no lo estaban! Mandó el gobernador que le arreglasen la levita de uniforme. El sastre, que era republicano, raspó la corona real en todos los botones de la mencionada prenda, y el general aguantó el insulto. El artesano vengó al oficial.

En Barcelona habían suspendido la publicación de el *Diario*, periódico decano de los españoles, que no ha variado de forma desde el siglo pasado, y al cual tenía yo particular afición. Manifesté en el Casino que, medida tan despótica se debería á un artículo que leí en el mencionado periódico, probando que la causa del asesinato del teniente coronel Martínez Llagostera por la soldadesca, fué el revólver que sacó el segundo cabo de Andalucía contra su superior en 1868; se hallaba de capitán general del Principado en 1874.

Serían las doce de la noche; entré en la fonda en que me hospedaba, y me advirtió un mozo, que me esperaban en la *Capitanería general tut seguit*. Creí que, noticiosa la primera autoridad militar de lo que yo había dicho, me hartaría de improperios y pondría preso.

El ayudante de guardia avisó al general mi presentación, volvió, le seguí, atravesamos la galería, me dejó en un gabinete, me introdujo en un salón escasamente alumbrado, y una de las tres personas que en él había, alta, gruesa, se me acercó, marchando á compás, y preguntó:

—¿Es usted el teniente coronel.....?—Sí, señor.—Pues bien,



teniente coronel..... Hizo pausa; yo esperaba un chaparrón de insultos antes de enviarme á las islas Medas; después continuó: —¿Es usted muy antiguo? —Accionado á las antigüedades, pensé contestarle.—El grado lo tengo por la batalla de Wad-Ras: nunca he ascendido por gracia particular. No le gustó la respuesta.—Pues bien, teniente coronel, va usted..... volvió á pararse; ansiaba yo llegar pronto al desenlace, que cada vez calculaba más fatal, y prosiguió alzando la voz. En el batallón cazadores de Cuba hay un teniente coronel sin carácter y una oficialidad reaccionaria, á la que es preciso meter en cintura; mañana mismo tomará usted el mando de dicho Cuerpo, y nada de política, teniente coronel, y menos reaccionaria. ¿Lo entiende usted, teniente coronel?

Me quedé como una estatua; reflexioné que si me mandaban á impedir hablar á los antirrevolucionarios, no podían elegir á otro más á propósito. Al hacerle presente que no tenía caballo, ni equipo, ni equipaje, añadió, atronándome:— Nada, nada, teniente coronel; mañana mismo se marcha usted; no admito observaciones ni excusas, teniente coronel. Aturdido por los gritos, contento de verme en libertad y pesoso de no poder regresar á mi casa, al hallarme nuevamente en el gabinete reparé que un paisano dictaba en voz baja á un capitán; adiviné sería el jefe de Estado Mayor, y le dije: —El general me manda encargarme del batallón cazadores de Cuba; tengo precisión de volver á Madrid para dar cuenta de haber conducido á Barcelona 600 mozos de la reserva. —¿No pertenece usted al cuadro eventual del ejército de Cataluña?, me preguntó. —No, señor. —¿Cómo se llama usted? Yo, muy despacio, marcando bien las sílabas, pronuncié mi nombre y apellidos. —¡Ah! ¡Qué bárbaros! No es á usted al que buscamos, exclamó. Se fué corriendo, dió cuenta al general de la equivocación, regresó, y añadió: —Puede usted retirarse.

Bajé de dos en dos los escalones de la Capitanía general, pensando: de buena me he escapado. Desde la revolución huía



de servir en activo, y *velis-nolis* caía de patitas en una tropa sin disciplina.

Si no hablo al jefe de Estado Mayor, compro caballo y equipo, voy al día siguiente á donde se hallaba el batallón cazadores de Cuba, y al recibir la orden escrita me encuentro con que no era yo el destinado al mencionado Cuerpo. Hubiera tenido digno coronamiento la primera y divertidísima comisión que había desempeñado desde 1868.

Me pinchaban en la ciudad condal; deseaba dar fin á mi comisión, y aunque no me hacía ni pizca de gracia volver á ver al capitán general, lo verifiqué para que terminase el negocio de las monedas. Me dijo que el jefe económico de la provincia se oponía al cambio, y que podía dejarlas donde las había tomado, al regresar á Madrid. A las pocas horas me embarqué.

En el Grao de Valencia me recomendó á D. Fernando Cotoner, nombrado director de Infantería, el marqués de la Roca.

Llegamos á Alicante á las diez de la mañana; el tren para Madrid salía á las tres de la tarde; contaron las 1.200 pesetas en calderilla; el mismo que las había entregado al peso no se conformó en tomarlas de igual modo, y entre monedas no recibidas, perdidas ó robadas, lo que adelanté á varios mozos en el vapor, valor de las sacos, conducción al muelle en carro, lancha y flete del buque, me costó 50 duros.

El oficial que se había hecho cargo del dinero, único responsable, se encontraba tan flaco de bolsillo como de cuerpo. Yo, pagué y los pobres reemplazos ó totales no cobrarían jamás sus dos pesetas.

En el tren salimos para Madrid el general Cotoner, varios oficiales y algunos soldados catalanes, sin uniforme ni armas. En Almansa hicimos alto; los carlistas acababan de cortar el ferrocarril. Al disponernos para retroceder, y ya colocada la locomotora, se preguntó á la estación inmediata si había novedad; no contestaron, y se calculó habrían cortado el telégrafo.



Aislados, incomunicados y en ansiedad, pasamos una porción de horas esperando que el enemigo nos cogiera prisioneros, sin poder defendernos ni huir.

El general Cotoner me mandó á media noche que, con los oficiales y soldados, me trasladase á Almansa, alojándonos separados unos de otros; así era más fácil nos salváramos algunos.

En dicha población existía D. José Galiano Enríquez de Navarra, coleccionista de monedas antiguas; por lo que me acababan de mortificar las modernas debía aborrecerlas. Llamé á la puerta del referido señor; se asomó un criado, y al decirle avisase á su amo, éste, que temía lo cogiesen nuevamente los carlistas, de los cuales concluía de escapar y se hallaba dispuesto á saltar por las tapias del huerto, conoció mi voz, mandó abrir, y me dió hospitalidad; me enseñó sus riquezas arqueológicas, entre ellas los pedazos del monumento erigido en memoria de la batalla de Almansa, que destruyeron los patrioterros en 1868. ¡Una hazaña!

Al día siguiente llegamos á Madrid.

Entré en mi casa para descansar, que bien lo necesitaba, encontré un oficio dejándome de reemplazo, y una orden urgente para que me presentase en el acto al Secretario de la Dirección general de Infantería. Lo verifiqué muy ajeno de lo que me iba á suceder. El brigadier conspirador en 1868 me preguntó bruscamente mi nombre. Lo podía excusar porque me conocía; habíamos servido juntos en un regimiento poco antes de la revolución. Recordé la reciente escena de Barcelona; mi sino fatal era ir de Herodes á Pilatos. Me dijo estaba yo destinado al batallón reserva de Utrera, núm. 79, compuesto de tan malos elementos, que, por no poderlo organizar, dos tenientes coroneles seguidos acababan de pedir el retiro, cuyo Cuerpo se distinguía en ser el peor entre los peores recién creados; que á las tres de la tarde salía un coche de la calle de Toledo para Leganés, donde se acantonaba el mencionado batallón, dándole parte el mismo día de haberme hecho



cargo del mando. Como hacía yo el número 3 para ascender á coronel por antigüedad, trataban de precisarme á imitar á mis predecesores. Una iniquidad.

El brigadier añadió, sin mirarme, que, antes de emprender el viaje, el capitán general me daría instrucciones verbales; que fuese á verlo en seguida. Le manifesté concluía de llegar de Cataluña de conducir 600 reemplazos, y que debía dar en el Depósito de Instrucción de Castilla la Nueva, cuenta formal y exacta de mi comisión.

«Es inútil ponga usted inconvenientes. Son las doce, vea usted al general Pavía y se marcha á las tres á Leganés.» replicó á gritos.

Dije al ayudante del capitán general que según orden terminante del secretario de la Dirección de Infantería debía presentarme personalmente á S. E. antes de ir á Leganés en aquel instante á encargarme de un batallón, y me contestó: «Pues yo la tengo de no pasar recado por nada ni por nadie.»

Las manecillas del reloj volaban. Corriendo regresé á la Dirección á dar cuenta al secretario del callejón sin salida en que me metía. Quedaba tiempo aquel día para trasladarme á Leganés, y aun de ingresar en su manicomio; imposible presentarme á Pavía si éste no quería recibirme. Así lo expuse al referido brigadier, que sin atender razón tan poderosa repitió: «Marche usted á Leganés y reciba instrucciones del capitán general. Desesperado, le repliqué: «Me iré, sin salir responsable de no dar cuenta de mi comisión; no puedo obligar al capitán general á que me vea contra su voluntad; vengo de Barcelona con el señor general Cotoner.» «Ahí está», me interrumpió. Le volví la espalda y corrí al despacho del Director, que me recibió muy amable, preguntándome si había descansado del viaje. Le respondí que al entrar en mi casa me dieron orden de ver al señor secretario, el cual se empeñaba (estaba oyendo lo que decía), que á las tres de la tarde, y eran ya las dos, fuese á Leganés á encargarme de un batallón, sin dejar de ver al general Pavía, que á nadie recibía según su ayudante.



El brigadier esperaba ser secundado en el incalificable atropello que conmigo cometía; el general Cotoner añadió con la calma que le caracterizaba: «Bueno, bueno, vaya usted á descansar y mañana será otro día.»

Los revolucionarios continuos, chupópteros perennes, que dominaban en España, trataban más brutalmente que los moderados progresistas y republicanos á los militares que no eran políticos ni nunca se sublevaban. Los necesitaban para restablecer la disciplina en el ejército y les temían porque se sobrepondrían á la postre.

Por espíritu de oposición, que confieso es uno de los principales rasgos de mi carácter, me propuse tener calma y ejercitar la paciencia, ya que tal vez trataban de que la perdiese.

El ayudante del capitán general me repitió al día siguiente que tenía orden absoluta de no pasar recado; que era igual recibir instrucciones del jefe de Estado Mayor. Este me dijo:—Hoy sale el batallón de usted para Málaga y Melilla.

Existía verdadero propósito de que yo no llegase á coronel; calcularon que si me destinaban á campaña iría por aquello del honor; de seguro pediría el retiro antes de llevarme al presidio de Melilla. Yo estaba completamente en Babia. No me ocurrió hasta entonces que para tomar el mando de un Cuerpo estando de reemplazo precede siempre la orden escrita comunicada por el gobernador militar. Así lo manifesté al mencionado coronel; de ninguna manera me expondría á que el jefe accidental del batallón, no llevando yo un documento que acreditase mi persona pudiera decirme: «¡A mí qué me cuenta usted!» y que en mi casa esperaría el oficio.

El jefe de Estado Mayor se sonrió y exclamó:—Tiene usted razón: esto es un barullo completo.—Ocho días tardaron en enviarme la orden.

En el Gobierno militar ví que en mi pasaporte habían escrito alférez en lugar de teniente coronel, y exclamé:—¡Si al menos me dejaran de la edad que tenía cuando lo era!—Al oírlo dijo un capitán:—Cuando llegué de soldado hace treinta



años al regimiento de Zaragoza, conocí á usted de teniente.

De Madrid á Málaga íbamos en el mismo coche un matrimonio, que por sus ternuras debía encontrarse en la luna de miel, un comerciante gordo sevillano, un coronel miembro de la primera junta que trató inútilmente de presidirnos en la famosa reunión de Capellanes el 73, y yo; al murmullo de las baladronadas que contaba mi compañero me quedé dormido. A media noche desperté á las voces de «¡alto: nadie se mueva ó lo parto,» y de repetidos disparos de fusil. El tren estaba parado, los viajeros alarmados, los novios abrazados y parapetados con los almohadones, el militar pegado á la pared del coche, el mercader pidiendo auxilio á la corte celestial, encogido y empeñado en meterse debajo del asiento; creyéronme dormido, me agarró el coronel por un pie diciendo:—Compañero, que nos roban.—Aún no—le respondí.—¿Oye usted?—Vaya.—Cómo ¿no hace usted caso?—¿Para qué?, no llevo armas.—Si tocan á desbalijar me levantaré.—Permanecí tendido, pensando en la vergüenza que me causaría el ir de uniforme. Manifesté extrañarme de que continuase el fuego tanto rato. La novia, muy serena, dijo:—Vienen con nosotros muchos guardias civiles. Cesaron los tiros, apareció por la ventanilla un tricornio dándonos la grata noticia de que los ladrones acababan de huir. Gracias á la moralidad de los empleados en el ferrocarril los bandidos se enteraron de que el tren conducía dinero, no de la escolta que lo custodiaba.

Al llegar á la primera estación, pasado el peligro, gritó el coronel, ya repuesto del susto:—¡Viva la Guardia civil! ¡Viva la libertad!—Por los excesos de ésta, si no nos acompaña la otra nos quedamos sin un cuarto.

En Málaga hablé con el gobernador militar de lo mal que se hallaba mi batallón; le referí que había visto al capellán del mismo en Madrid, notable por su indecente traje y no usar corbatín ni alzacuello.—Ya está aquí, le reprendí por su falta de corbata—me dijo.—Lo mandó buscar por toda la ciudad y no pareció. El 9 de Abril, que me embarqué para Melilla, lo



encontré sin corbatín ni cuellecillo, acompañado de una sobrina que tenía facha de tía; me probó con el pasaporte, que acababa de llegar á Málaga. Sin duda eran dos los capellanes sucios y descorbatinados. No conseguí que el de mi batallón atravesase el Mediterráneo. Se desertó. El desbarajuste republicano influía hasta en el clero castrense.

Salí de Málaga, y á las catorce horas desembarqué en Melilla el 10 de Abril, después de una noche de las peores de mi vida. El vapor estuvo á punto de naufragar. Cuando estoy mareado y me dicen: «Se evita usted una enfermedad.» No he padecido otra, replico siempre.

Con trabajo me puse de pie; los marineros, en brazos, me colocaron sobre unas peñas junto á una alta muralla. Cuentan que antiguamente se leía en ella: «El entrar en Melilla no es maravilla. El salir de ella es ella.» Atravesé un largo subterráneo, seguí una estrecha calle formada por almacenes y una tapia aspillerada. Melilla era mucho peor de lo muy mal que me figuraba. La caja del batallón que iba á mandar se hallaba vacía, los oficiales no tenían un cuarto, los soldados estaban sin sobras, y no se morían de hambre porque recibían la ración de etapa que les abonan en los presidios de Africa. El habilitado, que quedó en Madrid, no daba cuenta de su persona ni de los haberes cobrados. Suponían habría desertado, y me presentaron un oficio dándolo por hecho, que me negué á firmar hasta saberlo positivamente.

Me presenté al gobernador; desde el balcón de su bonita casa contemplé varias líneas de fortificación, el campo del moro y el severo paisaje que se extiende por la negra costa del Riff hasta el Gurugú. En la población no se veían mujeres, niños, ni flores, que alegran el alma. En la calle se encontraban penados. Reinaba la tristeza, sólo se oía el ruido de las cadenas.

El batallón reserva de Utrera, núm. 79, se componía del cabo de cornetas, que era aragonés, 99 castellanos y 900 gallegos. Los llevaron de la Coruña, por mar, á Santander, y por



ferrocarril á Sevilla. En Madrid los vistieron y presentaron sin ninguna instrucción en una gran parada. No lo pudieron hacer peor; como si los pobres tuvieran la culpa de los desaciertos ajenos, traídos y llevados de Ceca á Meca, en castigo los enviaron á Melilla; siempre pagan justos por pecadores. Las prendas hechas por contrata las repartieron sin orden, dando á los altos de tercera talla, y á los bajos de primera. Casi las tenían destruídas. Me convertí en cabo, veía por la mañana á los que entraban de guardia, y por la tarde, en el ejercicio, á los que salían. Les enseñaba teórica y prácticamente el servicio de guarnición, repitiéndoles que si se descuidaban serían degollados por los moros de fuera ó los presidiarios de dentro. A los oficiales les dije que, fiel observador de la Ordenanza, la haría cumplir, que no era político ni despota; que jamás mandaría lo que no estaba escrito; que no me pronunciaría, ni permitiría que lo ejecutasen mis subordinados sin que pasasen por encima de mi cadáver. Supongo que muchos no entenderían lenguaje tan nuevo en época tan revuelta.

Melilla era un cuartel de soldados, cantineros y presidiarios. Desde la torre del reloj que servía de atalaya, un corneta tocaba diana á las cinco de la mañana; se oía de todas partes. Daba la señal para que formasen los soldados, saliesen los confinados á los trabajos ó se retirasen. Guardé el reloj por innecesario.

A las seis paseaba en la plaza viendo á los moros vender gallinas y huevos; á las siete revistaba la tropa entrante de servicio, recorría las calles, y veía alguna de la media docena de mujeres que había en la ciudad; á las nueve almorzaba, leía los dramas de Calderón, daba la orden, y á las tres mandaba el ejercicio; después del rancho visitaba á los administradores de la Aduana marroquí, sirviéndonos de intérprete Farache, soldado moro, muy pillo; al anochecer, en casa del gobernador, el hablar con tres militares viejos me servía de narcótico.

La mayoría de los mil *totales* ó quintos de veinte años, no



sabían llevar el fusil. Gracias á mi terquedad los instruí. Castigué á un soldado que robó un plato de hoja de lata. Mandé que le despojaran de la chaqueta, que le volviesen la gorra del revés, y con el plato colgado del cuello, le hice pasar entre filas. Los pobres marusos estaban desencajados al presenciar la escena. Evité fuera á presidio.

Llegaba el correo, si el mar estaba tranquilo, el 2, 11 y 21 de cada mes. Desde el amanecer, en la muralla más alta, atisbaba con ansia el vapor que traía noticias de España.

Un moro de Tetuán, casi civilizado, me dijo que las negras son más á propósito para hembras que las blancas. Estas tienen mucho orgullo, se vuelven intratables, reciben y no devuelven las caricias; aquéllas aman con más vehemencia. Figuraba abrazarlas con entusiasmo. Para distinguir unas de otras se necesitaba práctica y yo no la tenía.

En el campo de Melilla ví una preciosa negrita de diez á doce años, muy desarrollada. Llevaba túnica de lana blanca, corta, escotada, abierta desde las caderas, enseñando piernas y brazos. Parecía de ébano; me recordó la estatua del hermafrodita que se halla en el Museo del Prado. La acompañaba una mora vieja. Se acercaron para besar la ropa y admirar la señora, muy guapa, de un oficial. Los moros las llamaron amenazándolas para que se apartasen de los cristianos.

Se aproximó á Melilla un marroquí del interior, con varios camellos. Estos, al vernos, se asustaron. El intérprete de la plaza manifestó en árabe que tendrían miedo. El africano creyó que se refería á él, y gritó furioso señalando al cielo.—¿Qué dice? — pregunté al intérprete. — Que sólo teme á Dios, contestó.—El moro era colosal, llevaba jaique blanco, y una cuerda ceñida á la cabeza, con más orgullo que un emperador romano la diadema.

Me decidí á visitar á las señoras de los oficiales de mi batallón.

En el piso bajo de mi casa vivía un alférez. Encontré á su mujer en la puerta hablando con un presidiario. La pregunté



si tenía ya arreglado el cuarto, y contestó:—*Entodavía* no. Este caballero me ha traído una poca cal para blanquearlo.— Al oír llamaba caballero á un confinado, me largué y dirigí al paseo de las Cabras, único de Melilla. Subí á la muralla y me senté en un cañón de á ochenta, llamado *El Marqués de Leganés*; en él solían descansar los que en la plaza africana llegaban á chiflarse. Contemplé un rato las costas del Riff, soplaban el Levante, me dolían las heridas y abandoné el paseo de las Cabras por no saludar á la esposa fea y vieja del teniente Cuadrado. Este descendería del partidario catalán, que se equivocaba siempre al firmar, ponía el apellido antes del nombre y decía: «Lo mismo da Pedro Cuadrado que Cuadrado Pedro».

No quise ver más subalternas. Visité á una capitana de diecisiete años de edad, bonita, esbelta y elegante; sobre el marido llovían reclamaciones de deudas hasta de su padre, que le pedía además del dinero prestado el 10 por 100 de rédito. A la niña la daban ataques nerviosos; no se separaba de su esposo ni las noches que estaba de guardia en los fuertes exteriores de la plaza, para defenderlo si le acometían los moros.

—¿Con que es usted muy aficionado á monedas antiguas? — me dijo después de enseñarme un canario y un conejo rubio. — Mi papá, añadió, tiene una de plata española que pesa dos duros. — Será medalla; de ese peso nunca se han acuñado monedas en España; repliqué. — ¡Me lo dirá usted á mí! mi papá es cajero de una casa de comercio. ¿No entenderá más que usted?—Es fácil equivocarse.....—¡Qué terco! Son ustedes muy brutos los aragoneses, me interrumpió.

El marido se calló, y juré por Dios Grande, como dicen los rifeños, no continuar visitando á mis subordinadas.

No todas las del batallón eran como las anteriores.

Copié las lápidas que había en las murallas y edificios del Estado; la más antigua es de 1571. Leí varios documentos extravagantes del archivo. En uno se prohibía llevar á Melilla animales hembras. Se comprende.

Antiguamente las imágenes de la iglesia, la Virgen, San



José y Santiago, pasaban revista de comisario, abonándoles ración de bastimento. Servía su importe para el sostenimiento del culto. La cebada del caballo del patrón de España se la comería el sacristán. Después señalaron una cantidad en metálico. La iglesia es del siglo XVIII. Lo más antiguo que ví en Melilla fué un hermoso escudo con las armas del emperador Carlos V, que se halla en una puerta de la plaza.

El 16 de Junio de 1864 se expidió una Real orden para disminuir las ratas de Melilla, ofreciendo 12 céntimos por cada cabeza que presentasen. Fueron tantas, que se derogó la orden.

En Africa supe que el pasto progresista, alfalfa, se llama lo mismo en árabe que en español.

El mar rodea al peñón que sirve de pedestal á la ciudad de Melilla; á excepción de una docena de empleados y la guarnición, todos eran presidiarios, ó lo habían sido. Habría sueltos unos 150, y hasta 400 trabajaban en las fortificaciones.

Con soldados bisoños, que se asustaban si se les disparaba el fusil, rodeados de salvajes enemigos, y guardando tanto pecador no arrepentido como había en Melilla, vivíamos de milagro. Si en ella se ensayase el liberalismo, degollarían la guarnición, y se perdería esta plaza, conquistada en el siglo XV. Un famoso confinado, llamado Zancajo, al marcharse D. Amadeo de Saboya pintó la figura de la República. Le advirtieron que le darían 200 palos si se entretenía en manchar la pared. Quiso, sin tener un ochavo, convidar á sus dignos compañeros. Calculó de dónde sacaría lo que necesitase para el festín. A pesar de la libertad continuó sujeto con una enorme cadena.

El presidiario que me servía de cocinero, retrataba á los soldados y á las novias de éstos que se hallaban en la península con sólo saber si eran altas ó bajas, flacas ó gordas. El tal Apeles, por dos reales pintaba cuadros de composición. Soldados que daban la mano á sus novias. Por poco dinero hacía felices al Papanatas que creía verse retratado, á la mu-



chacha que recibía el precioso regalo y al tuno que atrapaba los cuartos. El artista, que, como á casi todos sucede, creía superar á Velázquez, renegó, y en Fez hizo juegos de manos á presencia del emperador. Dió funciones de sombras chinescas; gustaban mucho á los moros, porque siempre salían vencedores de los cristianos. Me retrató sin mirarme á la cara en el acto de mandar á un soldado degollase á un moro, después de haber muerto á otro. La obra tenía varias impropiedades que no disminuían su mérito; la pintura se hallaba en la infancia. Me sirvió una empanada de carne, y dudo, después de veintitrés años, si era pescado ó paja. En cuanto pude tomar asistente, lo despedí, á pesar de sus muchas habilidades.

Fuí á las islas Chafarinas. En la de Isabel II se hallan los cuarteles; en las de Congreso y Rey había presidiarios y lobos marinos; están mal fortificadas. Revisté la compañía que las guarneecía, reprendí al capitán que la mandaba, porque se hallaba mal instruída y en lugar de excusarse, me preguntó: —¿Quiere usted echarla á reñir con la mejor del batallón?

Por la barbaridad y el acento, comprendí que era paisano mío; con trabajo pude contener la risa.

Siempre que en Melilla alguno me daba señoría, atajaba al adulador, diciéndole:—No la tengo; siga usted.

Se presentó un oficial aragonés á un coronel que iba sin uniforme y no le dió tratamiento.—Tengo V. S.—le dijo el jefe.—Ignoraba que V. S. tuviera V. S., si no le hubiera dado V. S. á V. S.,—replicó el subalterno.

A un alcalde sordo le gritaban los baturros.—Oiga V. S., tío Perico.

Lo mejor sería hablarnos en impersonal.

En la plaza africana repetían: «En Melilla, no te fíes de Cappa, Capote y Capilla.» En el cementerio leí: «Aquí yace una joven, que murió de sensibilidad de corazón.» El mayor del presidio trataba cruelmente á los confinados. A uno que robó 40 duros al gobernador, le decía mientras lo apaleaban: —Bribón, lo he de desollar vivo; ¡á la primera autoridad!



Se hallaba un confinado amarrado siempre á la pared con una cadena. A tan horrible castigo llaman «estar en blanca». Lo merecía: había sido escribano. Le condenaron por falsificador. Tenía cincuenta y tres años, y le faltaban setenta y cinco para cumplir. Se dedicaba á mandar anónimos, á delatar supuestos crímenes y á sacar dinero de varios modos. Le preguntaron por qué no ejercía su honrosa industria con los tontos que ya había estafado otra vez, y contestó que no se lo permitía la conciencia cuando no tenían un cuarto. Había orden para que nadie hablase con él á solas.

Un centinela, desde el puente levadizo de la puerta de San Fernando, distraído, cayó al foso. Los soldados de la guardia temieron se hubiera hecho pedazos, como le sucedió á otro; lo encontraron sano, salvo y montado en el burro de un cantinero.—¿Qué le dieron á usted?, le pregunté.—Agua y vinagre, contestó.—¿Y al borrico?—No se asustó.

Elegí veinte gallegos, agudos como punta de colchón, para cornetas. Me situaba sobre un puente levadizo, mientras en el foso los instruían. Una mañana oí se acercaba la banda tocando asamblea. Cuando más satisfecho me hallaba pensando en sus progresos, de pronto los cornetas armaron un ruido infernal, sin orden ni concierto. La trompetería era capaz de echar abajo las murallas de Melilla. Comprendí que los *guajas* se habían insubordinado; corrí tras ellos, cogí por el cuello al último, y le pregunté:—¿Quién os ha mandado tocar tan mal?—El cabo, para jo.....robar á usted, porque no le deja dormir fuera del cuartel con.....—¡Alto, alto!, grité repartiendo bastonazos, haciendo parar la banda. Metí al cabo en el calabozo, ordené formar sumaria, y lo hubiera pasado mal; rompí las actuaciones cuando ascendí á coronel. Perdoné la cerrada al indómito cabo, aragonés; peor que los rifeños, armó más cuestiones con ellos que los 999 individuos restantes del batallón.

Me avisaron que en el acto de la parada, cuando á los soldados diesen la voz: «Guardias, á sus respectivos destinos», no



obedecerían. Las compañías nombradas de servicio estaban en el cuartel de la Plaza de Armas. En el acto las mandé formar, cerré las puertas, iba yo sin espada, para probar que no tenía miedo, y después de explicarles el deshonesto crimen que trataban de cometer añadí, exaltadísimo: — Si se pierde esta plaza, que no es de republicanos, carlistas ni alfonsinos, sino de todos, si alguno de vosotros vuelve á España, la mayor parte seréis degollados por los moros y presidiarios; las mujeres, que en nuestra patria valen más que los hombres, os escupirán á la cara, diciendo: «Por ese cobarde nos quedamos sin Melilla.»

Dispuse saliesen á la plaza, encargué á los oficiales matasen al que desobedeciese, y las guardias marcharon á sus puestos. Me jugué la vida, que para un militar vale mucho menos que la honra. No había dinero en caja; de la famosa peseta que los revolucionarios señalaron al soldado para hacer imposible el ejército, sólo podíamos darle media. Esto perjudicaba á los cantineros, los cuales indujeron á la tropa para que faltase á su deber. Aconsejé al gobernador los embarcara para la Península. No le convenía, y exclamó: — ¡Y si no es verdad! — Poco se pierde. Así disminuye el número de los muchos tunantes que aquí sobran, le repliqué.

Se hablaba si una mujer que acababa de llegar á Melilla era hermana, sobrina ó esposa de un oficial. El soldado que servía á la mesa dijo: — Por el asistente, paisano mío, sé que es tía...

Estuve en la Sinagoga. En el centro de una pequeña habitación había un cajón vacío, cubierto con un trapo. Media docena de judíos movían la cabeza y cantaban en hebreo. Un comandante de artillería, que la echaba de liberal descreído, se burló de ellos. Yo respeté su religión.

A las seis de la mañana del 28 de Abril pregunté á un empleado en la Aduana marroquí el motivo de la función que celebraban al amanecer. Era el nacimiento de Mahoma.

Sentados sobre una alfombra tres morazos, cantaban alabanzas á Dios, acompañándose con guitarras moriscas y pandeteras. Me obsequiaron con dulces y té.



En la plaza africana soplaba siempre Poniente ó Levante. El primero, furioso, hacía estremecer puertas y ventanas. El segundo alteraba el mar, y las olas azotaban las murallas. Repito que en Melilla me conoció una mujer sin haberme visto antes, por lo mucho que me parecía á mi madre.

De niño permanecía yo inmóvil delante de ella haciendo de estatua, hasta que se apuraba. Sin haberlo oído nunca ejecutaba lo mismo un hijo mío con la suya.

Llegó á Melilla la noticia de la muerte de D. Manuel de la Concha, que mandaba el ejército del Norte, el 28 de Junio de 1874. En 1868, con su prestigio, inteligencia y valor habría aplastado á los revolucionarios, evitando tres guerras civiles. No quiso defender al Gobierno, lo despreció Prim, y lo vencieron los carlistas, que publicaron el siguiente telegrama: «G. E. M. General á S. M. el rey en Vergara.—Destrozado ejército republicano. El general Concha muerto; las bajas del enemigo grandísimas. La victoria es la más completa que hemos tenido en la campaña.» A no serle adversa la fortuna es probable que D. Manuel de la Concha hubiera proclamado á D. Alfonso XII después de tomar á Estella. Lástima que se hubiera metido á político.

El 24 de Julio encontré al gobernador en la muralla real mirando por una cañonera. La noche estaba obscura, calurosa, en calma la mar y se podía contar el número de centinelas que había en Melilla por el grito de *alerta está* que repetían uno tras otro. Se distinguían perfectamente las campanas que tocaban cada cuarto de hora en los fuertes aislados.—Los tiros, dijo el brigadier, han sido en San Luis.—Me figuré que algunos de mis soldados, centinela medio dormido, creyendo ver visiones y temiendo que los moros le cortaran la cabeza habría disparado; yo les prohibí cargar hasta que el enemigo asaltase la ciudad.

—No hay que fiarse de la perfidia africana, añadió el gobernador gravemente.—Vaya usted, me dijo, por las minas y averigüe dónde han hecho fuego. Que le acompañe á usted



el mayor de plaza y la escolta correspondiente. Todos los fuertes de Melilla se cerraban al ponerse el sol; hasta que salía se comunicaban por debajo de tierra. Las minas representaban un trabajo inmenso. Presidarios de confianza servían de guías en tan laberíntico subterráneo, para evitar se perdiesen y murieran de hambre los soldados. Abrieron la fuerte reja de hierro que hay en la guardia del principal; bajamos á la mina un confinado con un farol, detrás de mí el mayor, dos soldados armados y otro confinado también con linterna. A los diez minutos de paseo tan pintoresco, llegamos á la escala de la bocamina del fuerte Victoria Grande; el centinela, al divisarnos en el fondo, articuló sonidos sin sentido. —Dé usted el quién vive, le grité.—Permanecemos mirando hacia arriba, hasta que por fin llamó el soldado.—Ca..... ca..... ca..... bo....., luz.—Era tartamudo. Maldije á los que destinaban al ejército hasta los inútiles. Me reconoció el comandante de la guardia, abrieron la reja, fuimos saliendo como diablos de comedia, nada sabían de los tiros y volvimos á la mina. A poco rato dijo el guía. —Encima de nosotros está el cementerio. —Caminar por debajo de los muertos no me hizo gracia.

En San Miguel ignoraban lo que tratábamos de averiguar. Desde la muralla pregunté á la guardia de Santa Bárbara, y me contestaron que los disparos habían sido en Santa Isabel. Atravesé un cuartelillo donde dormían los soldados con el sueño que se tiene á los veinte años de edad. Pasé por los huertos y mis pulmones aspiraron con placer aire puro y fresco. El de las minas asfixiaba, se podía masticar. Casi todos los fuertes y baluartes de la plaza tienen nombres de santos; yo iba dado á todos los demonios. Mi acompañante, el mayor de plaza, alto, seco, verdinegro, marchaba muy serio con la cabeza baja para no pegar con ella en el techo de las minas. —Se le desteñían sus descomunales bigotes con el sudor.—Me contó que su mujer le había enamorado porque hablaba francés. Un majadero. Si yo hubiera sabido entonces



que era masón de los tontos que explotan los pillos, le llevo corriendo hasta echar los hígados por la boca. El oficial de guardia de la plaza de Armas, formó bocina con las manos, y me gritó:— Mi teniente coronel, el centinela de San Fernando ha oído caer tierra de la muralla y ha hecho fuego á un bulto.

Nos volvimos á meter por escotillón y al cuarto de hora encontramos al gobernador, que pesaría más de diez arrobas, sentado en la plaza de los aljibes, fumando tranquilamente. Interrogaba al pastor del ganado que había en Melilla.—¿Por qué has corrido al oír los tiros?—Al día siguiente se publicó un bando prohibiendo á las cabras andar sueltas. Una pelinegra había sido causa de la alarma.

Mis bisoños parecían veteranos, conseguí engordarlos, disciplinarlos é instruirlos; los cornetas tocaban tan melodiosamente que hacían rechinar los dientes. El más torpe sería digno de encargarse de la trompeta del juicio final.

Los hijos del jefe de la kábila de Mazuza, próxima á la plaza, mataron á su hermana porque la encontraron con un amante. Este hizo paces con ellos porque le dieron 200 duros y otra hermana que casó con el mayor de los fraticidas, llamado Mohamet; lo asesinó hallándose durmiendo en el café situado en las ruinas del castillo de Santiago un primo de la mujer que le dieron al aceptar la paz, al cual se la habían prometido en matrimonio. Mohamet era rico, arrogante mozo, muy simpático y amigo mío. Vino á verme muchas veces.—¿Porqué no aprendes á leer y escribir? le dije.—Eso sólo sirve para los frailes (santones), me contestó. Prometió acompañarme por las cinco kabilas fronterizas á Melilla, jurando que todos me respetarían. Hubiera ido seguro..... de quedarme sin cabeza. En 1841, los centinelas de la muralla de Melilla observaron que un corneta del provincial de Cádiz se pasaba al moro nadando. Todas las guardias dispararon sin cesar contra el desertor, que llegó sano al campo rifeño. Los moros le cubrieron con sus jaiques; en lugar de agradecerlo la emprendió á bofetones, se lanzó al mar y regresó á la plaza. Al prin-



cipio le creyeron demente y le respetaron; después le hicieron fuego. Había apostado con otro corneta á que iría desnudo á dar de mojicones á los sectarios de Mahoma.

Siendo Buceta gobernador de Melilla, había de mayor en el presidio un antiguo oficial de Cuerpos francos de abultado abdomen, que se acariciaba tarareando.

«Valientes nacionales,  
amad la libertad.»

Siempre que Buceta ordenaba una salida para atacar á los rifeños, y disponía que el mayor se le uniese en el campo con una sección de confinados armados, los llevaba al Mantelete, punto avanzado de la fortificación, y señalándoles donde esperaba el gobernador, les decía: «Por ahí se va.» Subía tan de prisa como le permitía su panza á la torre del vigía, observaba el regreso de las tropas, se colocaba muy ufano á la cabeza de los presidiarios al entrar en la plaza y gritaba: «¡A mí nadie me pasa delante.» El recuerdo de que su antecesor murió en una salida y se lo comieron los perros le embargaba el ánimo.

Un soldado de mi batallón exclamó:—¡Parece mentira que Dios puede más que todos los santos!—Para convencerle añadió otro:—El teniente coronel manda más que nosotros y somos mil.

Un moro me preguntó:—¿Tienes mujer?—No. ¿Y tú, cuántas?—Tres.—¿Qué hacen cuando se reúnen?—*Riñan.*—¿Cómo las pones en paz?—Así; figuraba el rifeño dar una zurra.

Junto á un agujero abierto cerca del mar, puse varias bolitas de papel en línea recta.—Cuando yo quiera, se meterán ó saldrán una tras otra en la peña,—dije á unas señoras.

Debajo de la roca existía una cueva que comunicaba con el mar. Al retirarse la ola, aumentaba el vacío, y con el aire entraban las bolitas corriendo por el agujero. Volvía la ola, dis-



minuía la concavidad, los papелitos no habían llegado al agua, y salían á escape.

Los historiadores romanos aseguran que la astucia es la cualidad que distingue al africano. Cogí una rana en el antiguo cauce del río Oro, la acerqué al mar, dió un salto, nadó unas dos varas y volvió á la playa. La cambié de sitio y no quiso meterse en el Mediterráneo. La llevé á inmediación del agua dulce y desapareció. No pude engañarla segunda vez.

Las frases que unos á otros nos dirigimos deseándonos larga vida y pocos padecimientos ó enfermedades, se llaman saludo. Es saludo militar la acción de llevar la mano á la visera ó escudo de la gorra ó morrión. Debía titularse reverencia ó zalema. Me repugna saludar ó desear la salud á los que desearía llevara el demonio.

El saludo no es señal de civilización; lo prueba lo aficionados que á tales actos son los kabilas del Riff. Cuando se encuentran dos se dicen: «El saludo sea con vos.—Con vos sea el saludo.—¿Cómo estás?—Bueno, gracias, ¿y tú?—Bueno; Dios te bendiga.—¿Cómo te encuentras?—Sin mal.—¿La familia?—Buena, loado sea Dios.—¿No tienes mal?—No, á Dios gracias.—¿Y la casa?—Buena;» frases que repiten doscientas veces. Jamás preguntan por las mujeres. Sería ofensa nombrarlas; pensar en las del prójimo se peca. Si los moros colocan la mano derecha sobre el pecho, expresan sinceridad; si llevan la mano á la cabeza, respeto; si se tocan los dedos de las manos derechas besándolos después, cariño; si sudan y los ponen en la boca, una porquería. En Melilla tenía que contestar á los saludos de todo el mundo. Me desesperaba. Huía para evitarlos.

Un centinela, al ver al mayor de plaza, gritó:— ¡Los de guardia, el de ayer!— Cuando mandaba el partido moderado, época en que se trataba horriblemente á los soldados, se les exigía que diesen la voz: «Los de guardia, el excelentísimo señor capitán general.» A muchos se les castigó porque no podían pronunciar frase para ellos difícilísima.



El secretario del gobernador, por haber nacido en Melilla, era de los que llamaban «rata de presidio»; echándola de gracioso, nos contó que siendo mayor del penal, para castigar á los confinados, inventó un horroroso tormento. Los encerraba en un calabozo pequeño, lleno de trapos viejos, expuesto á los rayos del sol, y tantas pulgas se criaban en él, que ningún presidiario podía sufrir media hora el atroz martirio que le causaban los insectos. Por resignado que se hallase, daba alaridos, subiéndose por las paredes, pidiendo misericordia.

Yo le llamaba el Mochuelo, desde que hizo una mueca con su boca sin dientes, y cerró un ojo al referirnos el siguiente cuento: «Un mochuelo que caminaba con un zorro, adivinó que éste trataba de comérselo en cuanto se quedara dormido; se paraba en las más altas ramas de los árboles, mirando con un ojo á su compañero, el cual al llegar al término del viaje, le dijo:—Camarada, habrá usted pasado malas noches; nunca le he visto descansar. — Regulares, replicó el Mochuelo sonriéndose, y añadió al echar á volar:

«Si viajas con amigo incierto,  
duerme con un ojo muy abierto».

Como el Mochuelo adulaba al gobernador, les encajé el cuento que sigue. Se lo oí á un alguacil en tiempo de Fernando VII (q. e. p. d.), cuando mi padre ejercía de corregidor de Borja. Yo he ignorado cincuenta años que lo publicó Juan, aragonés, en el siglo XVI. «Vivía en España un rey muy generoso. Un pobre gallego cargó con el nabo más grande que encontró en su tierra, y lo presentó al monarca, que le regaló en cambio un hermosísimo diamante. Un andaluz muy listo, calculó que si por una despreciable hortaliza había recibido el maruso alhaja tan preciosa, á él, por un magnífico caballo, lo hartaría de honores y riquezas. Llevó al rey el mejor potro de Andalucía, y el soberano, agradecido, le dió..... el nabo del gallego». Castigo que merecen los que adulan por interés.



El gobernador de Melilla, alto, grueso, muy moreno, belludo, de tipo africano, sólo se distinguía de los jefes de las kabilas inmediatas á la plaza, en el traje. De escasa inteligencia, le dominaba la materia. Comía, bebía y..... dormía. Armaba cuestiones con cristianos, moros y judíos. Me pedía auxilio para salir de ellas.

Los hebreos representaron contra él porque faltaba á la libertad de cultos, prohibiéndoles entrar en la plaza reses muertas en el Riff; no existía en Melilla sabio ó rabino que las sacrificara, según previene la ley mosáica, y contra su voluntad comían siempre de vigilia.

En el informe que escribí manifesté ser práctica constante, desde que se conquistó á Melilla, no permitir se introdujese en la plaza desde el campo infiel, sino la carne en vivo, para evitar envenenamientos, teniendo en cuenta la guerra continua y el odio eterno entre moros y cristianos. Con los cantineros era muy tolerante, por lo que le abonaban. Sin pagar derechos no toleraban los de la aduana marroquí la introducción de ganado lanar. El pastor de la plaza multiplicaba los carneros mezclándolos con los del campo fronterizo, y los pasaba en montón; el gobernador despreciaba las críticas de los que creían en Jesucristo, Mahoma y Moisés. También se hacía el contrabando de salitre, prohibida su introducción en Marruecos. La Aduana marroquí se hallaba situada en un cuerpo de guardia fuera de la segunda línea de fortificación. Uno de los administradores jamás se reía y rara vez hablaba. El otro, llamado el moro de los dientes, los tenía enormes, nervioso, exaltado, ignoraba el castellano y se daba á entender por señas, á no ponerse frenético, siendo entonces sus gestos tan rápidos, que ni el mismo diablo podía comprenderlo. Me explicó que según sus libros, Dios permitirá que los aborrecidos judíos dominen cuarenta años sobre la tierra. Observó no me hacía gracia la profecía, y me aseguró que los años sólo se compondrían de veinticuatro horas cada uno, en las cuales se sembraría y cogería la cosecha; después la raza hebrea sería exter-



minada para siempre. Sid Mahomed Kelris, de Tetuán, me asustó y tranquilizó.

Destinaron al batallón un comandante, hablador insustancial, al parecer enemigo de la revolución; á poco lo dejaron de reemplazo por cantonal. El otro comandante me contó que en 1854 era sargento, escribiente de confianza del gobernador militar de Toledo; cuanto sabía se lo avisaba á los conspiradores; después lo dejé colgado, añadió.—A mí no me colgará usted; antes lo mandaré ahorcar de una almena, le interrumpí señalando la muralla.—Se presentaron en mi casa los subalternos del batallón. El más osado manifestó que un jefe del Cuerpo decía se hallaba á sus órdenes una oficialidad indigna, y que en las continuas cuestiones que surgían entre la misma y el gobernador de la plaza, siempre daba á éste la razón. Le pregunté si aludía al comandante; respondió negativamente, y añadí muy tranquilo: «Entonces soy yo».

Podía arrestarlos, que se formase sumaria ó convencerlos de su mal proceder; con la mayor calma me dirigí al cabeza de motín, le expresé que al revistar el destacamento que mandaba en el Peñón, lo encontré bien; mi opinión no había cambiado. A otro oficial que elegí para que me acompañase á las Chafarinas, le advertí lo mismo. Los dos exclamaron que creían era una calumnia.

A un alférez alto, grueso, basto, ex-cabo de gastadores, de los que se creen valer porque tienen mucha fuerza y nunca sirven sino para mozos de cordel, recién llegado á Melilla, tenía gran parte en el complot, le expresé en el tono más despreciativo, que de él ni siquiera sabía su nombre. Comprendí que los oficiales se arrepentían y les obligué á nombrar al calumniador. Lo llamé y pregunté:—En los actos del servicio ó fuera de ellos, ¿he hablado á usted alguna vez?—Nunca, contestó.—A estos señores les ha dicho usted que yo los creía indignos de ser oficiales, añadí sin variar de tono.—Faltan á la verdad, replicó aturdido.

En toda corporación hay buenos y malos; los oficiales pun-



donorosos, salieron de mi habitación corridos y avergonzados. Desafiaron al alférez, no admitió, y trataron de arrojarlo por la muralla. Me dieron toda clase de satisfacciones y les exhorté á despreciar al culpable. Este, seducido por su mujer, que era del Perchel, trató de vengarse de mí porque prohibí, cuando se hallaba de guardia su marido, que el ordenanza de la misma le llevase los niños en brazos, yendo con el fusil sobre el hombro. Al bestia lo sacó de quicio.

Maniobraba con el batallón en el antiguo cauce del río Oro, para que los rifeños se acostumbraran á vernos en el terreno que el sultán cedió á España después de la guerra de 1860. Ya los moros no cazaban españoles dentro de Melilla. Se tendían antes en tierra, apuntaban á las aspilleras de la plaza, veían pasar los centinelas y disparaban. Yo paseaba hasta el café marroquí, situado en las ruinas del torreón de Santiago. En él, durante el sitio que el emperador de Marruecos puso á Melilla el año 1774, doce soldados españoles con un cañón resistieron tres días, rechazaron 23 asaltos y quedaron enterrados entre los escombros. El gobernador anunciaba con la bocina al cabo comandante del torreón los ascensos que le iba dando en nombre del rey; le hizo general en pocas horas, en cuyo empleo murió. Tan rápida carrera era justa; defendía la patria. En nuestros días algunos han subido á los primeros puestos del ejército por ofenderla.

El 3 de Septiembre recibí la orden de mi ascenso á coronel por antigüedad, quedando de reemplazo. Los jefes de la plaza, el intérprete, la oficialidad del batallón, los administradores de la Aduana marroquí, varios moros y judíos, todos se empeñaron en acompañarme, unos hasta la playa y otros en lanchas al vapor. Sufrí al despedirme de los que me dieron pruebas sinceras de simpatía; nada esperaban de mí: tal vez no los volvería á ver. Me conmovió el recado que me mandaron los infelices confinados, de que les permitiera bajar mi equipaje al muelle, lo único que podían hacer por mí. El obrar bien tiene siempre recompensa.



Todos los soldados francos de servicio formaron calle y me saludaron al pasar, manifestando en sus semblantes el pesar que les causaba verme marchar: con ellos fuí justo. Mi amigo Sid Mohamed-Kelris, el moro de los dientes, al darme el beso de despedida, temieron me arrancase un pedazo de mejilla, se esforzó en no hacerme daño, cerrando los labios cuanto pudo.

Atravesé el Mediterráneo felizmente; desembarqué en Málaga el 5; admiré la encantadora Granada, pesándome no haberla visto antes, y llegué á Madrid el 8, acompañado de varios camaleones. Volví á mi antigua vida de coleccionista.

Uno me preguntó:—¿Dónde ha estado usted?.....—En presidio.—¿Por qué?—Por reaccionario.—No le importe nada.—Ignoraba mi sabio colega, que presidio es guarnición de soldados.

UN SOLDADO VIEJO.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

# RECUERDOS

---

Lo pequeño se asemeja á lo grande muchas veces, cuando lo grande y lo pequeño pertenecen á la misma familia.

Y así como en los grandes organismos políticos hay crisis y un Gobierno cae y otro Gobierno sube, así en las Escuela de Caminos, pequeño aunque importantísimo organismo administrativo, hubo también su pequeña crisis. Quiero decir que cayó el director D. E. A. y que le sustituyó D. Juan Subercase, la figura por entonces más respetable y más importante del Cuerpo de Caminos.

Bien puede decirse, sin género alguno de exageración, que D. Juan Subercase había creado la moderna Escuela; porque ha de saberse que ya había sido director de la misma durante muchos años, antes de esta época á que ahora me refiero.

Era tal nombramiento, si así puede decirse, una verdadera restauración.

D. Juan Subercase tenía ya muchos años, probablemente más de setenta y cinco; pero su espíritu era joven, su entusiasmo por la Escuela el mismo de siempre.

Ya lo he dicho: él la había creado moralmente. El había establecido aquella disciplina militar que hizo de la Escuela de Caminos una escuela modelo. El había elevado sus estudios; porque D. Juan Subercase era un hombre de ciencia y domi-



naba toda la de su tiempo. Clase por clase, á todas asistía periódicamente; y en todas, y más que en ninguna en la de Física y en las de carácter matemático, *preguntaba* con frecuencia, sometiendo en cierto modo á riguroso examen á la vez que á los alumnos, al mismo profesor.

Su programa era bien sencillo: en primer lugar mucha ciencia, en segundo lugar mucha disciplina, y, sobre todo, mucho entusiasmo por la Escuela.

Su gobierno, démosle este nombre, era el de un absolutismo paternal. Todos temblaban ante el nuevo Director, lo mismo los profesores que los alumnos; pero con toda su rigidez, que era muy grande, para el alumno de talento ó para el buen profesor tenía debilidades de padre cariñoso.

Agréguese á todo esto, que D. Juan Subercase, lo mismo en la Escuela de Caminos, que en el servicio del Cuerpo, que en la Junta consultiva de la cual era ya Presidente, en todas partes, en suma, fué un perfecto caballero y un hombre de gran rectitud y de conciencia purísima.

Tal era nuestro nuevo amo y señor; porque más que director de la Escuela, amo y señor de ella fué siempre D. Juan Subercase. Por no haber querido admitirle ó por haber querido quebrantarle un tanto esta autoridad omnímota, riñó estrepitosamente con la Dirección de Obras públicas y abandonó el puesto allá hacia el año 49.

En cuanto se posesionó de su cargo, pensó D. Juan Subercase en modificar el personal de la Escuela y en aumentar el número de profesores. Y á los pocos meses realizó por completo sus proyectos.

Por la revolución del 54, he dicho ya en otra ocasión, que vine de profesor á la Escuela de Caminos. ¡Quién sabe si por esta crisis de la Escuela he llegado á ser autor dramático! Más adelante diré cómo; quiero decir que más adelante explicaré el fundamento de esta sospecha mía.

\*  
\* \*



Yo he sido siempre puntual en el cumplimiento de mis deberes, y tengo que declararlo así, porque me he propuesto no dejar en la sombra ninguna de mis buenas cualidades.

Las malas que las publique el diablo, si se lo permiten.

Y si siempre he procurado cumplir mi obligación, no hay que decir si la cumpliría con exceso, estando á las órdenes de D. Juan Subercase.

El era también puntualísimo: antes de las nueve estaba en la Escuela de Caminos: todos los días, hiciera buen tiempo ó hiciera mal tiempo, que nevara ó que tronase. Puntual, á pesar de sus setenta y cinco años, como alumno que teme que le pongan falta.

Pues yo había de ser más puntual que él; y así es que cuando él llegaba, me encontraba en mi puesto. El resultado de nuestras emparejadas puntualidades, fué que D. Juan Subercase llegó á quererme mucho y me tuvo siempre gran consideración, tratándome más bien como amigo, que como á ingeniero joven y á subordinado.

En la mesa de mi despacho se sentaba todas las mañanas, sin quitarse su bufanda, cubierto con su majestuosa peluca, y calando sobre la peluca su sombrero.

Después de dejar sobre la mesa un hermoso bastón de caña de Indias, con puño de oro, que él consideraba como símbolo de su autoridad, quedábase esperando á los profesores. Yo encontré en él, á veces, cierto parecido con los Federicos de Prusia.

Y así sentado, con su bufanda y su sombrero, y hablando conmigo, siempre de cosas de la Escuela, oía las nueve, hora invariable é inflexible *de entrada*.

¡Ay del profesor que se retrasase algunos minutos! Temeroso entraba en Secretaría el que llegaba tarde; echábase á temblar al ver á D. Juan Subercase sentado en mi sillón, y con toda cortesía, y hasta con humildad, saludaba al autócrata de la Escuela de Caminos, dándole los «buenos días».

Don Juan no le contestaba; cogía el bastón, y brazo y bas-



tón, con ademán severo y sin pronunciar una palabra, los extendía, señalando hacia el reloj: una magnífica péndola de French, con alta caja de caoba, que me parece estar viendo.

El profesor seguía maquinalmente el movimiento de aquel brazo un poco temblón y de aquel bastón formidable, y fijaba su vista en la acusadora esfera.

«Sí, es verdad—decía, comprendiendo la intención de don Juan Subercase;—me he retrasado algo.»

Y D. Juan rompía su silencio para decirle: «Diez minutos. Si fuera usted alumno, se le pondría á usted una falta de puntualidad, y á las veinte perdería usted curso; pero como es usted profesor, no se puede hacer eso.» Y bajando el bastón, daba un golpe en el suelo, como quien dice: «¡Qué lástima!»

Mientras D. Juan bajaba al suelo el bastón, bajaba el profesor las orejas y se marchaba á clase.

Esta escena la vi varias veces; y el haberse repetido con demasiada frecuencia le costó salir de la Escuela á un compañero nuestro: como quien dice, perdió curso.

A las doce se marchaba D. Juan á almorzar. Poco después de la una estaba de vuelta; y como tardase algo y llegara, por ejemplo, á la una y media, miraba el reloj con cierta angustia infantil y me decía: «¡Caramba, Echeagaray; me he retrasado mucho!» como pidiéndome que le dispensase.

Daban las cuatro, se daba la salida á los alumnos, y me decía: «Puede usted marcharse, que usted ha estado todo el día en la Escuela.»

«Pero ¿y si necesita usted algún libro D. Juan?»

«No, no necesito ninguno: con los que usted me dió antes tengo bastante; conque márchese usted.»

Y había que obedecerle.

Siempre me estaba pidiendo libros para estudiar. Y la razón era esta. Por aquellos años se había extendido ya el cálculo de los puentes de hierro y de las construcciones metálicas, y como estas y otras teorías no eran del tiempo de D. Juan, y él quería conocer á fondo todo lo nuevo, siempre estaba estu-



diando las mejores obras que se publicaban sobre las materias en cuestión, y en más de una ocasión me consultó ciertos puntos difíciles de cálculo.

Por esto, quiero decir, por la ciencia que él bondadosamente suponía en mí (alguna vez he de ser modesto) y la puntualidad que en mí observaba para cumplir como profesor, como ayudante y como secretario, llegó á tenerme verdadero afecto y á convertirme, muchas veces, aunque no siempre, porque no era hombre que tenía ni camarillas ni favoritos, y él mandaba y no mandaba nadie más que él, en su consejero áulico para todo lo que era ciencia y organización científica de la Escuela.

\*  
\* \*

Un día, me llamó á su despacho, me mandó cerrar la puerta, me hizo sentar frente por frente de su respetable persona y me dijo con sonrisa bondadosa y con marcado acento valenciano, pues en él el límite de la bondad era marcar el acento de su tierra:

«Oiga usted, Echegaray: hoy va usted á ser el director de la Escuela; no se quejará usted de la carrera que ha hecho. Tan joven, y ya director. ¡Hombre, con llevar yo cincuenta años de servicios, no soy más!»

«Pues, D. Juan—le repliqué yo—usted dirá lo que tengo que hacer para cumplir con mi nuevo cargo.»

«Ya sabe usted—me dijo, poniéndose serio y hasta con cierta solemnidad—que quiero renovar el personal de la Escuela. Respecto á profesores de cierta edad, como á todos los conozco, porque eran alumnos la primera vez que fuí director, no tengo que pedir consejos á nadie: yo solo me basto, y estoy seguro de que escogeré bien. Pero he faltado de la Escuela cinco ó seis años, y no conozco á los ingenieros jóvenes. ¡Vea usted! A usted no le conocía más que por lo que me habían dicho de usted D. Jerónimo del Campo y Pepe Morer.



¡Bueno! Pues ya tenemos eso:—esta era la muletilla predilecta de los Subercase.—Yo quiero traer tres ingenieros jóvenes, que turnen como ayudantes además de ser profesores; porque usted hoy lo hace todo, tiene usted dos clases, es usted secretario y es usted ayudante, trabajo excesivo, que no debe pesar sobre una sola persona.

¿Comprende usted? ¿Me comprende usted?—Esta era otra muletilla.—Yo quiero que usted escoja y me dé los nombres de tres de sus compañeros: los mejores, los de más talento y los más pundonorosos.

Estoy seguro, que ha de responder usted dignamente á mi confianza; porque aquí no se trata de amigos, ni de favorecer á éste, ni de traer á Madrid al otro. Conque ya ve usted que su responsabilidad es grande; como que yo deposito en usted mi autoridad. Ahora veremos lo que usted hace.»

Yo le agradecí muy de veras su confianza y, sin vacilar, le dije tres nombres. Y con plena conciencia de que cumplía bien con D. Juan Subercase, se los dije, como el porvenir demostró.

«D. Juan, debe usted proponer el nombramiento de Leopoldo Brockmann, de José Caunedo y de Eduardo Gutiérrez Calleja.»

El no los discutió. En el acto se puso el oficio proponiendo á la Dirección de Obras públicas para profesores y ayudantes de la Escuela á Brockmann, á Caunedo y á Calleja.

Yo quise hacerle alguna observación, y le dije:

«Bueno sería, D. Juan, que tomase usted informes respecto á esas tres personas», pero él se negó en absoluto. «No—me contestó;—eso sería compartir con usted la responsabilidad de estos nombramientos, y volverme atrás de lo que le he dicho. Afirmé que hoy era usted el director de la Escuela, y el director propone á la superioridad.

Además, yo tengo confianza en usted. ¿Comprende usted? Y volvió á su acento valenciano, á sus vocales abiertas y á su sonrisa bondadosa.»



Conque propusimos, como he dicho, á Brockmann, Caudedo y Calleja. En estos tres nombres iban mi porvenir de autor dramático, mis bodas futuras, y una buena parte de mis trabajos como ingeniero.

¡Cosa singular! Mientras he ocupado posiciones subalternas, he hecho más nombramientos, y mejores, y los he hecho con más independendencia y más libertad, que cuando he sido ministro.

Algo de lo que me sucedió con D. Juan Subercase, me sucedió—como referiré cuando llegue el momento—con D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Pero no anticipemos los acontecimientos, como se dice en las novelas.

\* \* \*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEON MARCELONES

Al fin vinieron á la Escuela mis tres amigos y compañeros.

Basta escribir estos tres nombres que hace poco he escrito, para que todos los ingenieros de caminos comprendan, que yo cumplí leal y honradamente el encargo que D. Juan Subercase me había confiado.

Alguna otra observación le hice antes de mandar el oficio á la Dirección de Obras públicas.—«¿No sería bueno consultar con ellos, por si no les conviene venir á Madrid?»

Entonces sí que D. Juan casi se me enfadó.

«¿Si no les conviene? ¿Y qué importa que no les convenga? El interés de la Escuela está antes que el interés de esos jóvenes. Se les manda venir, y vendrán. ¡Pues no faltaba más!»

Y aquí endulzó algo el tono, y agregó:

«No se apure usted, que sí que les conviene venir; y aquí les haremos trabajar para distraerles, si por acaso no viniesen á gusto.»

Pero á gusto vinieron.

Y para mí fué sumo contento, porque eran tres de mis amigos más íntimos.



¡Ninguno de ellos existe ya!  
¡No son más que tres recuerdos!  
¡Son casi una vida! ¡Una vida que pasó! ¡La juventud que se fué!

\*  
\* \*

Volvieron para mí los buenos tiempos de la Escuela: aquellos tiempos en que yo era alumno y estaba rodeado de mis compañeros durante el día, y tenía con quien hablar, y con quien reir, y con quien disputar también de todo: de literatura y de dramática, con Brockmann; de Historia y del teatro Real, con Caunedo; de cosas de ingeniería, con Calleja. Mezclándolo todo, y exagerándolo todo, y gritando á voz en cuello, sobre todo, y concluyendo por reirnos de todo.

Dos ó tres años muy alegres fueron aquellos. Imitaban los alegres años de la carrera, pero sin la esclavitud del alumno, con la autoridad del profesor, y con horizontes más amplios.

Si no todas las noches, muchas de ellas, íbamos juntos al teatro Brockmann y yo; sobre todo, á los estrenos, y de Tamayo no perdíamos ni uno.

En materias literarias y artísticas, los gustos de Leopoldo Brockmann eran los míos, y mis juicios críticos los suyos.

Leopoldo Brockmann tenía mucho talento y aptitudes universales: para la ciencia, para el arte, para la literatura.

Comprendía bien las matemáticas, y aun antes de ser profesor, era capaz, como si lo fuese, de explicar cualquier lección aunque estuviese sembrada de las más difíciles y complicadas fórmulas. Durante toda la carrera, Brockmann, Caunedo y Calleja se disputaron los primeros puestos. Brockmann era el más brillante. Caunedo, que mejor comprendía las matemáticas, el que profundizaba más en todas las teorías y el que era capaz de explicarlas con más exactitud y con más claridad: claridad verdaderamente admirable. Calleja, en cambio, era el espíritu más crítico y más práctico: para presentar dificultades



y hacer objeciones no había otro como él, y para vencerlas con más sentido común, tampoco.

Pero en materias literarias Brockmann era mi predilecto. Versificaba con gran facilidad y su espíritu era verdaderamente poético.

Era una mezcla de la raza andaluza y de la raza alemana, ¡porque sangre de ambas razas formaban la suya!

Y era bueno, y simpático, y noble, y el carácter más bondadoso que he conocido.

Nunca se enfadaba con nadie y era el alumno que más amigos y más simpatías tuvo en la Escuela de Caminos.

Leal y cariñosísimo, recto y desprendido en materia de intereses, con una generosidad casi peligrosa. Y es que en él siempre dominó el poeta. Poeta cuando explicaba una lección; poeta, con toda su ciencia, cuando hacía un proyecto de la carrera, puente, carretera ó canal; poeta aun en las empresas á que en sus últimos años se dedicó y en las que casi siempre fué víctima de su poesía, porque los que trataban con él no solían flaquear por este lado.

Era un caballero y un ángel: un angelote de mucha estatura: muy flaco, de cabeza abultada, pelo rubio casi ensortijado, con muchos rasgos de la raza alemana de que procedía, y con toda la dulzura, la buena educación y el atractivo social de la raza andaluza, que á la germánica vino á mezclarse para la creación de aquel ser de tan altas prendas morales.

Mis primeros atrevimientos con la dramática á él son debidos. ¡Quizá yo no hubiera escrito dramas sin el estímulo de su amistad!

\*  
\* \*

Un día me dijo Brockmann: «oye, Pepe: ¿y si escribiésemos un drama entre los dos?»

Yo me eché á reir, porque la ocurrencia me hizo muchísima gracia.



«Tú, le dije, no estaría mal que lo escribieses, y aun ahora me ocurre que debías escribirlo; pero yo, ¿cómo quieres que lo escriba si no sé hacer versos, si tú sabes que no los hice nunca, si es absolutamente imposible que yo componga ni la más vulgar redondilla?»

Ha de saberse, en efecto, que yo, en aquella época, tenía la idea de que los dramas se debían escribir en verso; y que si no se escribían en verso, casi no eran dramas.

Nuestra tradición clásica, llamémosla así por lo antigua, quiero decir, las comedias de Calderón, Lope, Tirso, Moreto, Rojas, se me imponían y me daban la única norma que creía propia para una obra dramática.

Eran mi lectura favorita, y sentía y admiraba con sentimiento vivísimo aquellos espléndidos raudales de hermosura.

A mi entender, no sabiendo escribir en verso no se podía escribir un drama.

En verso escribía Ayala, y habían escrito García Gutiérrez y Hartzenbusch, y Ventura de la Vega y Bretón de los Herreros.

Los dramas en prosa eran la excepción.

Pero Brockmann no se dió por vencido; y cuando vió que yo no tomaba en serio su proposición, varió de táctica y volvió á la carga con la misma idea transformada y aun engrandecida.

«Bueno,» me dijo: «no escribamos *un drama*, ya que absolutamente te niegas á escribirlo. Pero podemos hacer una cosa.»

«¿Qué es lo que podemos hacer?» le pregunté con cierta curiosidad, porque lo cierto es que la tentación había hecho presa en mi espíritu. ¡Ni qué español hay que se resista á escribir un drama si un amigo se lo ruega! ¡Y aun sin rogárselo!

«¿Quieres saberlo?» me dijo.

«Claro está.»

«Pues ya que no podemos escribir *un drama*, escribamos *dos*.»



«¡Demonio!» exclamé yo sin comprenderle.

Y él, con toda seriedad, me explicó su idea.

«Escribimos dos dramas: tú uno en *prosa*, y yo otro en *verso*.»

La nueva idea me hizo impresión, pero todavía me defendí, aunque ya mi defensa era la del que apetece ser vencido.

«¡Si los dramas deben escribirse en verso!» insistía yo. «¡Si en verso los escribieron los autores del siglo de oro, y en verso los mejores autores de nuestra época romántica! ¡Si en verso escribe Ayala, y en verso escribieron Racine, Corneille y Molière, y aun muchas veces en verso escribía el mismo Shakespeare! ¡Si el verso es la defensa y el escudo y la armonía y el aplauso! ¡Si no se pueden expresar las ideas noblemente, si no se escriben en verso! ¿Cómo quieres que me meta á escribir yo una obra dramática en prosa, que forzosamente ha de resultar seca y desabrida? Desengáñate,» agregaba, «los dramas en prosa tienen mucho adelantado para ser melodramas.»

Estas eran al menos mis ideas de entonces, no mejor fundadas que como ahora las fundo, porque no escribo, ó mejor dicho, no dicto tesis literarias, sino recuerdos de mi juventud. Y por entonces, mis conocimientos de crítica literaria eran bien escasos.

Yo veía *un hecho*: que casi todos los dramas se escribían en verso. Y convertía el hecho en ley, y como artículo de ley lo aceptaba.

Creo que Brokcmann pensaba como yo. Pero como estaba empeñado en que escribiese un drama, y sabía de antemano que en verso no había de escribirlo, acudió á todos sus medios para defender los dramas en prosa.

«¿Pues qué», me dijo; «no está escribiendo Tamayo admirables dramas en prosa? ¿No los ha escrito también Hartzenbusch? ¿Y Moratín? ¿Y Shakespeare? ¿Acaso nuestra primera comedia, *La Celestina*, que comedia es en el fondo (y Leopoldo fué el primero á quien oí esta idea ¡estaría yo atrasado



de noticias!), no está en prosa también? ¿Y no acude á la prosa la moderna escuela francesa? Dramas en prosa ha escrito Víctor Hugo, y Alejandro Dumas y muchísimos más.»

Con que yo me sentí abrumado por los argumentos de Brockmann, á cuyo juicio crítico daba una gran importancia.

Ello fué que me dí por vencido, y que resolvimos escribir dos dramas: *él, uno en verso*, de argumento poético; y *yo, otro en prosa*, de argumento que hoy llamaríamos realista.

\*  
\* \*

Tendría yo entonces unos veintitrés años. De modo que á los veintitrés años escribí mi primer drama, y lo escribí en prosa; pero éste fué el único que escribí en aquella época. Para encontrar el segundo hay que saltar un período de doce ó catorce años, ó no sé cuantos, en cuyo largo período jamás me asaltó la idea de escribir para el teatro, ni jamás se me ocurrió que pudiera yo hacer nunca ni una sola redondilla.

Este primer drama lo rompí ó lo quemé: en suma, que ya no existe; y no creo que haya sido gran pérdida para la literatura dramática. Pero el argumento, si no en sus pormenores, en sus rasgos generales, lo recuerdo perfectamente, y he de referírsele á mis lectores en este artículo ó en el próximo; pero no quiero interrumpir ahora la historia de aquellos dos dramas gemelos, el de Brockmann y el mío, que nacieron juntos y que juntos murieron en flor.

En mes y medio ó cosa así, estuvieron terminadas ambas obras: y la de Brockmann, que á mí me asombraba, era un verdadero derroche de poesía. Monólogo había de trescientos versos y con riquísima variedad de metros, constituyendo una especie de monólogo simbólico. Y como Brockmann tenía muy buen sentido, me decía muchas veces:

—«Mira, Pepe; yo creo que esto no puede representarse.



¿Has visto tú nunca recitar en la escena un monólogo de trescientos versos?»

Y yo le replicaba: «Muchos son, es verdad; pero en nuestro teatro antiguo hay parlamentos larguísimos, de cien versos y de doscientos versos, y son los tuyos tan hermosos, que estoy seguro que el público ha de oírlos sin ningún género de cansancio, y que al fin ha de aplaudirlos á rabiar.»

«¡Bueno!» repetía él; «en todo caso ya acortaremos el monólogo en los ensayos.»

En fin, los dos dramas allí estaban á disposición del que quisiera leerlos, y llegó el día en que dimos lectura de ambos.

Nuestro primer público, ó mejor dicho, mi primer público—porque para el pobre Brockmann aquel fué el primer público y el último,—aunque no fué numeroso, fué escogido. No se componía más que de dos personas: un antiguo compañero de la Escuela llamado J. C., que vivía con Brockmann y que siempre se estaba comiendo las uñas, y un alto empleado de Telégrafos, hombre de alguna edad, que padecía horriblemente del estómago, muy inteligente en su carrera, muy recto y muy caballero, amigo íntimo de Leopoldo Brockmann, por quien sentía respeto y hasta adoración, pero que jamás se había ocupado de literatura, y mucho menos de literatura dramática, hasta aquel momento.

Estos dos, Brockmann y yo, almorzamos juntos, y á los postres emprendimos la lectura de ambos dramas, que duró hasta la hora de comer.

El éxito fué colosal y los aplausos no cesaban.

Por unanimidad, aunque con voto reservado de Brockmann, se declaró que su drama era digno de Calderón y de Lope, y por unanimidad también, aunque yo por modestia me abstuve de votar, se declaró que mi drama era profundamente conmovedor, y que competía con los mejores dramas de Alejandro Dumas.

Conmovedor debía serlo en sumo grado, porque durante



todo él, J. C. devoró cuantas uñas le quedaban en los diez dedos, y al llegar al tercer acto le dió un dolor de estómago tan fuerte al empleado de Telégrafos, que tuve que suspender la lectura media hora.

El buen señor, que ya de ordinario tenía la cara amarilla, no amarillo, sino verde parecía; y dando paseos por la sala, y apretándose el estómago unas veces, y limpiándose el sudor otras, murmuraba con voz desfallecida:

—¡Nada! ¡Que yo no puedo oír estas cosas! ¡Muy hermoso! ¡Muy hermoso, pero muy fuerte! ¡Me ha matado! ¡Me ha matado!

Era mi primer triunfo: el primer dolor de estómago que he proporcionado al público. Y ¡qué simpático me fué desde entonces el empleado de Telégrafos! Porque mi teoría en aquellos tiempos era esta: «El arte, es el dolor; hacer sufrir, su objeto:» y el espectador más simpático sería el que, de pura emoción, se muriera de repente.

Lo malo es que los espectadores de estos tiempos que corren, se van alejando cada vez más de aquel ideal artístico.

¡Ay, si todos fueran como aquel empleado de Telégrafos! ¡Cuánta más gloria recogerían los autores!

\*  
\* \*

Pues ello era preciso. Era preciso que se representasen nuestros dramas.

¿Pero cómo?

Nosotros no conocíamos á ningún actor, ni á ninguna actriz, ni á ningún empresario.

Jamás habíamos pisado las tablas, ni habíamos andado entre bastidores, ni habíamos hablado con ningún artista, siquiera fuese de segundo orden.

Es decir: Brockmann, mientras seguía la carrera, estuvo de huésped en una casa, en la que también se hospedó un barítono italiano, que había perdido completamente la voz por no



sé qué afección de la garganta, causada, según refería, por *envidias* y *odios* de los compañeros, los cuales le habían *dado*, agregaba él bajando la voz á las notas más graves, una *mala envenenadura*. Historia melodramática que algo tenía de cierta; y aun nos aseguraron, que había tomado parte en la *envenenadura* una tiple.

*Una mala envenenadura*—repetía, con la nota más cavernosa que la envenenadura le había dejado.

Estas eran las únicas relaciones que había tenido Brockmam con gente de telón adentro.

Yo, en cambio, recién llegado á Madrid ví una vez de cerca á Julián Romea.

Iba por la calle del Príncipe con mi padre, y Julián Romea venía en sentido contrario. Mi padre me dijo: «Si quieres ver bien á Julián Romea, le hablaremos.»

Porque mi padre había sido amigo de Romea—aunque no íntimo—en tiempos pasados, cuando todavía Julián no se había dedicado al teatro. Juntos se veían muchas noches en casa de mi abuela materna.

Nos acercamos, en efecto, á Romea, y mi padre estuvo hablando con él un rato. Yo, todo aquel tiempo le estuve mirando. Era la primera vez que le veía á tan corta distancia. Antes y después, muchas veces; pero yo en galería, entre estudiantes y pueblo, aplaudiéndole. El en la escena, recibiendo los aplausos.

De modo que ni Brockmann ni yo teníamos relaciones, ni influencia, para hacer que leyese nuestros respectivos dramas.

Literatos, yo no conocía á ninguno: Brockmann conocía dos. D. Angel Dacarrete, que ya entonces figuraba como joven literato de grandísimas esperanzas; y otro joven, que llamaremos X, de quien desde aquella época no he vuelto á oír hablar.

Vestía este último con elegancia, hablaba con autoridad y desenfado, y daba á entender que era amigo íntimo de todos los literatos y de todos los autores de nota.



Que aquellos le solían leer sus obras, y que á éstos los veía casi todas las noches en sus respectivos teatros.

Para él, Romea era Julián; Arjona, Joaquín; y Ayala, Adelardo.

De Ayala hacía grandes elogios, no como gran poeta, sino como hombre simpático y campechano.

Bajo la protección del Sr. X, resolvió Brockmann que nos pusiésemos, aunque yo me inclinaba á Dacarrete, porque me gustaba mucho todo lo que escribía y porque le tuve siempre por persona leal, sin sombra de pedantería; en suma, parecía-me un cumplido caballero y un literato serio, á pesar de su juventud. Pero Brockmann se decidió por el Sr. X.

«Mira, Pepe—me decía:—á mí me gusta más Dacarrete; tiene talento, escribe versos muy hermosos y es un buen amigo; pero X tiene más influencia.»

«¿Estás seguro?» le replicaba yo; «porque á mí me parece que de todo lo que nos cuenta la mitad es mentira y el resto no llega á ser verdad.»

Ello fué que Brockmann entregó los dos dramas al Sr. X; que éste los leyó, ó dijo que los había leído, y sin ocultarnos que, en su concepto, habría que hacer en ambos dramas algunas modificaciones importantes, afirmó que uno y otro indicaban grandes disposiciones para la escena. En resumen se encargó de presentárselos, sin decir los nombres de los autores, á Joaquín Arjona, que era, según afirmaba, gran amigo suyo.

Ya estaban los dramas en campaña.

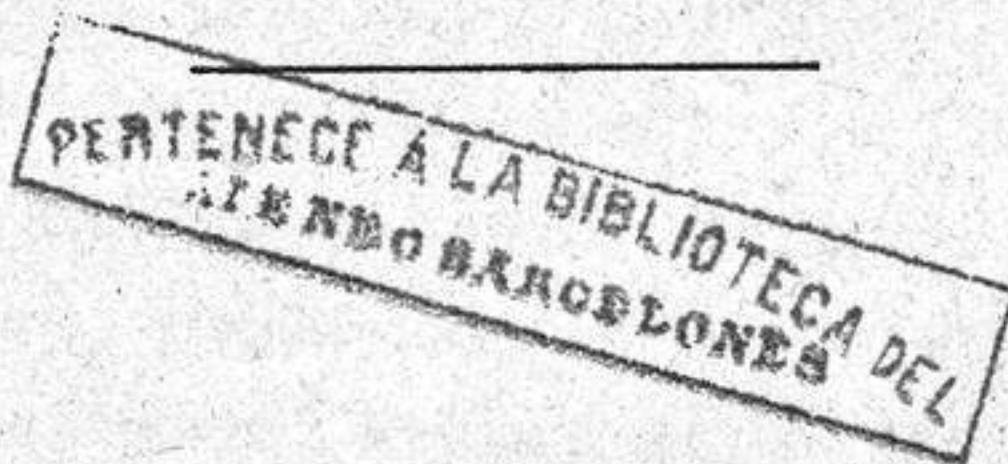
Veamos cuál fué el resultado de esta primera salida de dos dramaturgos noveles, si no á los Campos de Montiel, á los temerosos campos de la dramática, campos en que tantas aventuras se corren, y en que con tantos yangüeses, y tantos galeotes, y tantos molinos de viento se tropieza.

JOSÉ ECHEGARAY.



# MISIÓN DE LA JUSTICIA CRIMINAL

EN EL PORVENIR



A poco que se estudien las obras de los criminalistas contemporáneos, es fácil advertir en ellas una fuerte tendencia á la mejora en este orden. No ya sólo en los escritos de los que pasan por más radicales, sino aun en los de aquellos que más apego muestran tener á las ideas antiguas, se descubre á primera vista cierta conciencia del malestar presente y cierto deseo de innovación. Conciencia y deseo que se extienden, así al derecho penal propiamente dicho ó sustantivo, como al procedimiento criminal, y que son acaso más vivos que respecto á cualquiera otra cosa, respecto á los establecimientos penitenciarios y á todas las formas de ejecución de las penas. ¿Sirven éstas hoy, se pregunta generalmente, para algo más que para martirizar y empeorar á los que sufren, y por consiguiente, la sociedad, al imponerlas, no está cometiendo infinidad de torpezas y de agravios en nombre de la justicia y del preten-



dido interés social? Lo que Mr. Tallack, el ilustre secretario de la Howard Association, llama *crímenes sociales contra los prisioneros*, y las mil infamias que otros muchísimos escritores han demostrado que se cometen contra éstos actualmente, aun en los países de mayor cultura y humanidad, sin provecho alguno para nadie, antes bien con perjuicio de todos, ¿no son una señal cierta de que es preciso abandonar por completo los medios penales de que hasta ahora se ha venido haciendo uso, y sobre todo el sentido con que se aplican, para tomar una orientación totalmente nueva, más en consonancia con las reclamaciones de la verdadera justicia, que es la justicia real y utilitaria?

Por otra parte, las investigaciones y los adelantos de la sociología vienen determinando todo un vastísimo plan de reformas sociales, en el que formaría una nota discordante la materia penal, si no se modificara al compás de las otras. ¿Cómo, en efecto, cabe mantener, al lado de la solidaridad que va predominando en todas las esferas, la oposición y la lucha de intereses que caracteriza nuestro derecho penal: oposición entre los intereses del reo y los de su víctima; entre los del reo mismo y los de la sociedad en general; entre la necesidad de castigar y el derecho á no ser castigado sino en la medida absolutamente precisa; entre la tendencia á hacer de la pena un medio de intimidación y ejemplaridad, y al propio tiempo un medio adecuado para la enmienda y el mejoramiento del penado? ¿Cómo la conciencia cada vez más clara y más firme del determinismo en los fenómenos sociales, y por consecuencia en los delitos, puede consentir que el tratamiento penal de los delincuentes siga apoyándose en las bases en que se apoya todavía hoy en su mayor parte, aun en muchos escritores que protestan formalmente contra ellas, á saber, en la imputabilidad individual y en la idea de la pena como retribución y castigo? ¿Cómo, mientras esa conciencia obliga á reconocer que no hay acto alguno puramente individual, sino que todos, así los buenos como los malos, son el resultado de una complejí-



sima labor colectiva, y por lo tanto, que los últimos ni cabe atribuírselos á nadie en exclusivo, ni es justo ni prudente reaccionar contra ellos de un modo ciego, antes bien, procede rectificarlos separando ó atenuando, sin pasión ni saña, las causas que los originen; cómo, decimos, se podrá razonablemente hacer una excepción para los delitos, producto también de una infinidad de elementos, y comportarse con ellos lo mismo que si fueran el efecto del arbitrio puro de un individuo? ¿Cómo, por consecuencia, mientras se ha desterrado ya, ó está á punto de desterrarse completamente, el odio y el desdén hacia los débiles y necesitados de toda clase, para hacerles objeto de medidas protectoras, que no obedecen sólo á la mera benevolencia humanitaria, sino que son de estricta justicia (por lo mismo que semejantes individuos se hallan en el estado en que se hallan por culpas ajenas, no propias, son víctimas, no sujetos)..... se puede seguir obrando con los delincuentes del modo que hoy se procede con ellos, teniéndoles en el fondo y de hecho (aunque muchas veces se diga otra cosa) por causas responsables de sus acciones, y por seres merecedores de castigos y durezas, no de amorosa protección, de atenciones y cuidados? Además, el desarrollo poderoso de tantos medios de comunicación social, desarrollo que hace cada día más y más íntimas las relaciones entre partes antes muy alejadas de un mismo organismo colectivo; el conocimiento de muchas fuerzas y resortes de varia índole, hasta el presente ignorados; el potente influjo de las doctrinas internacionalistas, feministas, socialistas y anarquistas, que son á estas horas uno de los más activos y eficaces elementos de transformación social; los portentosos adelantos científicos, técnicos é industriales de todo género..... son causas que vienen cooperando á producir un cambio completo en la función penal y en el tratamiento de los delincuentes.

De esta suerte, lo que podemos llamar la *cuestión penal*, ó sea los esfuerzos que tienden á la reforma en este orden, viene á ser no otra cosa, como dice el profesor Vargha (*Die Abschaf-*



*fung der Strafknechtschaft*, I Theil, Graz, 1896) que un episodio de la gran cuestión social, y acaso tenga razón el profesor Dr. Flint, ilustre presidente de la Asociación médica del Estado de Nueva York, al afirmar (*The coming role of the medical profession in the scientific treatment of crime and criminals*, discurso ante la Asociación, 16 Octubre, 1895) que «el tratamiento de los criminales es la gran cuestión social de nuestros días».

## II

Tres momentos se pueden distinguir en el estado de ánimo de las generaciones contemporáneas, con relación al tratamiento de la delincuencia; momentos que corresponden á otros tantos grados de desarrollo mental en los individuos.

Hay gentes para quienes la pena no es otra cosa que un medio de dar desahogo á sus sentimientos de odio y venganza contra el delincuente, y aun imponiéndola el Estado, ó mejor, el poder público, es simplemente un acto de *vindicta pública*; lo que es la reacción ciega y vindicativa de los brutos, de los niños y de los salvajes, eso mismo representa la pena. En este estado se encuentra la grandísima mayoría de los ciudadanos de los países civilizados, las grandes masas que apenas piensan, cuyo único alimento intelectual lo forma un número reducidísimo de ideas tradicionalmente recibidas y las impresiones que en ellos dejan de una manera espontánea, casi automática, las instituciones de que se ven rodeados; estos individuos rara vez reflexionan sino sobre las cosas y las relaciones más directamente eslabonadas con su particularísimo interés; nunca se preguntan si el mundo puede y debe ser de otro modo que como es al presente, y la casi totalidad de sus actos viene determinada por el sentimiento, heredado en su mayor



parte de los antepasados remotos y representativo por lo tanto, de instintos bestiales. A este momento mismo cabe perfectamente referir las primitivas (aun cuando sean de hoy) doctrinas de la retribución penal, esas doctrinas según las cuales la pena es una consecuencia necesaria del delito, un medio de castigar al delincuente, de devolverle (reacción, venganza, talión material ó ideal) el mismo mal que él, y sólo él, por su espontánea voluntad, ha hecho, y en la misma medida en que lo ha hecho.

Otra porción de individuos, muchísimo más reducida que la anterior, sigue estimando la pena como castigo, venganza y mal; pero, por impulsos humanitarios, quiere que se sea compasivo aun con los delincuentes, á pesar de que no lo merecen, y que se les castigue, no ya en la medida estrictamente justa, en aquella medida que sería precisa para que purgasen su delito y quedaran satisfechas todas las exigencias de la venganza, sino en la medida puramente necesaria para garantizar el orden social. Según estos, aunque la justicia absoluta pide el castigo, la humanidad y la benevolencia quieren que no se imponga; y si la tranquilidad social no sufriera quebranto, podría dejar de imponerse, aun cuando por ello padeciera la justicia. La pena, de este modo, viene á ser uno de tantos *males necesarios* (!), de la cual podría prescindirse si hubiera algo mejor con que sustituirla, cosa que no les parece fácil. A este número pertenecen casi todas ó todas las teorías penales llamadas «relativas», según las cuales, ya que no sea posible pasarse sin penas, debe hacerse uso de las mismas con gran parsimonia, en los límites estrictamente precisos, y de manera que se obtenga de las mismas algún beneficio ulterior, ya para la sociedad, ya para el propio delincuente, ya para ambos. A tales propósitos han obedecido los esfuerzos que desde fines del siglo pasado vienen haciendo los pensadores y los publicistas con el fin de encerrar el ejercicio de la función penal dentro de un círculo perfectamente definido por la ley, para lo que se han establecido en los Códigos largas escalas de delitos



y penas, y se han trazado reglas minuciosas, á las que tienen que ajustarse completamente los jueces cuando administran justicia criminal, esto es, cuando imponen á ciertos individuos esos males necesarios para la tranquilidad social que se llaman penas.

Y hay una minoría, desgraciadamente muy exigua aún, de pensadores que han conseguido remontarse á una consideración de la función penal bastante diversa de la que ahora predomina. Según ellos, la pena debe perder totalmente su carácter de castigo y de venganza, para convertirse en un puro tratamiento, acomodado á la situación del delincuente. El cual, por el hecho de serlo, demuestra ser incapaz para regir racionalmente su conducta y necesitar, por lo tanto, una ayuda que le levante del estado de inferioridad en que se encuentra con respecto á los hombres de su tiempo y de su pueblo que se llaman honrados, y le coloque al nivel de éstos, poniéndole en situación de vivir en paz dentro del orden establecido, ó sea dentro del sistema de condiciones que se estiman necesarias por ley ó por costumbre para la vida social, y la violación de las cuales es lo que se llama delito. Conforme á este modo de pensar, el delincuente no es un individuo cuyo acto deba provocar venganza por parte de sus coasociados ó por parte de quien los representa, del poder público, supuesto que no obra mal exclusivamente porque quiere, pudiendo, si quisiera, obrar de otro modo; es un individuo que, bien por efecto de su estado psíquico, quizá también orgánico, bien por un conjunto de causas de índole social, se ha visto constreñido (aun cuando él mismo, como ocurre con frecuencia, crea otra cosa) á obrar de la manera que lo ha hecho, y por consiguiente, más que merecedor de odio por parte de sus conciudadanos, y por lo tanto de venganza sañuda, es digno de gran conmiseración, como víctima al fin de causas que él no ha puesto, y de una protección eficaz que consista en arrancarle del vicio y del delito, y en colocarle en una situación nueva que le obligue á marchar por derroteros diferentes de aquellos por los que venía marchando,



ó sea á tener una voluntad distinta de la que antes tenía. En suma, se pretende hacer con los delincuentes una cosa análoga á la que ya hoy se hace con los locos, á los que frecuentemente se les compara y con los que, según muchos, tienen grandes semejanzas. No hace mucho, se dice, eran tratados los locos con la misma saña y por el mismo procedimiento brutal con que generalmente se trata ahora á los delincuentes; para aquéllos ha pasado esa época y se ha inaugurado otra en que se les trata como ellos merecen, como individuos necesitados de amorosa protección; con respecto á los delincuentes ha de ocurrir el mismo cambio. Y esta protección no es ni debe ser puramente gratuita, hija de la mera benevolencia y misericordia del que la concede, sino que es de estricta justicia, es perfecta y jurídicamente obligatoria, en cuanto allí donde aparece una necesidad, allí hay una justa reclamación de los medios con que debe ser satisfecha, allí hay un derecho. Por esta razón han dicho los correccionalistas, los partidarios de la enmienda y corrección del reo, que éste tiene *derecho* á la pena; á la pena, claro está, no como venganza bestial é instintiva, sino como tratamiento racional aplicado de una manera reflexiva á quien ha menester del mismo. A lo cual debe añadirse que, concebida de esta manera la función penal, desaparece el antagonismo entre el interés social y el del reo, que es inherente á los actuales sistemas penales; porque la protección que al reo se le presta, tanto como á la sociedad le favorece á él mismo.

Aquí, como en otras cosas, la cooperación y la solidaridad sustituyen al antagonismo y á la lucha. Por fin, en esta concepción, la medida de la pena no resulta de la imposible conciliación de dos términos esencialmente antitéticos: la tranquilidad social, que pide la mayor pena posible para intimidar á los mal inclinados, y los derechos de la persona individual, que exigen la pena estrictamente precisa, si puede ser, ninguna; la medida de la pena será el *quantum*, así en duración como en intensidad, de tratamiento que sea preciso para lograr el



fin utilitario que se persigue, tanto en beneficio del reo como de la colectividad.

Debe advertirse que en la pequeña minoría representante del último de los referidos momentos, se nota cierto contraste entre las reclamaciones del instinto y las de la cabeza. Ese tratamiento protector del criminal, de que se ha hablado, es la exigencia resultante de un razonamiento reflexivo y bastante complicado que hacen algunos espíritus, enlazando una porción de elementos que la generalidad de las gentes no alcanzan todavía á enlazar. Tal razonamiento es, por lo mismo, poco frecuente, y para hacerlo se precisa un grado no común de esfuerzo intelectual. De aquí que sea aún muy poca su fuerza como determinante de la conducta. Esta es dirigida regularmente por el instinto y por el sentimiento, ó sea por ideas y racionios que se han llegado ya á sedimentar y á incorporar al organismo psíquico de los individuos, que brotan en ellos de una manera espontánea y hasta cierto punto automática cuando se ejecuta cualquier acto, y que se hallan continuamente presentes á su obrar; mientras que aquel otro razonamiento reflexivo aparece pocas veces. El fondo principal de la vida psíquica lo constituye, pues, ahora como siempre, un cúmulo de ideas tradicionales, recibidas sin beneficio de inventario, ó de ideas sobre las que no se ha ejercitado nunca la reflexión propia. Y como estas ideas, en lo que á la materia criminal se refiere, se basan todas ellas sobre el concepto de la pena, castigo y venganza, ese concepto es el que, inconscientemente, como se comprende con facilidad, predomina todavía en las disquisiciones de los penalistas más avisados; sin que sea parte á contrarrestarlo, cuanto más á destruirlo, el concepto contrario, al presente aún tan débilmente arraigado, de la pena protección y tratamiento racional.—Otra cosa sucede con el loco. Aquí, la necesidad del tratamiento, no de castigo, es ya una idea incorporada á la actividad mental de todos los individuos, una idea que se admite sin violencia alguna, antes bien, con no poca satisfacción del espíritu; una



idea que aparece inmediatamente, sin el menor esfuerzo, en todas las cabezas de los hombres de nuestras sociedades, y la cual se halla en perfecta armonía con el razonamiento reflexivo, lejos de contrariarlo. Sin embargo, adviértase que, para las gentes que no han parado *exprofeso* la atención sobre este asunto, el horizonte de la locura es sumamente reducido; según ellas, no son locos sino los individuos afectos de esta perturbación ó enfermedad en su grado extremo ó más agudo, resistiéndose obstinadamente á admitir como tales, y á hacerles por tanto objeto de tratamiento tutelar, las largas listas de insanos mentales que han formado por modo reflexivo los que se han entregado especialmente al estudio de estas materias, esto es, los alienistas. Ahora, la posición con respecto á los delincuentes es muy análoga. Lo mismo que el común de las gentes (ó sea los que se guían en sus juicios y en su conducta por las ideas y sentimientos recibidos de los demás, no por los que ellos mismos han formado reflexivamente como producto del examen personal) atribuye las extravagancias, caprichos y acometidas, salidas de tono, etc., de muchos enfermos mentales (melancólicos, epilépticos, impulsivos y mil más) á la voluntad libre del sujeto, el cual hubiera podido, si hubiese querido, obrar de otro modo, y echan á broma ó cubren con el ridículo el diagnóstico de los que achacan la conducta irregular de tales individuos al desarreglo que padecen, y la consiguiente reclamación de cura; así también tienen por no menos ridícula, extraña y absurda, la pretensión de atribuir los actos del delincuente á otras causas que á su libérrima voluntad, y la tendencia á convertir el castigo en tratamiento preventivo. Y lo mismo que el círculo de lo que puede llamarse concepción popular y vulgar de la locura se va ensanchando cada vez más y van entrando en él individuos á quienes antes repugnaba mirar como locos, y protegerles como á tales, de igual manera, á medida que se progresa en el conocimiento de las causas de los delitos, y que este conocimiento se difunda por las masas, el raciocinio reflexivo que hoy se hacen muy pocas



personas, y cuyo resultado es pedir la protección en vez de la punición del reo, se hará patrimonio de muchos, y lo que ahora constituye escasa minoría se convertirá en mayoría. Y cuando ese raciocinio se haya hecho carne de nuestra carne, y se halle presente en todos los momentos de nuestra vida mental, es decir, cuando se haya, por el repetido ejercicio, convertido en raciocinio automático, en sentimiento, tanto como hoy repugna tratar á los delincuentes según ellos se merecen, ó sea como seres inferiores y necesitados de protección, repugnará el tratarlos en la forma como por lo regular se les trata actualmente. Aseguran los hombres más versados y competentes en estos asuntos, á saber, los médicos alienistas y los médicos, directores etc. de establecimientos penales, que en estos parajes se hallan encerrados muchos individuos que, aun cuando para el ojo vulgar no padecen enfermedad alguna, ni ofrecen nada de anómalo, el ojo experimentado descubre bien pronto en ellos perturbaciones que indican que el sitio donde debieran hallarse es, no la cárcel, el hospital de enajenados. El número de locos que pueblan las prisiones actualmente no es nada escaso, aseguran con datos y con números los peritos aludidos. De donde resulta que se está imponiendo la pena en sentido de mal y de aflicción á quienes, lejos de merecerla, lo que merecen son cuidados y remedios, y, como consecuencia, que la misma sociedad, al obrar como obra, está labrando su propio daño. Si hoy consideramos como bárbaras á las sociedades de antaño porque trataron con dureza y no como convenía, es decir, adecuada y racionalmente, á los locos de su tiempo, ¿qué juicio podrán hacer de nosotros las sociedades venideras, teniendo en cuenta que nosotros hacemos lo propio? Y si ahora sentimos horror y escalofríos al pensar que los terribles suplicios de que se hizo entonces tan grande uso recaerían con frecuencia en infelices ó en perturbados, por tanto, en quienes no debían sufrirlos, ¿cuál no será el estremecimiento de los hombres inteligentes y humanos del porvenir, cuando sepan que en países y



tiempos que presumen de civilizados, como son los europeos y americanos de fines del siglo XIX, no se procede de otra manera? ¡A cuántos individuos que no tengan, como suele decirse, sus sentidos cabales, aunque á primera vista pueda parecer otra cosa, se privará de la vida hoy mismo como criminales, ó se les hará víctimas de duros castigos! (1) Y ahora no está más que comenzando el estudio de la psiquiatría y de la patología mental; ¿cuáles no pueden ser las sorpresas que ese estudio nos reserve para mañana y los horizontes que podrá descubrirnos?

### III

Los tres momentos á que nos hemos referido, á la vez que representan grados diferentes de desarrollo mental en los individuos que viven en nuestras sociedades, corresponden también á etapas distintas en la evolución social á través de la Historia. Antes de la revolución francesa, bien se puede decir que la pena no tuvo jamás otro carácter—á lo menos en la práctica, y no obstante el diferente sentido que algunos pensadores, como Platon y Séneca, y acaso también el espíritu

---

(1) Esta duda debería bastar por sí sola para que en la aplicación de la pena, en concepto de castigo, se fuera siempre muy parcos; y si á ella se añade la consideración de que los juzgadores no pueden hallarse nunca en un estado de certeza plena y absoluta con respecto á la delincuencia de un sujeto y á la exacta medida del castigo á que es acreedor, parece que no tiene nada de aventurado el decir que de semejante pena no es lícito nunca hacer uso, sin gran exposición á caer en error, y por tanto, á cometer injusticia. Muy otra cosa acontece cuando la pena se convierte en tratamiento preventivo, pues en la aplicación ó empleo de la misma, como en el de todo tratamiento de esa clase, se procede por aproximación y tanteos, y con el propósito de hacer un bien.



de la Iglesia católica, le daban—que el de un puro castigo impuesto con fines de venganza. Esta venganza era unas veces privada, esto es, ejercida por los individuos ó por las familias, lo cual acontece, sobre todo, en los albores de la civilización y de la formación de la sociedad política; otras veces, cuando predominan el espíritu teocrático y la casta ó clase sacerdotal, como acontece en los pueblos orientales, y especialmente en el hebráico, la venganza es divina, y se hace objeto de pena al reo para dar satisfacción á la cólera de los dioses, á la de Jehová, por ejemplo, que tan á menudo caía en ella; otras veces, cuando ya la sociedad política, como tal, ha conseguido cierto grado de organización y ha constituido un poder bastante fuerte, la venganza se hace pública, ese poder priva á los individuos, en nombre del interés social, de la facultad de vengarse por sí mismos de aquellos que les causen alguna ofensa, y se erige él en vengador de todos los ofendidos. Y como en los fenómenos sociales, igual que en todos los fenómenos de la naturaleza, no se da solución de continuidad, aquí, en la materia de que tratamos, se pasa, insensible y gradualmente, desde unas formas de la venganza á otras, y en multitud de ocasiones coexisten varias, por lo que es frecuentísimo en la Historia observar que la pena se impone con el objeto de satisfacer diferentes intereses lastimados, ó sea con el objeto de aplacar la sed de venganza de diversas personas ó entidades: la de la persona ofendida y la de su familia ó individuos más directamente perjudicados (reparación de la ofensa; pago de la sangre vertida con la sangre del que la vertió); la de la divinidad ultrajada (expiación); la de la sociedad, cuyo orden y tranquilidad se ha perturbado (vindicta pública; restauración, que se dice, por medio del castigo, del derecho violado; intimidación). Por haber tenido la pena este carácter de venganza y de puro castigo, es por lo que no se reconocía límite alguno en su imposición, y por lo que se ha hecho uso, aún en tiempos muy cercanos á nosotros, de crueldades tan enormes y tan refinadas, que su sólo recuerdo nos estremece.



Pero esto era inevitable. Así como los animales que se sienten acometidos rechazan la agresión por cualquier medio que tengan á su alcance, sin preocuparse lo más mínimo del daño, acaso desproporcionado, que pueden causar al agresor, ni de las consecuencias que pueda traer lo exagerado de la reacción, bastándoles con lograr el resultado apetecido, así también los hombres que hacen uso de la pena para vengarse de las ofensas recibidas, no se proponen otra cosa que conseguir la venganza, sin cuidarse absolutamente nada de que ésta sea proporcionada al agravio y de que no haga al delincuente más perjuicio que el estrictamente necesario. El buscar esa proporción es ya obra de la segunda etapa.

Comienza ésta, ó por lo menos adquiere su mayor desarrollo, á la época de la revolución francesa, manifestándose, de una parte, en la tendencia humanitaria y en la protesta contra la barbarie del antiguo derecho penal que representa la obra de Beccaria y de sus secuaces y continuadores, y de otra parte, en la tendencia individualista y revolucionaria del pacto, según la cual, el Estado no tenía existencia por sí, independientemente, sino que era un producto voluntario de los individuos, y por consecuencia, no tenía más facultades en el orden penal, lo mismo que en otro cualquiera, sino aquellas que le habían otorgado, al constituirle, los individuos, ni podía imponer á éstos más penas—como tampoco más restricciones á su libertad—que las absolutamente precisas y en la medida absolutamente precisa para asegurar la convivencia social tranquila. He aquí por qué vienen esforzándose desde entonces los escritores, singularmente los de derecho penal, tanto sustantivo como adjetivo, y los códigos, por encontrar el punto medio que represente el verdadero equilibrio ó ponderación entre el interés de la colectividad, ó sea el orden, el respeto á las leyes, y el interés del individuo, es decir, el respeto á los derechos y prerrogativas de éste. He aquí por qué, desde entonces, casi toda la labor de los penalistas se ha concentrado en lo siguiente: 1.º, buscar el fundamento de la pena,



ó lo que es igual, del derecho del poder público á imponerla; 2.º, buscar el fin ó los fines que con esa imposición deben perseguirse; 3.º, buscar, por lo tanto, los límites dentro de los cuales ha de contenerse el poder penal del Estado para lograr esos fines con el menor quebranto posible de los derechos del reo y con la menor posible producción de dolor ó mal sobre éste. Pero la pena seguía considerándose lo mismo que antes, como un castigo y, en el fondo, como una venganza ó retribución de mal por mal. Había, por eso, que negar á los poderes del Estado toda latitud en la determinación y aplicación de aquélla, ó dejarles la mínima porción posible, y á la vez aconsejarles ó prescribirles que fuesen largamente humanitarios y usaran con gran parsimonia y economía de las terribles armas que en sus manos ponían las leyes. Por esta causa se suprimió, hasta donde fué posible, el arbitrio judicial, del que tanto se había usado y abusado anteriormente; se prohibió que los jueces castigasen más hechos que los que de antemano se hallasen comprendidos como delictuosos en las leyes, y en otra forma que en la determinada por las mismas; hasta se les prohibió interpretar éstas; se hicieron largas clasificaciones y listas de delitos y de penas, con el fin de que cada una de éstas correspondiese y fuese exactamente proporcionada á cada uno de aquéllos y el legislador pudiera señalar esta proporción por anticipado al juez, á quien se convertía de este modo en un instrumento casi puramente mecánico; se regularon con minuciosidad todas las formalidades y trámites procesales, con el fin de garantizar de esta suerte la libertad de los individuos contra los abusos posibles de los juzgadores; se recomendó á éstos que al ejercitar su función combinaran siempre la humanidad y la benevolencia con la severidad de la justicia y con el rigor de la ley, y que cuando tuvieren alguna duda, bien respecto á la culpabilidad de los acusados, bien en cuanto á la disposición legal aplicable en cada caso y circunstancia, la resolvieran siempre en beneficio del reo..... Este ha sido, como todo el mundo sabe, el derecho penal que ha do-



minado, así en los autores como en las legislaciones, desde la segunda mitad del siglo XVIII en los países que se llaman cultos, y este mismo derecho penal es el que sustancialmente domina en todas partes todavía hoy, habiéndose acentuado el sentido humanitario, más que en otra alguna esfera, en la de la ejecución de las penas, esto es, en el trato á los penados dentro de las prisiones, en la frecuencia de los indultos, en la abreviación de la duración legal de las penas por medio de la liberación condicional, y en otras formas análogas. Pero este derecho penal, que representa la segunda de las fases anteriormente indicadas, es en la esencia el mismo derecho penal de la primera fase, por cuanto los fundamentos en que descansan uno y otro son idénticos, á saber: 1.º, que el delito es un producto de la voluntad libre del agente, y esta voluntad libre la causa única del delito; 2.º, que la única forma de reacción que puede y debe emplearse contra él es la pena, no empleada con sentido utilitario y preventivo, esto es, para mejorar al reo, anular las causas delictuosas é impedir que se cometan más delitos en lo futuro (intento por lo demás inútil, ya que contra el libre albedrío es perdido cuanto se haga, toda vez que nada puede encadenarle), sino con el exclusivo propósito de castigarle por el hecho cometido y de satisfacer de esta manera la deuda que ha contraído con la víctima ó víctimas del delito, por una parte, y con la sociedad en general por otra (1).

---

(1) Casi todos los escritores de materias penales asignan estos dos fines de satisfacción privada y pública á la pena. Podrán añadir á estos fines otros, podrán discrepar en cuanto á cuáles sean los que deban añadirse, pero de los dos referidos casi nadie prescinde.



## IV

Pasemos á la tercera etapa. Desde el momento que se pone como límite al empleo de los castigos la necesidad de los mismos para la conservación del orden social, y se proscriben todos los que traspasen este límite, nos encontramos en vías de suprimirlos. En efecto, téngase en cuenta que la necesidad del castigo es muy diferente, según las distintas condiciones en que se hallan los individuos y los pueblos, y que se va haciendo cada vez más rara á medida que unos y otros adelantan en cultura y en desarrollo intelectual. Bien miradas las cosas, la pena, en sentido de castigo y mal, es un recurso extremo, del que no se hace uso sino á falta de otros medios que la sustituyan. Los pueblos y los individuos más atrasados casi no conocen otro alguno, y por eso, v. gr., los padres, los educadores, las autoridades, todos cuantos tienen á su cargo la dirección de algún grupo social, más grande ó más pequeño, se concretan ordinariamente á emplear castigos duros para conservar lo que se llama el «orden» y la «disciplina», cuando no saben conservarlos tocando otros resortes. Pero á medida que éstos les van siendo conocidos, esto es, á medida que se van penetrando de la naturaleza, engranaje, virtualidad, etc., de las múltiples fuerzas que obran en el agregado social de que se trate (familia, escuela, municipio, Estado, Iglesia.....) y á medida que este mismo agregado perfecciona más y más su organización, proscribiendo la violencia y la lucha entre los asociados y reemplazándolas con la cooperación pacífica, se va reconociendo más y más la no necesidad de acudir á los castigos para obtener resultados mucho mejores que los que con éstos se obtienen. Téngase presente la grandísima diferencia que existe entre los procedimientos que para educar á sus hi-



jos emplean un padre ó una madre inteligentes, y los que emplean las gentes ignorantes y rudas; entre la pedagogia antigua y la moderna, y el respectivo modo de mantener la disciplina entre los educandos..... y véase cuán superiores son los resultados obtenidos sin echar mano de castigos, ó echándole rarísimas veces, á los que se obtenían y obtienen castigando duramente y con gran frecuencia. El aforismo «la letra con sangre entra», y sus similares, no pueden estar más desacreditados, si bien todavía, por la enorme fuerza de la tradición y de la rutina, tienen un imperio grandísimo en la práctica. Igual exactamente que con las penas en la familia, en la escuela, en otras sociedades, sucede con las penas que impone el poder público del Estado nacional, ó sea con las llamadas penas por antonomasia. Y si no, compárese el ejercicio de la función penal en un mismo país, Francia ó España por ejemplo, en los días de mucha menor cultura de la que hoy existe, ó en épocas de menor sosiego, cuando la sociedad está agitada, como en los siglos anteriores al presente, esencialmente guerreros, ó aun en la primera mitad de este siglo, con el ejercicio de esa misma función en los tiempos actuales, en sociedades sólidamente constituídas y en momentos de paz, y se advertirá la enorme diferencia que va, v. gr., de la lista de horribles penalidades que antes existía, al catálogo de penas, relativamente (sólo relativamente) suaves que hoy existe; de las excesivas facilidades que los soberanos y los tribunales tenían para imponer á su arbitrio las penas que bien les pareciere, á las muchísimas cortapisas que ahora tienen, no sólo provenientes de las leyes, sino así bien de las costumbres; de las penas atroces que se decretaban aun por delitos pequeños, aun por hechos que hoy tenemos por leves faltas ó por actos del todo inocentes (herejía, magia, ciertos pretendidos delitos de lesa majestad, etc., etc.), á la proporcionalidad que se ha logrado entre el delito y la pena; de la total ausencia de instituciones protectoras y preventivas, característica de dicho tiempo, á la creciente multiplicación de las mismas en nuestra



época en los pueblos adelantados; de la escasa fuerza que tenía entonces la sanción de la opinión y la censura pública, á la que ahora tiene; de las espeluznantes formas de ejecución de las penas, de que se hacía uso, á la constante mejora de esa ejecución que ha tenido lugar en nuestros días por obra principalmente de la corriente penitenciaria, mejora tan pronunciada, que muchos la juzgan excesiva; y así sucesivamente. El enervamiento progresivo de la represión, á la vez que el aumento á sus expensas de toda clase de instituciones y medios preventivos y de otras fuerzas sancionadoras, es, á mi entender, uno de los hechos más significativos de la época contemporánea. Sin embargo, aun estamos muy lejos de haber perdido toda confianza en la virtualidad y utilidad de la represión, pues hacemos todavía tal uso de ella, que en ocasiones la convertimos en panacea para la curación de todos los males. Recuérdese si no lo que acontece á menudo ante nuestra vista. Mientras los Estados modernos economizan cada vez más las penas, y se exigen más garantías para la aplicación y ejecución de las mismas en circunstancias normales, es decir, cuando la sociedad se halla, según se dice, bien ordenada, y no existen ni son de temer alteraciones del orden público, cuando éste ha sido perturbado ó hay temores de que se perturbe, se recrudece de tal manera el rigor en la penalidad, se emplean con tanta frecuencia, y con tan pocos miramientos á la persona del reo ó del presunto reo los castigos, se respetan tan poco las formalidades legales del enjuiciamiento, que cuando tales casos llegan nada echarían de menos, en cuanto al caprichoso y terrible ejercicio de la función penal, los hombres de las más atrasadas y despóticas sociedades. Y es que en estos momentos se verifica un verdadero retroceso; el poder del Estado deja de conducirse con la calma y la presencia de espíritu con que es preciso se conduzca para obrar racionalmente, se echa en brazos de la pasión de la venganza, y en su torpeza é insensatez piensa que el palo..... de ciego es la única manera de arreglar las cosas, ó sea, piensa que los castigos



son el medio único de restablecer el orden perturbado, y de mantenerlo una vez restablecido. Recuérdese, como ejemplos de esto, lo que tiene lugar en las épocas de reacción, en las de agitaciones políticas, en las de levantamientos y tumultos populares, y lo que ocurre ahora ante el temor de los atentados dinamiteros: se suspenden las garantías constitucionales, se prende y encarcela á diestro y siniestro, arbitrariamente la mayor parte de las veces, sin saber á quién ni por qué, sin forma de proceso; revive en toda su fuerza la jurisdicción de los tribunales militares, rápida, severísima, casi enteramente primitiva, ante la que callan los tribunales ordinarios y el del Jurado, como las autoridades civiles resignan el mando en las militares; en suma, se vuelve á los procedimientos usados en las épocas de organización militar de las sociedades, en las épocas en las que lo que se llama «el orden» y «la disciplina», son una insoportable y feroz opresión y en que no se sabe usar de otros recursos para mantenerlos que el palo, la espada, la horca, el fusil, el calabozo y los demás medios análogos.

De las anteriores indicaciones (que ahora no podemos ampliar ni fundamentar de un modo detallado) resulta que la necesidad de los castigos está en razón inversa del progreso de los individuos y de los pueblos, y que cuanto mayor este progreso sea, tanto menor uso deberá hacerse de los mismos. A idéntica conclusión se llega también por otros caminos.

Es característico de la reacción en los seres inferiores (animales, niños, salvajes, hombres rudos, sociedades atrasadas) cuando tropiezan con algún estorbo para su desarrollo ó cuando son víctimas de algún ataque, el verificarla inmediatamente, sin pararse á reflexionar, y además, el verificarla de un modo ciego, sin que les importe absolutamente nada la averiguación de las causas de donde el ataque trae su origen, para contrarrestarlas. Es una reacción verdaderamente instintiva. Pero según se va el sujeto elevando intelectualmente, conforme se ensancha el horizonte de sus conocimientos y la reflexión adquiere desarrollo, la reacción instintiva cede



poco á poco el puesto, y su lugar lo ocupa la investigación reposada, desapasionada y fría de los elementos determinantes del ataque. En este caso, el interés de la persona ó institución encargada de restablecer lo que se dice el orden perturbado se comparte en dos direcciones: por un lado, procura remediar los malos efectos que el ataque ya verificado ha producido; por otro lado, inquiere el poder de las causas de que el ataque se deriva y busca los medios de que debe hacerse uso para impedir que en lo sucesivo sigan obrando: por el primer medio se atiende á remediar el daño pasado; por el segundo, á evitar daños futuros: el uno es lo que se llama reparación, y es á lo que puede reducirse la responsabilidad por causa de delito, ya que sólo cabe responder de las consecuencias de hechos acontecidos; el otro es lo que se denomina pena (mejor debe llamarse *tratamiento penal*), la cual en manera alguna puede decirse que sea responsabilidad, supuesto que mira únicamente al porvenir (1). Históricamente, las dos formas de reacción han venido estando confundidas, y aun hoy lo están, de manera que la reparación del daño se estima como un modo de la pena, ésta se considera también como una reparación, ó sea como un medio por el que el delincuente paga la deuda que con la sociedad ha contraído al perturbar el derecho (como un medio de restaurar éste, se suele decir), y una y otra, reparación y pena, se suelen á menudo equivaler y equiparar (v. gr. en los casos de responsabilidad personal subsidiaria por insolvencia, y en otros análogos). Mas el desdoblamiento y la perfecta distinción entre ambas cosas acabará por imponerse. En un tratamiento racional del delito, propio de seres de inteligencia desarrollada, parece imposible admi-

---

(1) En mi trabajo *La responsabilidad por causa de delito y su difusión*, publicado en los *Problemas jurídicos contemporáneos*, he dado algún mayor desarrollo á estas ideas, que lo obtendrán mayor todavía en los *Problemas de Derecho penal*.



tir el empleo de la pena propiamente dicha *quia peccatum est*. El delito ya cometido no se evita con la imposición de la pena, solamente cabe remediarlo en cierto modo con la reparación; ni es posible suponer que la justicia requiera la imposición de un mal al sujeto que ha realizado el hecho, no por libérrimo impulso de una voluntad absolutamente indeterminada, mas como instrumento de causas múltiples que sobre él han obrado y que todos hemos contribuido á poner. El delito acontecido sólo debe servir de signo que, unido con otros, ayude á conocer la existencia de causas de malestar social, la existencia de un peligro que necesita ser conjurado, pues si tales causas no se combaten, seguirán obrando en lo futuro, y los delitos se repetirán. Ahora, precisamente esta parece ser la misión que corresponde á una justicia penal que merezca con verdad tal denominación, la misión de una justicia penal inteligente, como debe serlo la del porvenir. Su obligación consistirá en remediar hasta donde sea posible los males ya producidos por las causas delictuosas (reparación), pero habrá de consagrarse muy especialmente á impedir los males ó delitos futuros; ha de mirar, por tanto, hacia adelante más aún que hacia atrás. De donde resulta que la justicia penal del porvenir podrá y deberá hacer una cosa que no puede hacer la del presente, á saber: podrá y deberá hacer objeto de tratamiento penal á aquellos individuos que, sin haber delinquido *todavía*, se encuentren en tales condiciones que, según todas las probabilidades, no podrán menos de delinquir *mañana*. Por otra parte, la medida de ese tratamiento, así en el caso en que se haya perpetrado ya un delito, como en el de que se tema únicamente esta perpetración, no podrá depender del mayor, menor ó ningún daño que se haya causado, ni de la mayor ó menor imputabilidad del agente, ni de ningún otro criterio de aquellos á que se acude ahora para determinar la llamada cualidad y cantidad de la pena; no dependerá más que de la mayor ó menor eficacia de las causas de delincuencia y del cálculo anticipado que se haga de los medios que para contrarrestarlas



ó combatirlas hay que emplear (1). Por supuesto, que la determinación de estos medios no habrá de hacerse de antemano, de un modo fijo é invariable, como acontece hoy con las sentencias de nuestros tribunales penales: en primer lugar, no habrá sentencias, sino providencias provisionales, planes de conducta análogos á los que traza un médico y rectificables, como estos lo son, cuando las circunstancias lo aconsejan; en segundo lugar, el individuo ha de estar sometido al tratamiento todo el tiempo y sólo el tiempo necesario para conseguir el fin que con ese tratamiento se busca (2); en tercer lugar, los jueces deben tener las más amplias facultades para desempeñar sus funciones. En suma, la misión de la justicia penal en el porvenir parece que ha de ser—ya á estas horas hay muchísimos indicios (3) de ello—*completamente análoga á la que desempeñan los médicos*: curar las enfermedades presentes, y sobre todo, prevenir las posibles enfermedades futuras, mediante un estudio atento de las causas que las producen y de los oportunos medios para neutralizar su acción. Como los médicos, los jueces penales del porvenir deberán estar siempre cerca del reo, viviendo en su mismo ambiente (es decir, todos deben ser jueces municipales, proscribiéndose por lo tanto la organiza-

---

(1) Con este criterio se resuelven fácilmente las cuestiones, hoy tan difíciles, sobre la punibilidad de la tentativa y el delito frustrado, la complicidad, etc.

(2) El sistema de las sentencias indeterminadas, usado en el reformatorio de Elmira, se acerca bastante á este ideal, pero no lo realiza por completo, en cuanto que (por el influjo, sin duda, todavía, del concepto de la pena castigo, concepto, por otra parte, que tan mal se compagina con todo el sentido dominante en el reformatorio y con el organismo de medios de que en él se hace uso) el tiempo que los corrigendos deben estar en el establecimiento, *no puede nunca exceder* del máximo de duración señalado por la ley para el delito por el que hayan sido condenados.

(3) De los cuales trataré con extensión en los *Problemas de derecho penal*, tomo II.



ción jerárquica de tribunales que hoy predomina (1)), para conocer los influjos que sobre él hayan podido obrar y estén obrando (antecedentes hereditarios, educación doméstica y social, posición económica, etc.); no deberán tener traba alguna, como no la tienen los médicos, ni legal ni de otra clase, sino sólo las que su discreción les imponga y las que provengan del juicio de sus conciudadanos, para adoptar las medidas que en cada caso les parezcan más adecuadas al fin que persiguen (2); sus resoluciones no deberán ser, cual ocurre actualmente, el resultado de una especie de transacción entre dos intereses encontrados, el de la acusación y el de la defensa, mantenidos cada uno de ellos con marcada exageración, cuando no con ardid y con engaño, sino que, proscrito todo debate del juicio penal, y por consecuencia, la actual intervención, casi siempre perniciosa, en el de los abogados (3), los jueces adoptarán por sí mismos las medidas que más convenientes les parezcan, tomándose para ello, como lo hacen los médicos, el tiempo que crean necesario y las circunstancias consientan, y pidiendo auxilio, cuando así proceda, á personas peritas, con el propósito de que las providencias que tomen se separen de la justicia (de la conveniencia y la oportunidad) lo menos posible.

Ahora bien: una administración de justicia penal que se conduzca de esta manera nos parece que es la única que merece con razón el dictado de acertada, la única administración de justicia tan distante de la reacción instintiva y casi siempre automática de los seres inferiores, como debe hallarse del

---

(1) He tratado con extensión este punto en un trabajo sobre *Organización judicial*, publicado en la revista *La Administración*. — Madrid 1896, tomo III.

(2) Véase mis *Problemas de derecho penal*, tomo I. — Madrid 1895, donde me he ocupado largamente en este particular.

(3) Véase mi *Bosquejo de una reforma en la organización de tribunales y en el enjuiciamiento criminal*, publicado en los *Problemas jurídicos contemporáneos*, Madrid 1894, y el citado trabajo sobre *Organización judicial*.



modo ciego de obrar en estos, el modo de obrar prudente, previsor, razonado y libre de apasionamiento del hombre que se precia de inteligente y avisado. Con semejante administración de justicia, además, se producen beneficios, tanto al individuo mismo sujeto al tratamiento como á la sociedad, ya que en provecho de ambos redundan la conversión de lo inútil y dañoso en inocente y utilizable; por tanto, de esta suerte vienen á resultar solidarios intereses que hoy parecen irreconciliables enemigos. Por fin, así la administración de justicia penal pierde el carácter de *mala y odiosa* que hoy la distingue, por lo que *se huye* con razón de ella, y se torna en una institución *buena, amable, tutelar y buscada* por todos.

## V

La transformación de la justicia penal en el sentido que dejamos indicado se está realizando con cierta celeridad ante nuestros mismos ojos. No otra significación ha tenido y tiene el poderoso movimiento correccionalista, que arrancando de los tiempos de Howard, si no de antes, ha llegado á su gran apogeo merced á los esfuerzos de la escuela representada por modo eminente por el ilustre Röder, y se ha ido infiltrando lentamente en el ánimo de la mayoría de los penalistas, aun de los mismos adversarios de la escuela correccional. El espíritu correccionalista es sin disputa el que ha predominado en los congresos penitenciarios, así internacionales como nacionales, cuyo gran influjo es imposible que niegue nadie, igualmente que en los congresos de patronato (Amberes, París, Lyon, Burdeos); á él se deben las mejores y más aceptables reformas carcelarias, y penitenciarias en general, llevadas á



cabo desde hace medio siglo en los países más adelantados, con el fin de que pueda sacarse alguna utilidad de la ejecución de las penas, no sólo para la colectividad, sino también para el propio reo; él es el que inspira asimismo todos los proyectos y tanteos de alteración de los actuales medios penales, para reemplazarlos con otros de los que pueda sacarse algún provecho para el porvenir; á él deben su origen sociedades constituidas por hombres eminentes y generosos, y consagradas por entero al perfeccionamiento, en sentido correccional y utilitario, de los procedimientos penitenciarios actuales y á la protección de los penados, como sucede con la *Société générale des prisons*, de París, con la *Howard Association*, de Londres, con otras asociaciones análogas y con las mil y mil beneméritas sociedades de patronato de presos, de reos cumplidos y otras sociedades filantrópicas que se van extendiendo y multiplicando por doquiera (menos en España) de un modo prodigioso y cuyo fin esencial es proteger á los delincuentes, ya mientras cumplen la pena, ya después de cumplirla, ó lo que es igual, impedir la comisión de futuros delitos; de espíritu correccionalista, utilitario y, por consiguiente, preventivo están saturadas aquellas instituciones penitenciarias que pasan hoy por modelos en su género en todo el mundo, y cuyo arquetipo es el reformatorio de Elmira, en el estado de Nueva York, reformatorio de que se hacen con justicia tantos elogios (aunque tampoco le faltan críticas) y al que remiten constantemente, como ejemplo que debe imitarse, penalistas y penitenciaristas insignes.—Los modernos estudios de psiquiatría, antropología, psicología y sociología criminales, poniendo al descubierto muchas causas de delincuencia antes ignoradas, mostrando la necesidad de combatirlas, no por medio de los castigos propiamente dichos, sino por procedimientos más racionales y eficaces, y enseñando que esas causas no son hijas de la voluntad espontánea del reo, antes bien, el reo es víctima de ellas, y por eso ocupa una situación de inferioridad de la que debe procurarse sacarle, mejorándolo y prote-



giéndolo amorosamente (1); las aspiraciones de la *Unión internacional de derecho penal* á recoger los esfuerzos de los penalistas y estudiosos de todas partes, para que todos de acuerdo y cada cual desde su sitio y desde su punto de vista cooperen á la obra común de luchar contra la delincuencia y sus causas y de reformar las legislaciones penales conforme lo reclamen las modernas exigencias científicas y sociales; el nacimiento y desarrollo, cada día mayor, de instituciones que es imposible conciliar con la pena castigo y retribución, tales, v. gr., como las sentencias indeterminadas, la condena condicional y la liberación condicional; la índole de las reformas que se vienen haciendo últimamente en las legislaciones penales de la mayor parte de los países cultos; la forma de procedimiento penal que ha empezado ya á emplearse con los niños delincuentes (como ocurre, aun cuando todavía imperfectamente, en Bélgica y en París) y que amenaza hacerse extensiva á otros casos (2), hasta que concluya por introducirse en todos los procesos, forma de procedimiento que no consiente lucha como la que hoy tiene lugar, sino cooperación de todos, jueces, fiscal, abogado, á un mismo fin....., todos estos hechos y otros que se omiten nos muestran con suficiente claridad que la función de administrar justicia penal está sufriendo una crisis completa, una crisis de sentido, digámoslo así.

---

(1) Es verdad que muchos escritores pertenecientes á esta dirección, sobre todo los de la escuela lombrosiana, muestran á menudo una saña y un encarnizamiento inexplicables, ó mejor dicho, esencialmente incompatibles con el determinismo que dicen profesar, contra los delincuentes y piden que á estos, á quienes llegan hasta negar todo derecho, no se les guarde consideración alguna y se les haga objeto de los más crudos rigores; pero este es un episodio que no amengua el valor y el sentido general de la dirección, sentido genuinamente protector del reo, y en lo tanto, preventivo.

(2) Véase los *rappports* de M. Thiry á los congresos penitenciario de París, 1895, de antropología criminal de Ginebra, 1896, y de patronato de Amberes, 1894.



Mas como el orden de ideas antiguo, el de considerar la pena como un mal y un castigo, lleva dominando tanto tiempo, lo tenemos infiltrado en todo nuestro organismo mental, y cuando creemos habernos librado de él, continuamos siendo esclavos suyos. Unicamente así se explica que hasta los pensadores que pasan por más atrevidos en materias como la que nos viene ocupando, se queden la mayor parte de las veces á la mitad del camino, ó mucho más atrás todavía. Por ejemplo, yo no comprendo que los penalistas modernos, es decir, aquellos que desean apartarse de la consideración de la pena como puro castigo, sigan dando la importancia que le dan á la cuestión de la imputabilidad criminal. Y todavía lo comprendo menos en los deterministas, quienes forzosamente se tienen que ver en calzas prietas (1) para poder encontrar una razón siquiera aparentemente aceptable, en virtud de la cual se atribuya un acto á quien se comienza por confesar que no ha sido autor del mismo. Pues ¿qué interés puede tener esta atribución si no es para exigir responsabilidad al agente y hacerle, en vista de ella, objeto de un castigo? Si la pena se considera como el tratamiento adecuado á la peculiar situación de inferioridad del reo, como el medio de combatir las causas de futura delincuencia y de liberar del influjo de las mismas á quien sin propia voluntad es juguete de ellas, ¿qué necesidad hay de imputar el acto al sujeto para someterlo al tratamiento protector? Lo único que habrá que hacer es averiguar la raiz y la fuerza de las tales causas; pero no es esto lo que significa esa imputabilidad que se busca. ¿Se reconoce que el delincuente obra tan determinado como el loco; que carece de fuerza inhi-

---

(1) Como se están viendo; y si no, recuérdese la multitud de teorías que vienen inventando en los últimos tiempos para fundamentar la imputabilidad criminal independientemente del libre albedrío: teorías de la libertad é integridad de la inteligencia, de la libertad ideal, del factor personal, de la identidad personal y la semejanza social, de la normalidad del agente, de la intimidabilidad del mismo, etc., etc.



bidora contra las propensiones criminales ó de medios externos para librarse de caer en el delito; que es un desgraciado, como el loco? Pues trátesele como á éste. ¿Y quién pregunta hoy por la imputabilidad de los actos del enajenado? Séanle ó no le sean imputables (1), lo que todo el mundo exige es que tales sujetos se entreguen en manos de quien haga lo posible para que no dañen en lo sucesivo, no solamente recluyéndolos é imposibilitándoles materialmente de dañar, sino procurando curarlos y devolverlos sanos á la sociedad. ¿No es esto mismo lo que procede hacer con los delincuentes, según la concepción determinista? Adviértase que cada día son más los casos de enajenación que se van conociendo, según ya hemos apuntado, porque son muchas las formas, antes ignoradas ó descuidadas, de enfermedades mentales que se van descubriendo; por consecuencia, tendrá que ensancharse también el horizonte de los casos en que se deje á un lado la cuestión de la imputabilidad y se pida sencillamente el tratamiento preventivo. Adviértase también que, por lo que á los delincuentes jóvenes se refiere, va proscribiéndose la cuestión de la imputabilidad, es decir, la cuestión del discernimiento, reconociendo todo el mundo que los jóvenes delincuentes, lo mismo si han cometido su delito obrando con discernimiento que obrando sin él, necesitan protección, necesitan que la sociedad les tienda la mano para sacarles del estado en que se hallan y convertirles en ciudadanos honrados y útiles para sí mismos y para sus semejantes. Este tratamiento tutelar con los jóvenes delincuentes, en el cual se prescinde de la cuestión de la imputabilidad, se va haciendo

---

(1) Claro está que se presupone que no le son imputables, pues si lo fueran, el loco los ejecutaría libremente, y todo cuanto se hiciera para mejorarle sería perdido, toda vez que se estrellaría contra el poder absoluto de la libertad, la cual, por no reconocer causa, es absolutamente indeterminada é indeterminable. Yo no concibo de ningún modo imputabilidad en el determinismo, en el cual, por otra parte, es donde únicamente se puede hablar, sin contradicción lógica, de sustituir el empleo de los castigos por el de los medios curativos y tutelares.



también extensivo cada vez á mayor número de casos, pues es opinión muy general entre los penalistas la de que el límite de la minoría penal debe subirse (en Elmira se consideran susceptibles de mejora los jóvenes hasta los *treinta* años; en los congresos penitenciarios y en los penalistas lo general ha sido y es fijar el límite dicho, entre diez y ocho y veintiún años). Ahora bien, siguiendo el camino ya iniciado con respecto á los locos y á los niños, no es difícil prever que se llegará á considerar todos los casos de delincuencia lo mismo que ya se consideran algunos, y que el hoy tan difícil problema de la imputabilidad en los delitos perderá completamente su valor, siendo reemplazado con una pura cuestión de diagnóstico y tratamiento. Y cuando esto ocurra, no tendrá lugar otro raro (aunque explicable por la consideración apuntada de seguir creyendo que el delincuente merece castigo) fenómeno que al presente puede ser observado. Penalistas que blasonan del más riguroso determinismo, y otros cuyos sentimientos humanitarios hacia los delincuentes no pueden ser puestos en duda, claman contra el hecho de que los penados estén mejor tratados muchas veces dentro de los establecimientos penitenciarios, en cuanto á la alimentación, *confort*, diversiones, educación y demás, de lo que pueden estarlo en su casa muchos trabajadores honrados, que son dignos de mejor suerte que aquéllos. También este modo de ver las cosas creo que precisa rectificación. Nadie se extraña de que á los dementes se les trate en ocasiones mejor que á los sanos, porque justamente por ser dementes necesitan ser tratados así. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con los delincuentes? Lo que hay es que, mientras con respecto á los locos ha desaparecido ya toda idea de responsabilidad subjetiva fundada en el libre albedrío, no ocurre lo mismo con los delincuentes, con respecto á los cuales conservamos en el fondo de nuestra alma, aun protestando de lo contrario y aun creyéndonos deterministas, cierto sentimiento de saña, fundado en la creencia de que, por haber podido no realizar el acto que han realizado, se han hecho merecedores



de castigo, ó sea de soportar las malas y dolorosas consecuencias de semejante acto, y por tanto, no es justo conducirse con ellos de manera que el trato que se les dé sea inmerecido. Pero si el delincuente es un individuo inferior, como tal debe tratársele, y habrá que atribuirle, no lo que merezca, pues en el determinismo no puede tener esta palabra el sentido que tiene en el orden de ideas corriente, sino lo que necesite, y claro está que por sólo el hecho de ser delincuente necesita más, *coeteris paribus*, que el que no lo es. Lo cual no quiere decir que á los delincuentes haya de otorgárseles, como sucede á menudo, de una manera sistemática y sin buscar con ello resultados ulteriores, beneficios y comodidades que no conduzcan á nada útil, ora para mejorar su cuerpo, ora su espíritu, ora ambas cosas; ni significa tampoco que con ellos no haya de hacerse uso, cuando de este modo se puede lograr mejor que de otro el fin apetecido, de medios duros, como las correcciones disciplinarias de todas clases, incluyendo quizá en ellas también las llamadas penas corporales.—En conclusión, pues, las transformaciones que vienen operándose poco á poco en el ejercicio de la función penal no serán completas, y esa función no llegará á ser lo que racionalmente parece que debe ser, tutelar y preventiva, mientras no nos desprendamos absolutamente de todo resabio de la idea de culpabilidad en los delitos y no llegue á ser una verdad de sentido común, ó por lo menos un razonamiento cuasi instintivo en la dinámica mental de los doctos, de los legisladores, de los jueces y de la mayoría de los asociados, aquél que obligue á considerar los hechos delictuosos como fenómenos perfectamente naturales, producto de un complejísimo número de elementos, á desligarlos totalmente de cualquiera forma de imputabilidad y de responsabilidad individuales, y á juzgarlos como males sociales cuyas causas deben ser averiguadas y combatidas, no como deudas que están exigiendo su correspondiente pago.

Efecto del mismo prejuicio de la pena, mal y castigo es así bien la separación perfecta que todos los escritores admiten



entre las medidas de policía y administrativas y las providencias y sentencias judiciales, y entre las autoridades de uno y otro orden. Es corriente en los propios escritores deterministas y más innovadores la doctrina según la cual los jueces penales no pueden funcionar mientras no haya tenido lugar algún delito, pues sólo entonces es cuando cabe hacer uso de medios represivos (que es tanto como decir, de castigos); la adopción de medidas preventivas, que tiendan á cegar las fuentes de donde los delitos proceden y á impedir que éstos se cometan, la consideran como materia que cae fuera de la competencia judicial para encomendársela exclusivamente á los funcionarios administrativos y de policía. Y así, por ejemplo, estiman como un adelanto el que la vagancia se elimine del catálogo de los delitos y se confíe el conocimiento de la misma y la determinación del tratamiento protector que con los vagos debe emplearse al ramo de la Administración y de la policía; lo propio ocurre con la embriaguez, con las medidas en favor de la infancia culpable y abandonada, y en otros varios casos. Sin entrar ahora á discutir este punto de vista, ni á poner de manifiesto lo equivocado que es, á mi juicio, conviene decir que es el mismo punto de vista antiguo, según el cual la represión y la prevención son dos esferas perfectamente diversas, la primera de las cuales, que es la que al orden judicial corresponde, tiene por objeto castigar los delitos ya efectuados, mediante la imposición de una pena fija, decretada de antemano en una sentencia firme, como resultado de un debate previo y con arreglo á lo dispuesto antes por la ley; en tanto que la segunda, propia de los funcionarios administrativos y de policía, se encamina á perseguir las causas de malestar social donde quiera que se hallen y antes de que hayan producido sus efectos, persecución que se verifica adoptando las medidas que en cada caso sean conducentes al fin que se busca, adoptándolas con gran libertad, no con sujeción rigurosa á los preceptos legales, ni en vista de lo que resulte de un debate judicial, y rectificándolas después de dadas, cuan-



do las circunstancias lo aconsejen, porque tales medidas no se toman, como las judiciales, con carácter de irrevocables, indiscutibles é infalibles (sin autoridad ó santidad de cosa juzgada). Dejando para otro lugar (1) la demostración detallada de mi aserto, adelantaré desde ahora que mi opinión tocante al particular es que la distinción referida tiene que borrarse, como se borrará también la separación, íntimamente relacionada con ella, entre delitos y contravenciones ó faltas; que las funciones de los jueces penales del porvenir serán funciones de pura prevención y policía, esto es, funciones de higiene social (donde va incluída la terapéutica), como es lícito por otra parte inducirlo de las tendencias que se advierten ya en este orden y que denuncian con harta claridad los hechos anteriormente indicados; y que la forma y el procedimiento para realizar esas funciones han de ser los mismos de que hoy hacen uso (por supuesto, con menos acierto y prudencia de los que deben esperarse de los magistrados del porvenir, formados exprofeso con una amplísima cultura realista) (2) las autoridades administrativas y de policía, á saber: no dando jamás sentencias definitivas, irreformables é indiscutibles, sino dictando los jueces por sí mismos, ó con el auxilio de otras personas que puedan prestárselo, aquellas providencias que se estimen más acertadas en cada caso, las cuales se podrán discutir por todo el mundo y se podrán modificar ó revocar por los que las hubieren dictado, cuando así se juzgue justo y conveniente.

Concebida la justicia penal como institución protectora, no odiosa según hoy ocurre, habrá de desaparecer asimismo

---

(1) *Problemas de derecho penal*, cap. VII. He hecho algunas indicaciones tocante al asunto en mi ponencia al séptimo Congreso de la *Unión internacional de Derecho penal*, que este mes se celebra en Lisboa, sobre el tema segundo, que dice: «Des contraventions. Définition, repression et procedure».

(2) Véase mi escrito *La educación de la Magistratura*, publicado en la revista *La Administración*, Madrid, 1895-96. Tomo II.



otra superstición que en ella domina, y de la cual son víctimas así los partidarios de las antiguas ideas, los cuales obran lógicamente dado su punto de vista, como los partidarios de las nuevas, quienes no parece que se conducen con mucha lógica. Consiste esa superstición en creer que en el orden penal, á diferencia de lo que acontece en los demás órdenes, ha de prohibirse á los magistrados hacer todo lo que no les esté bien clara y minuciosamente mandado por las leyes: ni pueden juzgar como delictuosos otros hechos que los que las leyes comprenden como tales de un modo indisputable, ni pueden imponer otras penas, ni en otra forma y medida, sino precisamente en la determinada por aquellas. Claro que esta superstición, que es común, repito, á todos los penalistas, aún á los que se tienen por más radicales, no puede explicarse de otro modo sino suponiendo que todos siguen considerando que la pena es un mal y un castigo, y que quienes la imponen ejercen una función perjudicial, por lo que hay que rodearles de todas las trabas posibles para que no hagan más daño que el estrictamente preciso. Semejantes trabas no se conciben cuando se mira la función penal como preventiva y benéfica; antes bien, entonces el magistrado no debe reconocer limitaciones en su obra. Por eso, mientras se comprende que los secuaces de la llamada dirección clásica profesen el principio *nullum crimen, nulla pœna sine lege*, con todas las aplicaciones que del mismo se hacen, toda vez que parten de las bases sobre que se asientan las doctrinas antiguas (á saber, la concepción del delito como acto debido á la nuda voluntad del agente, la concepción de la imputabilidad subjetiva y la concepción de la pena como retribución y castigo), no se comprende sino teniendo en cuenta el influjo enorme de la tradición, que los que rechazan estas bases y colocan otras contrarias en su lugar, sigan todavía aceptando y defendiendo aquel principio. Tanto valdría defender que las únicas enfermedades que pueden existir ó que deben curarse, son las admitidas y clasificadas de antemano en las leyes, y que no puede emplearse para



cada una de ellas, en cada caso, otros medios curativos ni en otra proporción y forma, sino precisamente en la prevista por las leyes. El determinista y el que considera el delito como una enfermedad social debida á causas naturales, si quiere ser lógico, debe mirar al juez como el médico encargado de curarla, y pedir para el mismo aquella libertad de proceder como cada caso lo requiera y sin traba legal alguna, que pide para los médicos de las enfermedades individuales.

En suma, la función penal de mañana, para ser acertada y para que los ciudadanos encuentren en ella su amparo mejor, en vez de temerla cual hoy sucede, habrá de ejercerse en forma protectora y de policía tutelar, y el magistrado encargado de desempeñarla tendrá que convertirse en un funcionario paternal, semejante al que se figuraron los revolucionarios de 1789 cuando crearon la magistratura del juez de paz, y al que con gran elocuencia y profundo sentido describía ya un magistrado francés de aquella época, no obstante ser el momento culminante del aborrecimiento al arbitrio judicial, de la consagración del principio de las penas legales como exclusivas, desterrando las antiguas penas arbitrarias, y de la consagración de los derechos de la personalidad individual. En su *Discurso sobre la administración de justicia*, hablando de las condiciones que debe reunir un magistrado criminal, la primera de las cuales es según el autor la *vigilancia*, M. Servant, fiscal del Parlamento de Grenoble y uno de los que más y más eficazmente clamaron contra los vicios de la administración de justicia penal del antiguo régimen, decía, entre otras cosas notables, lo siguiente, que me parece sumamente acertado, y con lo cual concluyo por no alargar más este trabajo, pero callándome varios puntos de vista que juzgo de interés: «Yo veo á una madre alrededor de sus hijos; veo que los sigue por doquiera; que los cubre con sus miradas; que vela sobre ellos mientras descansan y les observa incesantemente mientras están despiertos; *más atenta aún en precaver los males, que ardiente en consolarlos*, sabe disponer y colocar en su contorno



los objetos según conviene á sus débiles órganos; desvía de ellos, ó aparta enteramente, cuanto puede dañarles y aproxima lo que puede serles útil; en una palabra, ella compone y forja con sus propias manos la dicha de su primera edad. *He aquí la idea que yo me he formado de un magistrado en medio de sus administrados*; lo que la naturaleza inspira á la una, el deber se lo impone al otro: ¡funciones sublimes ambas!»

P. DORADO.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

## CRÓNICA LITERARIA

---

PAZ EN LA GUERRA, por Miguel de Unamuno.—La *Colección Elzevir ilustrada*.—PRESENTE Y FUTURO, por D. Nilo M. Fabra.—Libros recibidos.

En su libro *Paz en la guerra* se nos presenta el Sr. Unamuno bajo un nuevo aspecto. Le conocíamos como autor de escritos filosóficos y de crítica literaria, y en esa obra se nos muestra novelista. Y no con las vacilaciones del principiante, que al penetrar en un género nuevo trata de orientarse para buscar la senda que más derechamente le conduzca á la expresión artística, sino con la seguridad del que se interna en un país conocido.

Un escritor de buen gusto y de cultura, si por acaso intenta cultivar un género para el cual no tiene disposiciones naturales, no hará seguramente un adefesio. Será su obra una de tantas producciones artificiales y eruditas, faltas del arranque espontáneo y del interno fuego de la inspiración, obras de corrección aparente y formal, que nacen sin vida. No es este el caso del Sr. Unamuno. Su obra demuestra que *siente* la novela, y si, como es de creer, escribe otras, con el progreso que naturalmente se sigue del ejercicio de una facultad literaria, llegará á figurar entre los mejores novelistas españo-



les de este tiempo, y á distinguirse entre ellos por su originalidad y la elevación de su pensamiento.

En algún sentido, *Paz en la guerra* es una novela filosófica. Para algunos esto será un defecto. Está bastante extendida la creencia de que lo filosófico priva á las obras de imaginación de su natural galanura y es en ellas elemento extraño y fuera de su sitio. Los que no han trabado conocimiento con la filosofía, se la figuran comunmente como una especie de álgebra del pensamiento, inteligible no más para unos pocos iniciados, y propia sólo para asunto de pesados libros didácticos. Otros, que tienen de ella algún ligero barrunto, la consideran como una especie de luz catódica que, penetrando al interior de los objetos, desvanece la hermosa apariencia de sus formas exteriores, mostrando solo el feo esqueleto que encierran, con lo cual borra y aniquila la poesía del mundo sensible. Si esta idea supone un concepto muy pobre y erróneo de la filosofía, más pobre es aún el concepto que implica de la realidad, entendiendo que su hermosura, superficial y propia solo para llenar los ojos del vulgo, viene á tierra en cuanto penetra en ella la mirada sagaz de un observador que busca la raíz de las cosas. La naturaleza así concebida viene á ser comparable á una mujer marchita y llena de afeites, que sólo á media luz y á distancia puede aparentar belleza.

Depende todo esto, cuando no de ignorancia, de una confusión entre las formas científicas de la filosofía y la esencia misma de lo filosófico. Las primeras, claro es que no pueden pasar á las obras de arte en general, y sólo son materia de un arte especial, *suyo*, de aquel arte didáctico que cabe en las obras de ciencia y las da derecho á figurar en una rama particular de la literatura. Mas la filosofía misma, la contemplación de la esencia íntima de las cosas, á todo se aplica y cuantos objetos penetra los ilumina con nueva claridad, mostrando en ellos aspectos ignorados de su belleza, y avalorando á la par los conocidos. La filosofía y el arte tienen estrecha relación, y aunque los separe la diferencia entre lo refle-



xivo y espontáneo, casi se confunden al llegar á su mayor altura, resultando filosóficas las creaciones del genio artístico y poéticas las más elevadas concepciones de la filosofía. No en vano se ha dicho que la metafísica es una especie de poesía, aunque á veces se haya dicho con intención despectiva, derivada de prevenciones de escuela contra la metafísica y contra la poesía.

Pero esta honda y refinada expresión de la belleza, que pone en las obras de arte el espíritu filosófico, ni la ven todos los ojos ni la gustan todos los paladares. El vulgo, encadenado por la fuerza del hábito á las imágenes que su mirada superficial se forma de los objetos, los desconoce cuando los ve iluminados por aquella luz nueva que muestra maravillas para él inadvertidas é incomprensibles. La claridad que emana de lo interior de las cosas, le ofusca y ciega, y en vano buscan sus ojos en las nuevas imágenes las trazas de las representaciones á que su vista está acostumbrada. Por eso hay algunas obras maestras que no serán nunca populares, á menos que la cultura general aumente en términos que ahora nos parecen inasequibles.

\* \* \*

Sirven de fondo á la acción novelesca que se desarrolla en la obra del Sr. Unamuno ciertos hechos contemporáneos. En realidad, son algo más estos hechos que mero fondo del cuadro pintado por el novelador. Si bien se mira, más que las aventuras del voluntario carlista, principal personaje de *Paz en la guerra*, forman el asunto de la novela las escenas de la tercera guerra civil, los episodios del sitio de Bilbao, que describe y á veces *historia* el autor de este libro. La novela del Sr. Unamuno tiene mucho de historia, de historia *primitiva*, por lo que toca á las fuentes; de historia, en suma, formada de tra-



diciones orales, de recuerdos, poetizados acaso por la fantasía popular y por la fantasía del novelista. El Sr. Unamuno debe de haber oído á testigos presenciales mucho de lo que cuenta del sitio de Bilbao, si es que él mismo no ha presenciado algunos de los sucesos.

Si por la manera de considerar los hechos y concebir los personajes es esta una novela filosófica, por el asunto es histórica. No veo incompatibilidad entre ambos aspectos. Los sucesos históricos son dignos, sin duda, de atención filosófica, y filosóficamente pueden ser considerados si se mira en ellos, no la parte accidental y exterior, sino su realidad íntima y lo que manifiestan de la naturaleza humana. Si la filosofía de la historia tiene tan poco crédito, no es porque relacione cosas inconciliables, sino en razón á que sus cultivadores subordinaron á sistemas preconcebidos los materiales positivos de esta ciencia, queriendo que la historia fuese, no como en realidad es, sino como convenía á sus sistemas, resultando así tan frágiles y poco duraderos los edificios de pomposa apariencia que levantó el pensamiento de estos autores, ayudado no poco por su fantasía.

Pero aunque los hechos históricos puedan ser asunto de la consideración filosófica, esto se entiende del observador que los estudia, no de los personajes que en aquéllos activamente intervienen, los cuales es natural que estén poco dispuestos á la contemplación serena de los hechos y se sientan movidos por los estímulos y las pasiones que, por lo general, determinan las acciones de los hombres ó, por lo menos, las acompañan. Y la guerra es acaso, entre los hechos históricos, el que menos se presta á que estén animados sus actores de disposición de ánimo filosófica. De ahí el contraste que ofrece el libro del Sr. Unamuno entre la naturaleza del asunto y la manera como lo ve y lo expresa el autor.

Recuerda esta obra, por su espíritu y por su *punto de vista*, la del gran escritor ruso Tolstoï: *La guerra y la paz*. Tolstoï y el novelista español á que me refiero conciben la guerra de un



modo muy parecido y buscan por el mismo camino la emoción estética. A diferencia de lo que hace Zola en *La Débâcle*, trazando grandes cuadros épicos, en que se sobrepone la intensa visión de lo sensible con su enérgico y vivo colorido, atienden más aquellos á la vida interior de los personajes.

En la novela del Sr. Unamuno domina la parte psicológica. Lo que piensan y sienten los personajes relega á segundo término lo que hacen. Comparada con la expresión enérgica y elocuente que tiene en este libro la vida espiritual de los hombres que nos presenta el novelista, palidece la pintura de la acción exterior. Las cosas sensibles parecen vistas en algunos pasajes á través de una neblina. El drama interior eclipsa al drama exterior; y no porque en aquél se nos muestre una lucha de pasiones extraordinaria, sino por lo intensamente que el autor lo ve y lo representa. La mirada del novelista se posa distraída en los hechos exteriores, en el movimiento y en el tumulto de la acción, y á través de todo esto procura penetrar hasta el espíritu de aquellos hombres que batallan, ó en algún modo se interesan, en la lucha asunto de la novela. Hay, sin embargo, en ésta, escenas pintadas con viveza y colorido: la jura de Don Carlos, ciertos episodios del sitio, el retrato del cura Santa Cruz, son páginas que revelan una precisa y clara intuición de lo externo y facultades descriptivas. Pero no es esto lo característico de *Paz en guerra*.

Como los del libro de Tolstoï, los principales personajes de la obra de Unamuno no *sienten* la guerra. A la verdad, los antiguos sentimientos guerreros van desvaneciéndose en las sociedades civilizadas. La desaparición de los ejércitos *profesionales* ó compuestos de soldados de oficio, contribuye á esto en gran manera. Para el soldado actual, el servicio de las armas es un accidente en su vida, un período transitorio, pasado el cual vuelve á sus ocupaciones pacíficas. La parte profesional de los ejércitos modernos ha variado también. Los jefes y oficiales son muy distintos de los de otros tiempos. No son ya aventureros audaces, desprovistos, por lo general, de cultura.



Su educación es esmerada, tienen mucho de hombres científicos, pues la instrucción militar exige una variada preparación en diferentes ciencias, y es en gran parte aplicación de conocimientos matemáticos, físicos, químicos, etc. No vence ya en la guerra el empuje brutal, sino las sabias y meditadas combinaciones del mejor Estado Mayor, los fusiles y cañones de mecanismo más perfecto, las comunicaciones más rápidas, la mejor administración ó intendencia, todo aquello, en suma, que es efecto de la inteligencia y el estudio. Hasta el valor de los combatientes, reducido hoy á uno de tantos factores en los complejos problemas de la guerra, ha cambiado de forma, y es ante todo resistencia, disciplina y sufrimiento, sin que el arranque personal iguale ni supla estas virtudes, salvo en casos muy raros y excepcionales.

La guerra es cada vez menos frecuente entre pueblos civilizados; las costumbres y las reglas internacionales la templan y humanizan. La organización y fines de las naciones son pacíficos, hasta el punto de que los grandes ejércitos actuales son mantenidos en gran parte para servir de salvaguardia á la paz y al orden público, poniendo á la vez respeto en los vecinos ambiciosos y en las muchedumbres socialistas. No es extraño, pues, que decaigan los sentimientos belicosos, pero con todo, son demasiado razonadores y filósofos algunos de los personajes de *Paz en la guerra*, para que no se advierta que el autor les ha prestado su propio pensamiento y los ha concebido á imagen suya.

\*  
\*  
\*

Por lo que toca al lenguaje, tanto esta obra como varios otros escritos del Sr. Unamuno, han sido objeto de algunas críticas, á mi parecer injustas y exajeradas. Mientras tiene vida un idioma, no permanece inmóvil é invariable, sino que



el uso comun le modifica, pasando á formar parte de la lengua literaria las más justificadas y oportunas de estas alteraciones de procedencia popular, á la vez que la originalidad de los escritores introduce también palabras y giros nuevos.

No voy yo tan lejos como cierto ingenioso escritor que protestaba no há mucho contra la tiranía de la Gramática, juzgándola una de tantas servidumbres de que debe emanciparse todo hombre amante de su independencia. Pero sin llegar á ese extremo, hay que reconocer que tan perjudicial como el prurito de novedades es el demasiado apego á las formas tradicionales del lenguaje. Si posible fuera proscribir de la literatura toda palabra no incluída en el Diccionario de la Academia y todo giro no usado anteriormente por autoridades, el resultado que se seguiría no podría ser otro que el empobrecimiento y la petrificación del idioma. No procedían así los escritores del siglo XVI, que usaron ampliamente de la libertad de introducir variaciones en el lenguaje, ya procurando imitar la construcción de los autores clásicos latinos, ya trasladando aquellos á sus escritos todos los atrevimientos del habla popular, hasta en sus manifestaciones más ínfimas, sin rechazar á veces ni la misma jerga, ya inventando donosamente palabras expresivas y usando construcciones harto libres, y que hoy alborotarían á no pocos críticos contra quien se atreviera á usarlas.

No se me alcanza, en verdad, por qué no hemos de poder ahora imitarlos, ni la razón del apocamiento presente, tan distinto de aquella libertad y desembarazo, que fueron parte sin duda para la riqueza y variedad que consiguió entonces el idioma.

No hay que olvidar que una lengua no es obra ni de los gramáticos, ni de las Academias, sino de cuantos la hablan, y singularmente de aquellos que con más acierto y propiedad la escriben. El gramático y el lexicógrafo no hacen más que ordenar, generalizar y dar forma, reflexiva á los datos que reciben del uso general de las personas cultas. Y junto al elemen-



to conservador del idioma, que tiende á mantener sus formas históricas, está, ó debe estar, el elemento progresivo é innovador, cuyos órganos no pueden ser otros que los escritores y los filólogos, los artistas y los sabios del lenguaje. Escritor y filólogo es el Sr. Unamuno, de modo que reúne ambos títulos.

No es la innovación en sí misma lo que debe censurar la crítica. Es la innovación innecesaria, la que no da mayor expresión á la frase ni viene á suplir faltas del lenguaje corriente; la que depende de estravagancia ó falta de conocimiento del idioma; la que introduce voces extranjeras para expresar lo que puede expresarse fielmente con vocablos propios. En esto, como en todo, las novedades han de estar justificadas. Cuando lo están, sólo la rutina puede oponerse á ellas.

\*  
\* \*

He indicado antes que en el *fondo histórico* de esta novela se pierde casi la acción propiamente novelesca. No es extraño que estudiando el novelista principalmente la vida interior de los personajes, esa acción exterior sea muy limitada. Se esboza vagamente un prelude de amor, una corriente de simpatía entre Rafaela, la hija del comerciante de Bilbao, é Ignacio, el voluntario carlista, que es, si no el *héroe* de la novela, porque en esta no hay héroe pues lo colectivo se sobrepone á lo individual, uno de los personajes principales. Y este sentimiento que no llega á cristalizarse y permanece casi inconsciente en el espíritu de ambos, resulta por su misma vaguedad más delicado y poético. Es uno de tantos gérmenes de sentimientos, de ideas y de resoluciones, condenado por el juego de las circunstancias á perecer en el espíritu, sin que se cumpla su anhelo de florecimiento, ni logre siquiera manifestarse en lozanos brotes. Acaso en las horas de melancolía llora el espíritu silencio-



samente, sin darse cuenta de ello, estos hijos suyos que murieron al nacer.

En la parte histórica de su obra, la imparcialidad del señor Unamuno excede á cuanto puede pedirse al novelista y aun acaso al historiador contemporáneo. Tal vez este mismo exceso de imparcialidad quite valor y colorido á algunas escenas. Parece que el autor contempla sobre una cumbre la batalla que se libra en el valle. Desde la altura son visibles los episodios de la lucha, mas no llega á ella el clamoreo de los combatientes ni el contagio de sus pasiones. Espectador de la contienda, alejado de ella por su predisposición filosófica, el Sr. Unamuno observa á los que pelean, sin odio y sin amor apasionado, envolviéndoles á todos, sin distinguir amigos y enemigos, en esa simpatía difusa, en ese sentimiento de humanidad que cabe en los límites de la máxima de Terencio.

\*  
\* \*

Con el nombre no muy castizo de *Colección Elzevir ilustrada* ha empezado á publicarse en Barcelona una nueva Biblioteca recreativa. La forma de los volúmenes es elegante y tiene algún parecido, aunque remoto, con los de las preciosas colecciones de Guillaume, de París, y semejanza ya más cercana con otras publicaciones más modestas de las muchas que en aquella capital aparecen — las de la colección Ollendorf, por ejemplo.

Por los tomos que he leído — *Oro oculto* (novela) por M. Hernández Villaescusa — *Ágata* (novela), por A. Pérez Nieva, y *Presente y futuro*, (nuevos cuentos) por Nilo María Fabra — me parece que esta colección hará más propaganda con sus condiciones editoriales que con el texto de sus volúmenes. Literariamente es hasta ahora una colección de medianías. Me refiero sólo á los tres tomos citados, de los cuales únicamente



puedo formar juicio, pues del otro tomo publicado sólo sé que se titula *Bagatelas* y que contiene poesías de Vital Aza.

*Oro oculto* pertenece á un género anticuado y de segundo orden, ó tercero ó cuarto. Es bisutería literaria. Tiene estrecho parentesco con aquella dilatadísima familia de novelas por entregas que han conmovido á varias generaciones de personas de excelentes sentimientos y de pésimo gusto. Pero hay que reconocer que esta novela está mucho mejor escrita que la mayoría de sus congéneres y que les lleva, además, la ventaja de presentar el tipo de novela por entregas reducido á proporciones homeopáticas, lo cual ya es algo y aun mucho.

El lenguaje es castizo, pero incoloro, flojo, sin originalidad ni viveza. Es este un libro á la moda de hace treinta años, una historia de inverosimilitud pasmosa y de argumento muy enrevesado, pero sosa, sin fuerza representativa, sin el calor humano que comunica á sus creaciones la fantasía de los verdaderos novelistas. Es el eterno cuento de los niños abandonados que á vueltas de muchas vicisitudes vienen á resultar hijos de personajes. Un *cuento azul*, como dicen los franceses, pero azul pálido, muy pálido. El libro del Sr. Hernández Villaescusa demuestra, en suma, cómo no basta saber castellano y escribir con corrección para hacer obras verdaderamente literarias.

Por el mismo estilo (aunque de inferior estilo) es la novela *Agata*, del Sr. Pérez Nieva. Esta *Ágata* es una *Dama de las camelias* echada á perder, un tipo falso de cortesana arrepentida. Al final de la obra fallece. ¡Séale la tierra leve!

Los cuentos de D. Nilo M. Fabra merecen examen algo más detenido, aunque sólo sea por la variedad de sus asuntos. El más extenso de ellos se titula *La guerra de España con los Estados Unidos*, y es el relato fantástico de una futura guerra con la República norteamericana, al cabo de la cual contendamos á los yankees y hasta conquistamos á Cayo Hueso, regalándoselo luego á Méjico, que, á la verdad, no sabría que hacer con semejante adquisición.

Al parecer, el Sr. Fabra no ha tenido otro propósito en



este cuento, que el de dar una satisfacción platónica al patriotismo suyo y al de sus lectores, presentando á España vencedora de los Estados Unidos.

En el extranjero, donde es muy frecuente la publicación de estos relatos de guerras imaginarias, suelen tener tales obras intención didáctica, y esto es lo que principalmente les da interés. Por lo común, los autores son *técnicos* y tratan de denunciar defectos en la organización de las fuerzas militares ó navales, llamando la atención del público con el poder sugestivo de una narración de apariencias históricas, para hacerle *ver*, en la medida de lo posible, aquello que ignora. Excusado es decir que los escritores que cultivan este género no suelen ver las cosas de color de rosa, como el Sr. Fabra, con lo cual dan prueba de un patriotismo distinto del que aquí gastamos por lo general, pero quizá más sólido y provechoso.

Sin buscar ejemplos extranjeros, recuerdo un libro: *¡Pobre España! Memorias de un jefe de zona*, del escritor militar señor Lapoulide, obra, á mi juicio, superior al cuento del señor Fabra, y en la cual su autor señalaba los defectos de una determinada organización militar, pintando en forma dramática é interesante una invasión francesa que nos vencía y casi conquistaba.

Esto podrá parecerle al vulgo antipatriótico, pero creo que, en realidad, estaba mejor entendido el patriotismo en el libro del Sr. Lapoulide que lo está en el del Sr. Fabra. Como éste no es vulgo, sino un escritor inteligente, debiera comprender que el patriotismo verdadero no consiste en un desmesurado optimismo que nos haga creer que todas nuestras cosas son perfectas y superiores á las de los demás pueblos de la tierra, y que allí donde pongamos mano habrá de acompañarnos forzosamente la fortuna, cuando tan dolorosas experiencias tenemos de la posibilidad de lo contrario. Para el amor propio nacional es halagüeño, sin duda, figurarnos que ningún otro pueblo nos supera ni iguala en condiciones físicas y morales, y que si ocupamos un lugar secundario en el



mundo es por culpa de nuestra suerte ó por intrigas de algún encantador al estilo de los que perseguían á Don Quijote y le desbarataban sus más famosas aventuras. Como el espíritu de nuestro pueblo más tiene de altivo que de apocado, el patriotismo debe estimularle á que reconozca sus defectos y se corrija de ellos, así como á hacer buen uso de las excelentes cualidades que posee, y por desgracia suele emplear medianamente. El patriotismo de bombo y platillos es ruidoso, pero de poco fruto. Compárese el sentimiento patriótico con otro semejante, el amor á la familia, por ejemplo, y dígase si da mayores muestras de amar á sus deudos y allegados el que ensalza á cada paso la nobleza de su linaje y las virtudes de los suyos, ó el que procura mejorar la posición de éstos, corregir discretamente sus faltas ó sus vicios, y desarrollar sus virtudes, no con la adulación, sino por medios más prudentes y eficaces.

\*  
\* \*

Otro de los cuentos del Sr. Fabra, *El futuro Ayuntamiento de Madrid*, pertenece á un género de mucha actualidad; á cierta especie de literatura política que tiene por fin demostrar á los socialistas, y á los que están en tentación de serlo, que si ellos fueran los encargados de dirigir la sociedad lo harían mucho peor que los burgueses y no serían más felices que al presente. Así lo creo. Los que no acaban de convencerse de ello son los socialistas.

El tipo de esta clase de obras y la más famosa de todas es el célebre folleto del jefe de los progresistas alemanes Eugenio Richter, titulado: *A donde conduce el socialismo*. Más de doscientas ediciones—acaso pasen ya de trescientas—se han hecho en Alemania de este folleto; pero es dudoso que haya convertido á dos docenas de socialistas. En cuanto al Sr. Fabra, creo



que ha elegido mal al tomar como asunto la administración del Municipio de Madrid. Todo lo que dice es muy verosímil, pero tan mal lo han hecho los burgueses en el Ayuntamiento, que aunque de los socialistas no pueda esperarse cosa buena, les costaría trabajo hacerlo peor.

De los otros cuentos, *Teitan el Soberbio* y *El Premio grande* encierran lecciones morales. Uno de ellos tiende á mostrar lo incómodo que sería para los hombres, y singularmente para los poderosos, poder leer en el pensamiento de los demás. El otro cuento aboga por la caja de ahorros y contra la lotería. Podría servir perfectamente para uno de esos folletos de propaganda moral que se reparten entre los obreros. Pero, con todo, disculpo la afición á la lotería. Con el dinero que se gasta en ella se compran papeletas de ilusión. ¡Cuántas otras ilusiones hay que nos cuestan más caras y no son menos engañosas!

Todavía encierra este tomito otro cuento: *Recuerdos de otra vida*. La heroína es una muchachita que se figura la vanidosilla que lleva dentro de sí nada menos que el alma de Juana de Arco, que ha vuelto á encarnarse en su personita. La culpa de todo la tiene un cuadro representado á la *pucelle*, cuadro que estuvo algún tiempo en la alcoba de la niña, y se grabó profundamente en su fantasía. Como todo se reduce á un caso de sugestión, un médico se encarga de curar *similia similibus* á la joven, durmiéndola y ordenándole que no se vuelva á figurar que es Juana de Arco.

El estilo de estos cuentos es sencillo y sin pretensiones. La filosofía que encierran es también una filosofía sin pretensiones. Es la filosofía del llamado sentido común, la filosofía de todo el mundo, de ese *todo el mundo* de quien han dicho algunos *infundiosos* que tiene más talento que Voltaire.

\*  
\*  
\*

Entre otros libros he recibido últimamente: *La Tierra de Campos* (novela), por D. Ricardo Macías Picavea; *Marrodan*



*primero* (novela también), por D. José María Matheu; *Versos*, del poeta colombiano D. Enrique W. Fernández; *Desde el surco* (poesías), por D. Arturo Reyes; *Beba* (novela), por don C. Reyles; *Cuentos verosímiles*, por el Dr. J. Vinyals; *Versos*, por Doña Josefa Codina Umbert; *Mar de Batalla* (artículos y poesías), por D. Abdon de Paz.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

*P. S.* No sé si recordarán los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, que en una *Crónica* dedicada á examinar las obras de varios escritores americanos, me fijé en ciertas *tropas* de que se habla en un libro del Sr. Reyles, y que á mí me parecieron hijas, más ó menos legítimas, de los *troupeaux* franceses. Pero aun tratándose de palabras, la investigación de la paternidad es cosa harto difícil y peliaguda, y según me dice en una amable carta el Sr. Reyles, al enviarme su novela *Beba* (de la que hablaré en breve), en el Uruguay se llama *tropa* al ganado vacuno que es conducido al matadero, y *tropero* al que le conduce. Que conste, pues, y quede esa *tropa* en el lugar que le corresponde.



# LA PRENSA INTERNACIONAL.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

## EL FEMINISMO EN LA UNIVERSIDAD DE ZURICH

Cuando en el Congreso feminista internacional de Abril último una delegada finlandesa se atrevió á decir que existían relaciones de buen compañerismo entre los muchachos y las muchachas de su país, donde ya está vigente la coeducación de los dos sexos, sonrióse el auditorio. Se había hecho la experiencia en países lejanos, en América, en Finlandia. Sin duda; pero ya está (digámoslo así) á las mismas puertas de Francia, en Suiza, en Zurich, donde hay relaciones de confraternidad entre ambos sexos.

Muchos viajeros conocen á Zurich, esa encantadora ciudad blanca, medio empinada sobre un cerro, medio extendida por el valle, en derredor de ese bello lago, con una espléndida decoración de montañas lejanas. Muchos la conocen por bonita y agradable; pocos saben que es una ciudad de trabajo, donde se realiza una obra de las más interesantes: la coeducación de los sexos en la enseñanza superior.

Zurich se divide en dos partes claramente distintas: la ciudad baja, centro del comercio, de los extranjeros y de la bur-



uesía, que es al mismo tiempo ultraconservadora desde todos los puntos de vista; y la ciudad alta, agrupada en derredor del Hospital cantonal, de los laboratorios y de los grandes edificios de la Politécnica. Llámase así la notabilísima escuela donde se da la enseñanza superior científica. Ocupa un ala de ella la Universidad propiamente dicha, de una apariencia exterior mucho más modesta.

Esa ciudad alta, enteramente nueva, llena de aire y de luz, teñida en los días con viento *sirocco* de azul y amarillo intensos; ese «barrio latino», todo él con *villas* rodeadas de jardines, con casas burguesas de balcones parecidos á pajare-ras, está habitado por los profesores de la Politécnica, por los de la Universidad y por una juventud universitaria de las más cosmopolitas. Allí hay de todo. La Politécnica está frecuen-tada principalmente por extranjeros: austriacos, griegos, búlgaros, rumanos, italianos y americanos; en la Universi-dad casi se equilibran los elementos eslavo, suizo y alemán. Los franceses forman una ínfima minoría, pero casi todos los suizos saben francés.

La ciudad baja, confesémoslo, no simpatiza con la ciudad alta, y sobre todo con la mujer estudiantè. Sin duda, las auto-ridades locales (el rector, el Senado, el claustro de profesores) han reconocido á la mujer que desea estudiar en Zurich to-dos los derechos universitarios: sigue los mismos cursos que los varones, toma asiento en los mismos bancos, sufre los mis-mos exámenes, obtiene los mismos grados, es *civis academi-cus* en toda regla. Pero si la Universidad no establece diferen-cias entre *el* estudiante y *la* estudiante, la ciudad no sigue ese ejemplo. Parécele muy bien que el joven adquiera educa-ción científica, pero ante la «mujer emancipada,» ante la mu-jer libre é instruída, yérguese y se envuelve en su virtud bur-guesa... ..

Y no sólo el patricio zuriqués desconfía de *la* estudiante y no quiere abrir para ella la puerta de su hermosa casa de re-cuerdos históricos, sino que algunos miembros del cuerpo do-



cente mismo no admiten ese nuevo tipo sino con cierta reserva.

También cumplirán escrupulosamente su deber para con *la* estudiante, en cuanto se refiera á las cuestiones científicas, á las cosas del oficio; no serán con ella ni más ni menos corteses que con los estudiantes. Pero en sociedad no se acercan á ella; en un baile (ni aunque sea académico) no la saludan, ni la presentan á su mujer; en una palabra, no tienen relaciones personales con ella, sencillamente porque la «buena sociedad» de Zurich no ha admitido aún á *la* estudiante, y esos profesores no tienen empeño en desafiar los prejuicios de la ciudad baja. El problema moderno que plantea la mujer estudiante, y que ella trata de resolver, no les choca á esos hombres, ó, si les choca, también les pone en un aprieto y salen de él por medio de una política de avestruz (1).

Por otra parte, es muy gracioso y muy instructivo el observar cómo sortea cada profesor de la Universidad ese obstáculo llamado la mujer estudiante. Ya he dicho que la cuestión de principio ha quedado zanjada de una vez para siempre; pero además es preciso que cada uno se acomode personalmente con esta decisión, con esta igualdad de los sexos ante la ciencia. Pues bien, hay detalles de forma que dicen mucho y equivalen á toda una profesión de fe. Así, es de lo más significativo el modo de dirigirse el profesor á sus oyentes. Uno de mis maestros, abriendo la puerta con estrépito y subiendo á zancadas hasta la plataforma de la cátedra, gritaba desde el ingreso: «¡Mis respetables oyentes!», fórmula usual en los países de lengua alemana, y que permite escamotear la dificultad para elegir entre «señoras y señores» ó «señores y señoras.» Esa elección ha puesto en apuro á más de

(1) El articulista no llama *avestruces* á los catedráticos, sino que los compara con esa ave, de la cual se dice que cuando ve un peligro esconde la cabeza debajo del ala, y no mirándolo cree que ya no existe.



un catedrático. Los que se deciden por la última fórmula parten del derecho histórico, según el cual las Universidades han sido creadas en primer término para el sexo fuerte. La particularísima estimación que á la mujer dispensa uno de los profesores de Filosofía en Zurich se manifiesta, por el contrario, en el hecho de decir con un tonillo significativo: «Señoras, señores.» En cambio, otro, cuyo auditorio la mitad se compone de mujeres, lanza resuelto su «Señores», á secas, en el silencio del amplio salón.

Pero estas son fruslerías; lo esencial, el principio de la igualdad ante la conciencia, está admitido. Evidentemente, es de sentir que el profesor, sobre todo de origen suizo, sólo rarísima vez tenga relaciones personales con los estudiantes del sexo femenino. Porque de ese modo, la mejor influencia del profesor, la ejercida por su individualidad misma, por la discusión y la conversación íntimas, no alcanza á la mujer; y el maestro pierde también su más hermoso privilegio, el de cultivar directamente el ingenio y modelar el alma de quien se le aproxima. Pero el buen ejemplo, en este sentido, está dado ya, sobre todo por los profesores de origen alemán, los cuales no temen abrir sus casas á los alumnos suyos, sin distinción de sexos; por tanto, los profesores suizos no tienen más que hacer sino imitarles.

En efecto, en la ciudad alta de Zurich existe cierto número de casas donde junto á un hombre de mérito hay una mujer que reina y gobierna en el hogar doméstico; una noble mujer de gran corazón, que admite de buena gana al lado de su amor la confraternidad, sin tener celos de ella. Al mismo tiempo admite que entre su marido y las jóvenes alumnas que siguen el curso con él pueda haber relaciones intelectuales de orden puramente científico, una búsqueda común de la solución de los problemas modernos. Quizá no pretenda siempre asociarse ella misma á esas relaciones; pero las respeta, y lo que es mejor aún, las facilita, ella sola las hace posibles. Es propio de un alma escogida el pensar así. Pero esta confianza,



esta alteza de alma no son inútiles: permiten á la mujer moderna (lo que aún es tan raro) aproximarse en la intimidad, y hasta sin fijarse en que son hombres, á esas grandes personalidades de quienes depende el progreso del mundo, acercárseles bajo un pie de perfecta igualdad y poder hablarles con entera franqueza. Puede confiarles sus dudas, sus vacilaciones, sus sufrimientos intelectuales, y recibir de ellos ese aquietamiento del espíritu que sólo saben dar quienes han pensado mucho, investigado y sufrido intelectualmente. Una mujer que durante sus años de estudio es admitida en semejante hogar y á quien se juzga digna de la amistad de tales almas selectas, recibirá una impresión indeleble, y no podrá olvidar nunca ese ideal luminoso que ha visto de cerca. Al mismo tiempo que se educa intelectualmente, recibe educación moral y podrá predicar con el ejemplo.

¡Predicar con el ejemplo! Esto es lo más importante para las mujeres que han entrado en el movimiento feminista, en presencia de los prejuicios y errores de que son objeto. Ocasión de ello se ofrece en la Universidad de Zurich, donde necesariamente hay trato entre alumnos y alumnas. El carácter de estas relaciones depende por fuerza del público universitario de Zurich. Ya he dicho que es de los más cosmopolitas; y la Politécnica, donde, sobre todo, estudian jóvenes acomodados y, con frecuencia, hasta muy ricos, haría mal en querer echárselas de una moral harto austera, pues el premio Montyon está ciertamente por encima del promedio de virtudes de sus alumnos. Pero la Universidad (por otra parte, mucho menos concurrida) tiene un carácter mucho más serio. Los eslavos que en ella se matriculan, en general, no son ricos; los suizos acuden para trabajar y están en su propio país, á menudo en su misma ciudad; los alemanes que allí se dirigen lo hacen, sobre todo, atraídos por las bellezas naturales de las cercanías, por los juegos de ejercicio corporal, y con mucha frecuencia sólo van de veraneo. Porque en invierno verdaderamente no hay muchas distracciones en Zurich: el teatro, sin ser malo, no es



cosa del otro jueves; se ejecuta un poco de música, hay algunos bailes públicos ó académicos.

Pero el «barrio latino» de Zurich dista mucho de conocer las pretendidas «atracciones» del barrio latino de París. De esa manera, la Universidad de Zurich más bien atrae á una juventud estudiosa, que, cuando quiere divertirse, no necesita canciones picantes ni «mujerzuelas».

Si desde este punto de vista Zurich se parece muy poco á París, no se parece más á las Universidades alemanas (como, por ejemplo, la de Heidelberg, donde los «cuerpos», provocadores de duelos y bebedores de cerveza, representan un papel tan preponderante. También hay en Zurich algunos «cuerpos» cuyos miembros, aficionados á la espada, pasean sus gorritas de colores y sus nobles pechos condecorados con anchas cintas, á través de los salones y corredores de la Universidad; pero ésta, como corporación, desapruueba el duelo de la manera más explícita. Los «cuerpos» son quienes aún oponen cierta resistencia pasiva á la mujer estudiante, y quienes ejercen una venganza verdaderamente terrible: en el mes de Mayo organizan todos los años una fiesta campestre, de la cual excluyen concienzudamente á sus condiscípulas, eligiendo sólo sus invitadas entre las patricias y burguesas de la ciudad baja. Es duro, sin duda, esto para la mujer estudiante; pero tendrá que tomar su partido, y creo que este heroísmo no está por encima de su valor. Pero, por fortuna, esas preocupaciones no son generales: hay en Zurich estudiantes que les hacen justicia y tienen á gala conducirse con ellas como buenos compañeros. Este compañerismo comienza por la igualdad ante la ley universitaria: los estudiantes saben que esas jóvenes han hecho los mismos estudios preparatorios, que á menudo su esfuerzo ha sido mucho más grande; porque estando menos bien trazado su camino, no existe para ellas el carril tan cómodo de seguir. Además, en los cursos y en las reuniones más íntimas (reservadas con el nombre de «Seminario», á la flor de los alumnos), los hombres pronto ven que muchas mujeres les



igualan, algunas les superan, y lo bajo de la escala no está sólo ocupado por mujeres. La igualdad intelectual y científica de los dos sexos, las aptitudes morales de la mujer, su perseverancia, la posibilidad en ella también de un esfuerzo prolongado, todo esto se lo demuestra á los estudiantes de Zurich un ejemplo y una experiencia de todos los días; ven los hechos y las pruebas á cada paso, y en último término tienen que rendirse ante la evidencia.

Al llegar á Zurich, muchos de ellos se formaban una idea muy estrambótica de la mujer estudiante: figurábase la emancipada de todas las conveniencias sociales, una facha rara en el vestir, un ser extravagante, con el pelo corto, el hablar altisonante y un pitillo en la boca. Pero esa caricatura, que en un momento dado existió ciertamente, ya no se encuentra en Zurich. Vense allí, en efecto, seres extraordinarios, pero más bien por su pobreza y por su cara flacucha, que por sus modales provocativos y exageraciones chocantes.

Las mujeres forman casi la tercera parte de la población universitaria: más de 200, entre unos 700 matriculados. Son, sobre todo, numerosas en la colonia más original de Zurich, la colonia ruso-polaca. Nos parece extraña, porque sus miembros son á menudo muy pobres, y por tanto viven de una manera muy económica, como es económico ocupar entre varios una misma habitación, vivir en callejuelas apartadas y en buhardillas, llevar mucho tiempo la misma ropa y no quitársela hasta que ella sola se caiga á pedazos, componerse según las exigencias del bolsillo y no las del gusto; por eso *los y las* estudiantes rusos y polacos tienen á menudo un aspecto particular suyo. Además, sus costumbres nacionales, su educación eslava, su género de vida un poco tártara, asiática, contribuye también á darles caracteres que nos chocan. Por último, muchos de ellos, nihilistas ó socialistas convencidos, ponen en ejecución sus teorías y practican el comunismo de los bienes. Sucede, pues, en la colonia slava, que varios caldean á escote en invierno una de sus habitaciones, y allí trabajan



juntos, comen juntos, toman juntos incontable número de tazas de te y discuten en corro hasta horas muy avanzadas de la noche. Pláceles esa vida de falansterio, esa vida de familia por afinidad electiva; y, lo que es más, encuentran naturalísimo que en ella tomen parte las mujeres estudiantes y sean solidarias de los hombres. Esto mismo es lo que parece extraordinario á nuestros pueblos occidentales; y al honrado zuriqués, que ve á los estudiantes de uno y de otro sexo pasar juntos horas y horas, no le cabe en la cabeza que sólo se ocupen de problemas sociales ó científicos. Evidentemente, siempre habrá en ese número quienes experimenten el uno por el otro algún sentimiento más vivo que el de la solidaridad; pero la mayoría, con exterioridades á menudo caprichosas, forman un pequeño pueblo de gente emperrada en el estudio, de furibundos socialistas, de soñadores y soñadoras tenaces, de apóstoles, en una palabra. ¡Cuántos tienen ya historia, antes de ir á Zurich! Han probado la cárcel y el destierro, se han fugado con nombre supuesto, han corrido peligros, y Zurich es para ellos la tierra prometida. A menudo, cuando asistía yo á las conferencias de economía política, en que estaba siempre completa la colonia slava, al contemplar aquellos perfiles afilados, aquellos ojazos echando sombrías llamaradas, aquellas frentes tenaces, me pregunté cuántas personas de entre aquel auditorio, á su regreso, irían á meditar en Siberia acerca de la libertad, la igualdad y la fraternidad, ó acabarían su existencia en prisiones, ó la perderían en algún motín sangriento. A veces tenían ya cuestiones con las autoridades suizas, á pesar de ser éstas tan tolerantes.

Pero, aun hoy, por más que haya disminuído mucho la vigilancia ejercida contra la colonia eslava, desconfíase en ésta de quienes no son introducidos en ella por gente segura.

Y tienen razón que les sobra. Todos recuerdan aun allí á cierto personaje ambiguo que, inscripto como estudiante, siguió un curso de filosofía dado en el mismo domicilio del pro-



fesor. En la discusión más íntima y más libre, siempre trataba de llevar las cuestiones al terreno político, de conseguir declaraciones comprometedoras, de hacer pronunciar palabras imprudentes. Y entonces, como se habían puesto de acuerdo todos los miembros de la colonia eslava, hombres y mujeres, guardaban tenaz silencio, no tenían ya opinión, y el provocador se quedaba con un palmo de narices.

Por tanto, la solidaridad y la igualdad de los sexos existen ya en la colonia eslava. También van estableciéndose entre los demás estudiantes, masculinos y femeninos. El burgués de la ciudad alta no se escandaliza ya cuando van á visitarse los jóvenes de uno y de otro sexo, salen juntos á dar largos paseos, trabajan juntos, se prestan mutuamente ideas y libros, se tratan como compañeros. Poco á poco desaparece esa estrechez de miras que pretende que no podamos acercarnos unos á otros sin segunda intención y sin dichos galantes, que nos oculta cuanto hay de noble y grande en sencillas relaciones intelectuales. En Zurich, hombres y mujeres pueden desarrollar sus ideas en común, libremente, sin las trabas de una civilización vetusta que nunca ha permitido á la mujer ser quien es, atreverse á discurrir, obrar como le plazca, y afirmar su personalidad. El tiempo que pasé en Zurich es rico en recuerdos de este género. Pronto se efectuaba la selección entre la gente moza estudiantil; á las pocas semanas, ya sabíamos perfectamente quiénes serían compañeros nuestros y quiénes no. Con estos últimos, extricta cortesía y á veces una rápida escaramuza. Con los otros, trabajo intelectual, cambio de ideas y de libros, un apretón de manos dado por una obra, una noticia recibida ó dada, respeto por ambas partes, simpatía, benevolencia, ¡amor, nunca!

¡Cuántas deliciosas veladas han transcurrido así amistosamente, ejecutando música, oyendo las melodías de Schumann y de Schubert, cantando duos, proponiéndose interpretar á Wagner, discutirlo, ponerlo por los suelos ó por las nubes; reconciliarse luego, tomando un excelente café ó te, que los jó-



venes austriacos preparan á las mil maravillas! ¡Ah, esos gratos pisco-labis, para los cuales no tiene la patrona suficientes platos que prestar, en que se preparan huevos revueltos (muy revueltos á veces), en que se come queso con almendras secas! ¡Cuánto se ríe, cuánto se divierte, cuán joven se es allí! Sin embargo, en ello no interviene para nada el amor.

¿Y las excursiones por las cercanías, á través de la verde selva, ese delicioso bosque inmediato á Zurich? ¡Qué grandes caminatas, el día de Pentecostés, por las crestas del Albis! En una gloriosa mañanita de estío, alumnos y alumnas, matemáticos, filólogos, químicos, médicos y filósofos (alemanes, austriacos, americanos), todos salen temprano y pasan el tiempo en caminar de firme, subiendo por la cadena de colinas, desayunando alegres encima de la hierba, charlando de mil asuntos, ¡y tan lejos de las vulgares galanterías! Con toda franqueza, ese bueno y sano compañerismo, ¿no vale mucho más que la actual separación, llena de peligros en el fondo, de dos seres que se completarán tanto más afortunadamente cuanto mejor hayan aprendido á conocerse?

Pero conocerse bien no es obra de unas pocas semanas. Nunca es tarde para que el hombre se convenza de la idea de que la inteligencia y la energía de la mujer, desarrolladas como es debido, en nada ceden á las de ellos; debe persuadirse pronto de que igualmente la interesan los grandes problemas modernos y de la sociedad actual. Hasta es condición para que la respete el acostumbrarse á verla con él en todas partes: en la Universidad, en el Laboratorio, en el Hospital, en las clínicas. Entonces desaparecerá, poco á poco, ese orgullo masculino que reclama el dominio del mundo y de la ciencia para el hombre solo. Mientras llega á realizarse en todas partes esta gran transformación, la Universidad de Zurich contribuye á ella del mejor modo posible. Con los estudios simultáneos de los dos sexos, con los intereses intelectuales compartidos entre el hombre y la mujer, prepara los cimientos de una nueva sociedad, en que los hombres, con la estimación de



las mujeres, hallarán una profundidad de sentimientos que hoy casi ha desaparecido.

Y el compañerismo entrará por mucho en este progreso; el compañerismo, que, lejos de ser un peligro, no podrá menos, por contraste, de apartar al hombre joven de esas mil relaciones hechas y deshechas á la ligera, haciéndole más fácil el trato bajo un pie de igualdad con mujeres honradas y de ingenio culto como el de él. La experiencia ha demostrado que la moralidad nada tiene que perder con eso. Por el contrario, la humanidad recobraría así algo de su inocencia primitiva, un rinconcito del Paraíso donde sería grato vivir. En tanto que llegan á generalizarse estas ideas, realízase en Zurich una labor de grande interés social; y las alumnas de esa Universidad no olvidarán nunca la deuda de gratitud que han contraído con esa *Alma mater* tan bella, tan generosa y tan moderna.

KAETHE SCHIRMACHER.

---

## EL EMPLEO DE LA VIDA.

---

### I

#### LA GRAN CUESTIÓN

Lo más importante en la vida es aprender á vivir. Nada apetecen tanto conservar los hombres como la vida, y nada hay por que menos se esfuercen en dirigirse bien. Lograrlo es menos fácil de lo que se piensa. Dice Hipócrates en el comienzo de sus *Aforismos* médicos: «La vida es breve, el arte es largo, fugaz la ocasión, falaz la experiencia y difícil el juicio.»



La felicidad y el buen éxito no dependen de las circunstancias, sino de nosotros mismos. «Más hombres han debido su ruina á sus propias culpas que á la malevolencia ajena. Más casas y ciudades aniquilaron los hombres que las tempestades y los terremotos.» Dos especies hay de ruina: la que es obra del tiempo y aquella de la cual es responsable el hombre.

De todas las ruinas, la más afflictiva es la del hombre. Séneca lo dijo: el peor enemigo de cada uno está en su propio corazón. «La mayoría de los hombres emplean parte de su vida en labrar la desventura de la otra,» y con harta frecuencia «el ardor de la sangre nos indujo á hacer en la juventud cosas de las cuales se arrepienten en la vejez nuestros huesos doloridos (1).» «Porque de lo pasado y terminado, ni Cloto podría tejer de nuevo la trama, ni Atropos reanudarla (2).» Ámase el hombre á sí mismo con mayor ardimiento que cordura.

Se me acusa á veces de ser optimista. Sin embargo, jamás fingí ignorar, nunca negué los cuidados y fatigas de nuestra existencia. Nunca he dicho que son felices los hombres, sólo pretendo que tienen capacidad de serlo y que si no lo consiguen sólo de ellos es la culpa; que la mayor parte de los hombres más ocasiones de dicha desperdician que aprovechan. Y esta última reflexión es quizá la más triste de todas: «Pues de cuantas frases melancólicas se han escrito ó pronunciado, las más melancólicas son estas: Aquello hubiera podido ser (3).»

Con frecuencia, lo que llamamos un mal, no es sino un bien, del cual no se supo sacar partido ó que se llevó hasta algún exceso. El valor hasta el exceso truécase en temeridad, el cariño en debilidad, la economía en avaricia. Y, sin embar-

---

(1) Lily (autor dramático inglés del siglo XVI.)

(2) Luciano.

(3) Whittier.



go, nunca se ha podido demostrar que una mudanza cualquiera en las leyes naturales fuese un progreso. Un hombre que cae al suelo se rompe una pierna; pero de ahí no se sigue que un cambio en las leyes de la gravedad sería una mejora del estado presente de las cosas.

Los persas pretendían que la felicidad nos viene de Ormuzd, principio del bien, y la infelicidad nos viene de Ahri-man, espíritu del mal. Pero realmente nuestros trabajos son obra nuestra, personal; dimanar de nuestros errores, en el doble sentido de esta palabra — los yerros que cometemos á conciencia y con pleno conocimiento de causa y los no menos numerosos, debidos á la ignorancia.—Respecto á la primera categoría de nuestros errores, llevamos en nuestro corazón una norma infalible de criterio. Si obramos mal, es que nuestros ojos vieron el mal. Si no lo han visto (á menos de haberlos cerrado voluntariamente para no ver nada), no somos reos de pecado, sino sólo de ligereza.

Respecto á la segunda categoría de errores, debemos fiarnos de la razón (de la de nuestros padres, mayores y amigos), de nuestra educación y de nosotros mismos. Nosotros mismos, en parte, somos quienes nos educamos. Todos tenemos por lo menos un discípulo á quien se debe intruir y educar.

Lo que aprendemos por nosotros mismos forma parte más esencialmente de nuestro ser que lo que los demás nos enseñan. Nuestra educación no está terminada cuando salimos de las aulas; apenas si comienza entonces. Dura tanto como la vida. «¡Cuán ventajoso sería ver á los hombres ejercitar su cerebro — dice Séneca — como ejercitan su cuerpo; y tomarse tantas molestias para ir en demanda de la virtud como del placer!»

Hay razas fatalistas. En su concepción del mundo, todo está ordenado de antemano y lo que ha de ser será, consiéntase ó no en ello. Estas razas consideran al hombre como un simple autómeta, juguete de un poder superior. Por tanto, lo que ante todo importa examinar es la cuestión de saber si



existe una ciencia de la vida. ¿Somos capaces de dirigir nuestra navegación á través del oceano del tiempo, ó estamos condenados á dejarnos llevar por las corrientes? La respuesta es clara: «El hombre es hombre y señor de sus destinos (1);» ó á lo menos, si no lo es, sólo á sí mismo debe culparse.—« Seréis lo que ser queráis; pues el poderío de la voluntad, cuando está conforme con la voluntad suprema, es tan grande que todo cuanto seria y firmemente nos proponemos llegar á ser lo conseguimos en efecto (2).»

Por tanto, si así podemos disponer de nuestro destino, tiene la mayor importancia preguntarnos lo que deseamos llegar á ser y cómo nos aprovecharemos lo más posible de la rica herencia de la vida. Hay hombres que tienen un propósito en la existencia y otros que no tienen ninguno. Nuestro primer deseo debiera consistir en sacar de nosotros mismos el mejor y más elevado partido. «Lo que todo hombre debe perseguir en primer término, dice Humboldt, es el desarrollo más completo y armónico de todas sus facultades, á fin de elevarse hasta la expresión más rica y más fuerte de su ser entero;» ó bien, citando una vez más á Juan-Pablo Richter, «conseguir sacar de su Yo todo cuanto esta primera materia contiene». Sin embargo, no debemos obrar así con un fin interesado, ó nos veríamos de antemano condenados á no conseguirlo. Bacon afirma «que ningún hombre puede considerar su triunfo personal como el fin confesable de su existencia». Las almas más elevadas y mejores, Platón y Aristóteles, Buddha y San Pablo, nunca se hubieran contentado con perseguir la perfección sólo para ellos mismos.

Por consiguiente, tendré como cosa admitida que por interés ajeno debemos trabajar en el propio perfeccionamiento; y desde ahora quisiera hacer notar cuán interesante es la tarea que nos proponemos. La máxima familiar γνῶθι σεαυτόν nos ma-

(1) Tennyson. *Enid*.

(2) Juan-Pablo Richter.



nifiesta la importancia y dificultad, á la vez, de conocerse. Dice Montaigne, en su sabroso lenguaje: «No he visto en el mundo monstruo ó milagro más palmario que yo mismo.»

Siempre fué tarea ingrata la de dar consejos. No olvido la triste experiencia del neófito de Nueva Zelanda, «el cual (decía el jefe de su tribu á un misionero) nos daba tantos consejos, que nos vimos obligados á comérnoslo para hacerle callar». Sin embargo, «quienes al principio no quieren aceptar consejos, que nada cuestan, comprarán más tarde muy caro el arrepentimiento (1)». Por eso es mi designio dar algunos consejos útiles á quienes aspiren á llegar á ser ó hacer alguna cosa, á quienes apetezcan sacar de sí mismos y de su existencia el mejor partido posible.

Nada hay más triste que ver con cuánta ligereza desperdicia el hombre las ocasiones que se le presentan. ¡Y cuánta dicha se podría conceder á los demás, si se les hiciese aprovecharse de los bienes que neciamente malgastamos y de los cuales no sabemos aprovecharnos nosotros!

Curad que los placeres sean reales, y no imaginarios. Consentimos en hacer muchas cosas por decírsenos que son placeres. Nos hastiarían si se les diese otro nombre. Muchas personas se convencen de que se divierten, á causa de no ver utilidad ninguna en lo que intentan hacer. Otros parecen pensar que sólo existe el goce de los sentidos. En realidad, los goces del espíritu son á la vez los más exquisitos y los más duraderos.

Descuidamos ó destruimos por aturdimiento nuestro cuerpo, y, no obstante, sólo tenemos uno; y, sin embargo, de su salud depende la sanidad del espíritu. No sabemos aprovechar la mitad de los goces que las bellas artes nos proporcionarían. Pregunto: ¿qué proporción de parisienses ha visitado el Louvre? De igual manera, tampoco nos preparamos para com-

---

(1) Lily.



prender el interés de las ciencias: ¿son muy numerosos los visitantes de museos y colecciones? Gozamos mal de las bellezas de tierra y cielo; sin duda sacamos más partido de la música, aunque menos del que sacarse pudiera; nos jactamos de ser los únicos posidentes de razón, y no obstante, ¡cuán mal sabemos aprovecharnos de esa razón, que tanto nos envanece, para acrecentar nuestra ventura! Hasta pudiéramos preguntarnos (y los filósofos cínicos plantearon el problema) si, habida cuenta de todas las cosas, no es el espíritu una *damnosa hereditas*, un manantial de sufrimientos más bien que de alegrías. Los animales no conocen nuestras inquietudes: «el hombre camina por una sombra vana y se devora en vano.» Nos atormentamos con dudas, terrores, cuidados y ansias; rodéanos por todas partes el misterio, pero es vano sublevarnos contra él.

Empero, aunque sea vana la inquietud, sería peligrosa la indiferencia. Es necesario preocuparnos hasta por las cosas que mejor creemos conocer. El error nos acecha por todas partes. Pero, «á pesar de todos los vicios de este mundo, la Misericordia Divina no ha querido que nos hagamos perversos de buenas á primeras. Necesitamos mucho tiempo y fatiga para perdernos por completo. No caemos desde lo alto de la virtud en un solo día, como Vulcano del cielo (1)».

Y si, prescindiendo del individuo, consideramos la especie humana, ¿no es aún más pasmoso tener que afirmar hasta qué punto descuidamos nuestras ventajas? La humanidad aun puede confesar, como Newton, que nos asemejamos á niños que en la playa juegan, y de vez en cuando recogen una concha más brillante, un alga más curiosa, mientras ante ellos se extiende inexplorado el inmenso oceano de la verdad. No existe ni siquiera una sola substancia de la cual conozcamos verdaderamente las propiedades y los recursos que encierra; trabajamos de la mañana á la noche, y sin embargo si no más *conociésemos* todas las propiedades de la materia y supiésemos em-

---

(1) Sir T. Browne.



plear todas las fuerzas de la naturaleza, es probable que una ó dos horas de esfuerzos nos bastarían ampliamente para proveer á nuestras más esenciales necesidades, quedándonos entonces el tiempo preciso para cultivar nuestro entendimiento y satisfacer las exigencias de nuestro corazón.

Ni siquiera se ha utilizado aún por completo la fuerza del vapor; desconocíanse los usos de la electricidad hace cincuenta años, y apenas si hoy mismo sabemos sacar partido de ella: la potencia motriz de los ríos es una fuerza perdida. ¡Y cuántos dolores se habrían casi evitado al hombre si antes hubiese descubierto los anestésicos! ¡Un tomo no bastaría para todos los ejemplos que pudieran citarse en apoyo de esta tesis! Es imposible dudar de que aún son inminentes mil descubrimientos. ¿No es, por tanto, extraordinario que naciones llamadas cristianas derrochen locamente miles de millones para su común ruina, y luchen como fieras por adquirir una pulgada de territorio, mientras «ante ellos se extiende inexplorado el inmenso oceano de la verdad»?

Hace apenas una generación, admitíase que la mitad de los niños crezcan sin aprender á leer y á escribir. Todavía oímos á menudo censurar hoy el exceso de instrucción. A decir verdad, esta crítica condena, más bien, toda instrucción que no tenga relaciones directas con la vida. Hasta personas hay, si bien pocas en número, que disputan excesivos nuestros gastos escolares. No ven que la ignorancia cuesta más cara que la instrucción. A todos nuestros niños se les dan hoy algunos rudimentos de educación. Pero cabe el derecho de preguntarse (no quiero examinar esta cuestión aquí) si los sistemas que hemos adoptado son los mejores. Me limitaré á hacer notar que parecemos abandonar en demasía la instrucción moral en nuestras escuelas; de ello ha resultado una teoría, la cual parece decir que si no respetáis los mandamientos de la ley de Dios, eso estará mal hecho y vuestros actos harán sufrir al prójimo, pero os proporcionarán la felicidad y serias ventajas, á lo menos en este mundo. Según este sentir, el egoismo,



la avaricia, la intemperancia, la pereza y otros vicios condenables en sí, son, á pesar de todo, un manantial de placer, cuando menos para nosotros. No harán daño sino á los demás; naturalmente, buscarán el goce todos aquellos que sólo en sí mismos piensan; y la virtud y la bondad, cosas nobles y elevadas, traerán consigo el renuncio á las distracciones, aun siendo inocentes, y nos condenarán á una abnegación perpetua.

Pues bien, precisamente lo contrario es la verdad. El vicio goza tan poco del privilegio de no conocer premisa ni ley, que el mismo malvado cae en la peor esclavitud: la de sus pasiones. Sin embargo, mucha gente moza aparenta creer que el vicio tiene algo de viril. Pero el ente más necio y más débiles capaz de tener vicios. La virtud es la verdadera virilidad, y en ella se encuentra la libertad verdadera; la verdadera esclavitud es el vicio. Tal modo de vivir no es envilecedor por ser inmoral; es inmoral porque envilece. Y si por una inconcebible inversión de las cosas el mal se tuviese por bien, no quedarían por eso menos destruídas la felicidad y la paz.

No quiero citar el parecer de los teólogos en apoyo de la tesis de que el mal y el dolor son inseparables. Prefiero invocar el testimonio de un cabal hombre de mundo: lord Chesterfield. Termina una de sus cartas de consejo á su hijo, diciendo: «Tales son las recompensas que la virtud no puede dejar de conseguir, y tales son los caracteres, que es preciso esforzarnos en imitar, si queréis llegar á ser un hombre de bien y un hombre superior: á ese precio se adquiere la felicidad».

Descartes resumía en cuatro máximas sus reglas para conducirse en la vida:

«La primera, obedecer las leyes y costumbres de mi país, guardando constantemente la religión, en la cual me ha hecho Dios la merced de estar instruído desde mi infancia;

»La segunda, ser en mis acciones lo más firme y resuelto que pueda;

»La tercera, proponerme siempre dominarme, más bien que la fortuna;



»La cuarta, emplear toda mi vida en adelantar tanto como pueda en el conocimiento de la verdad».

No son los egoistas, indiferentes ó protervos los únicos que en la desvergonzada persecución de lo que creen ser su interés labran su desventura propia y la ajena. También es preciso reconocer que personas honradísimas y libros excelentes, llenos de buenas intenciones, cometen en el fondo el mismo yerro: confunden la inmoralidad y el placer, describen la virtud como abnegación completa y toman la austeridad por la religión. La Inquisición es un ejemplo extremado de ese concepto. Algunos de los inquisidores eran, sin disputa, hombres llenos de bondad y misericordiosos, pero se equivocaron de medio á medio acerca de lo que constituye la esencia del cristianismo. Diariamente vemos en derredor nuestro buenas personas, convencidas, al parecer, de que todo cuanto es agradable ha de ser por fuerza un pecado; que el verdadero espíritu religioso no es sino austeridad, tristeza y mortificación; que la naturaleza esplendorosa é inundada de sol y de alegría, es una cosa mala y no una bendición, es una tentación del espíritu del mal y no uno de los mayores manantiales de goces á nosotros concedidos por el Autor de todo bien. En dos bellísimos versos dice Cowper: «El camino del dolor, y sólo ese camino, conduce á la tierra donde todo dolor es desconocido».

Y, en efecto, no podemos cruzar la vida sin conocer el dolor. Toda luz proyecta sombra. Sin hablar de las inevitables tristezas que nos imponen los tan estrechos límites de la existencia por la pérdida de aquellos á quienes amamos, es tan compleja nuestra vida, y tan inexperto aún el mundo; comprendemos tan poco las necesidades de nuestro ser, la índole y las propiedades de las substancias y fuerzas que nos rodean, que fatalmente estamos expuestos á sentir muchos dolores y sufrimientos. Pero Cowper declara que sólo el camino del dolor conduce al cielo, como si una vida dichosa aquí abajo debiera por necesidad pagarse con sufrimiento en el otro mundo. ¡Idea completamente errónea, pero que ha hecho padecer



mucho á las almas delicadas, conturbándolas y sumiéndolas en desasosiegos y dudas! Más de un carácter juvenil y alegre ha conocido las penas del remordimiento y háse acusado de la felicidad que debiera agradecer. Y, sin embargo, ¿no es un privilegio inestimable el de poder iluminar con la presencia de su júbilo á todos aquellos que á causa de sus pruebas ó de su mala salud no conocen ya por sí mismos ese venero manantial de luz y de alegría? Cowper distaba mucho de ser un simple puritano. No obstante, su doctrina está saturada del espíritu de aquellos que, según frase de Macaulay, condenan las corridas de toros y las riñas de gallos, no por ser origen de sufrimientos para los animales, sino porque regocijan á los espectadores.

Atorméntanse y se inquietan muchas personas por serles imposible comprender el misterio de la existencia. Sin embargo, el hombre de bien puede á veces irritarse al ver cómo está constituido el mundo, y á veces entristecerse por ello; pero estad seguros de que ningún hombre se ha quejado por eso, si ha cumplido con su deber. Porque dice Séneca: «No hay deber que cumplido pueda dejar de hacernos felices, ni tentación contra la cual no haya remedio.» «No acuses á la naturaleza—dice Milton;—ha cumplido su deber para contigo; cumple á tu vez el tuyo.» Seguros podemos estar de que el Creador no hubiera hecho que la naturaleza sólo regale con belleza á nuestros ojos y con música á nuestros oídos, si al mismo tiempo no fuese su voluntad hacer que nuestro ser entero gozase de ella. «Es casi imposible estimar en su justo valor cuánta paz da el hombre al prójimo y cuánta alegría se procura á sí mismo, dirigiendo bien su existencia propia» (1). Si este siglo (y este es mi sentir) es en verdad el más maravilloso, interesante é ilustrado que la tierra ha visto, demos por ello gracias á nuestra buena suerte, mas no nos atribuyamos su gloria:

---

(1) *Imitación de Jesucristo.*



debemos felicitarnos de que así sea, pero más bien con gratitud que con orgullo.

Por tanto, débese gozar con reconocimiento, y lo más completamente posible, de los innumerables beneficios de la existencia. Pero conviene estar dispuestos á conocer también sus tristezas y cuidados. La vida (ha dicho Walpole) es una comedia para quienes meditan, una tragedia para quienes sienten. En efecto, es á las veces trágica, y harto á menudo raya con la comedia; pero es, aún con mayor frecuencia, lo que nosotros queremos hacerla ser. «Ningún mal, como dijo Sócrates, alcanza al varón sensato, ni en vida ni en muerte.» Con toda seguridad, más á menudo tienen razón los profetas de venturas que los de desventuras. Y, sin embargo, dejamos correr años felices sin darnos cuenta de ello, mientras que saboreamos con lentitud cada instante de tristeza ó de dolor.

No podemos esperar el triunfo de pronto. La naturaleza misma aborta con frecuencia. Pero «no os infléis nunca con arrogancia en la prosperidad ni en la dicha, y no os desesperéis nunca de la felicidad en los días adversos (1).»

Un muy conocido pasaje de la Biblia nos dice: «La puerta ancha y el camino espacioso llevan á la perdición, y hay muchos que por allí entran. Mas la puerta estrecha y el camino estrecho conducen á la vida, y pocos hay que los encuentren.» Pero la conclusión que se saca de estos versículos, me parece á menudo falsa. No se nos dice que el verdadero camino sea más áspero y más difícil de seguir, sino que es estrecho y difícil de encontrar. Sin duda, no hay sino un solo camino verdadero y son innumerables los falsos caminos. Un buque en el mar no tiene más que una sola línea de marcha; todas las demás le alejarían del verdadero puerto donde encontrara el descanso. Pero de ahí no se sigue que ese camino esté más sembrado de escollos y de tempestades que otro cualquiera.

---

(1) Boccio (traducción del rey Alfredo.)



Sin duda es imposible negar que lo malo y lo necio son con frecuencia cosas muy agradables, á veces hasta deliciosas por el momento. Eso sería justamente negar la fuerza de la tentación, lo cual es absurdo. Sólo pretendo decir que, cediendo á esas tentaciones, compramos un placer transitorio á costa de un dolor perdurable, ganamos poco y perdemos mucho, «adquirimos á precio de años de arrepentimiento el goce de una hora.» Y hasta me atrevo á decir (sólo hablo de nuestra existencia terrena) que no alcanzaremos la felicidad sino persiguiendo el bien. Hay más dicha en la abnegación que en el egoísmo.

El buen éxito y la felicidad no son cosas idénticas. Vense á menudo personas colmadas de todos los favores de la fortuna, y que, no obstante, son infelices. Mucho puede la fortuna, empero la voluntad es quien hace estar satisfecho de sus dones. «Mi espíritu es para mí un verdadero imperio: tales son los goces que á cada instante me proporciona (1).»

«No á todo el mundo (se ha dicho con exactitud) le toca poseer riquezas, cargos y honores; pero en poder de todo el mundo está ser virtuoso, generoso y sensato.»

La verdadera riqueza menos consiste en lo que poseemos que en lo que somos. Y todas las ventajas de que disfrutamos traen consigo responsabilidades.

«Nuestra vida presente (dice S. Crisóstomo) no es más que una representación teatral, y los negocios del hombre un drama: pobreza y riqueza, autoridad ó servidumbre y todas las diferencias que separan á los hombres no son sino sus elementos exteriores. Pero después de esta vida terrena, quedarán cerrado el teatro y arrancadas las caretas. Y entonces se juzgará á cada uno según sus obras; no según sus riquezas, ni su funciones, ni sus dignidades, ni su poderío, sino según sus obras.» Esperemos que nuestras obras resistirán la prueba de ese juicio.

---

(1) Dyer.



¿Y cuál será esta prueba? No juzgará lo realizado por nosotros, sino nuestra voluntad de obrar; no tendrá en cuenta nuestro triunfo en la vida, sino sólo nuestro mérito. Y seguramente llegará entonces á ser visible que una vida virtuosa es la única feliz, y que sólo se sacrifican ellos mismos, quienes viven en pecado y en el egoísmo.

«Hijo mío—dice Salomón—(2) no eches en olvido mi enseñanza, y guarde tu corazón mis mandamientos, porque te darán largos días y años de vida y prosperidad.»

## II

### DEL TACTO

Para triunfar en la vida, es más indispensable el tacto que el talento. Pero quienes no lo poseen por naturaleza, muy difícil es que lo adquieran. Sin embargo, puede conseguirse, en parte al menos, teniendo siempre en cuenta los deseos probables de quienes nos rodean.

Nunca desperdiciéis ocasión de causar placer á alguien. Sed corteses con todo el mundo. Decía lady Montagne: «nada cuesta la urbanidad y con ella se compra todo», á veces hasta lo que el dinero sería impotente para obtener. Por consiguiente, esforzaos en ganar los corazones de todos aquellos á quienes encontréis. «Apoderaos de sus corazones, decía lord Burleigh á la reina Isabel, y tendréis la bolsa de los hombres al mismo tiempo que su corazón.»

El tacto vence á menudo allí donde sería impotente el

---

(2) *Proverbios.*



apremio. En la memoria de todos está la fábula de La Fontaine *Febo y Boreas*.

Recordad siempre que es más fácil conducir á los hombres por la persuasión que por la violencia, y que siempre vale más ganárselos que someterlos. «Lo que deseéis conseguir, más fácilmente lo obtendrás con una sonrisa que con la punta de la espada.» (1)

No hay regla mejor en política que la de «no gobernar demasiado».

Proponeos conquistar y, sobre todo, merecer la confianza de aquellos con quienes os tratáis. Muchos hombres han debido su influencia más bien á su carácter que á su talento.

Anticipaos á los deseos ajenos, mientras lo permitan la prudencia y la justicia; pero nunca temáis decir que *no*.

Todo el mundo sabe decir *sí*, aun cuando no todos sepan decirlo con gracia; pero es mucho más difícil decir *no*. Más de un hombre ha debido su ruina á esta incapacidad. Plutarco dice que los habitantes del Asia Menor fueron reducidos á la esclavitud por la única razón de no saber decir que *no*. Pero si es necesario poder á veces negarse, tan necesario es saber rehusar con agrado. Siempre debiéramos proponernos que aquellos con quienes hemos de tratar algún asunto tengan placer en relacionarse con nosotros y gusten de volver á comenzar. En los negocios hay más sentimiento de lo que generalmente se supone; no hay persona ninguna insensible á la benevolencia y á la cortesía. Maneras agradables y cordiales zanjarán á veces un negocio mejor que el dinero.

Casi todo el mundo tiene el poder de agradar, si quiere tomarse ese trabajo. «El deseo de agradar hace generalmente que se agrade; y por otra parte, quien no trate de agradar no agradará» (2).

Si no llegáis á adquirir ese precioso don en vuestra juven-

---

(1) Shakespeare.

(2) Chesterfield.



tud, muy difícil será que lo adquirais más tarde. Más de un hombre ha debido su triunfo en sociedad á las buenas maneras, por encima de las cualidades reales; y, por otra parte, más de un hombre excelente, lleno de bondad y de óptimas intenciones, se crea enemigos á fuerza de rudeza. Además, siéntese un verdadero placer en agradar á nuestros semejantes. Probad á hacerlo, pues no tendréis por ello ninguna decepción.

Estad siempre avizor y con sangre fría.—Es tan necesario tener lúcido el cerebro como ardiente el corazón. — En todo negocio son preciosísimas la firmeza y la sangre fría; con frecuencia, en tiempos peligrosos ó difíciles, les deberéis la salvación.

Jamás debéis menospreciar á quienes están menos bien dotados que vosotros. No tenéis derecho á hacerlo. No es más razonable enorgulleceros de los talentos que de las riquezas que hayais podido heredar. Toda la cuestión consiste en saber en ambos casos si habéis sabido sacar provecho de ello. Por otra parte, no siempre las personas revelan todo el ingenio que tienen. Es más fácil leer en los libros que en las almas. Los ojos son los mejores indicios que consultar. «Cuando los ojos dicen una cosa y las palabras otra, de los ojos se fía todo hombre experimentado» (1).

No os fiéis gran cosa de las exageradas profesiones de interés. Los hombres no se ponen á amar á los hombres de pronto, ni las mujeres á las mujeres. Si alguien á quien conocéis poco hace muchas protestas de buena voluntad, si se muestra harto presuroso en prometer, no tengais ciega confianza en sus promesas. Aun cuando sea sincero, es probable que sus palabras vayan más allá que su pensamiento, ó tiene interés en conquistaros. Por consiguiente, no creais que todo hombre que se declare amigo vuestro lo sea en efecto; tampoco os apresuréis á ver en cualquiera un enemigo.

---

(1) Emerson.



Nos lisonjea el diputarnos por seres razonables é inteligentes, pero mucho se equivocaría quien supusiera que la razón dirige á los hombres. Estamos llenos de incoherencias y extravagancias, y nuestros actos resultan más á menudo de nuestros prejuicios ó de nuestras pasiones. Por tanto, influiréis con más poderío sobre los hombres dirigiéndoos á sus sentimientos que á su razón. Y esto es aún mayor verdad cuando se trata de una muchedumbre.

La discusión es peligrosa siempre. Acarrea con frecuencia disgustos y enfriamientos. Podéis haber dicho la última palabra y perder un amigo, lo cual es más bien un mal negocio. Si os veis obligados á empeñar una discusión, haced las mayores concesiones posibles, intentando probar que se olvida un aspecto esencial del problema. Pocas personas saben reconocer que han quedado derrotadas en una discusión: el sentimiento de la derrota no tiene nada de agradable. Y aun vencido, rara vez se queda convencido. Hasta me atrevo á decir que es inútil intentar convencer por medio de argumentos. Haced valer los vuestros con la mayor claridad y brevedad posibles: quizá consigais quebrantar la certidumbre de vuestro adversario. Esto ya es mucho y todo lo que podéis esperar.

La conversación es un arte. No son los entendimientos más cultivados los que mejor lucen. Sin embargo, sería erróneo afirmar con lord Chesterfield que «son raros los capitanes de infantería cuya conversación no sea más divertida que la de Descartes ó Newton.»

No pretendo que escuchar bien sea tan difícil como hablar bien, pero es un arte casi tan difícil y poco menos importante. No acojais en son de crítica todo lo que oigais. Suspended el juicio, tratad de comprender los sentimientos de quienes os hablan. Si os mostrais benévolo y lleno de simpatía, se os pedirá á menudo consejo y tendréis con frecuencia la satisfacción de saber que habéis dado ayuda ó consuelo á quien tiene un pesar ó un cuidado. No esperéis ser advertidos si sois jóve-



nes. Escuchad en silencio y mirad todo lo que pasa; los espectadores son quienes mejor siguen las peripecias de un combate y podéis ver tanto mejor cuanto que no sois vistos. Esto es casi poseer el anillo de la leyenda, que hacía invisible.

Para ahorrarse la fatiga de pensar, tarea muy penosa para la mayoría de los hombres, se os concederá el valor que pareceis concederos vosotros mismos. «Sólo se vale en este mundo lo que se quiere valer» dice La Bruyère.

No os creéis enemigos: es la peor de las adquisiciones. «No respondas al loco según su locura, por temor á no volverte semejante á él (1).» Acuérdate de que «una respuesta dulce sosiega el furor», pero hasta una respuesta irritada vale más que la burla. De cada diez hombres, nueve preferirían que digan mal de ellos y hasta se les haga, más bien que verse ridiculizados. Todo lo olvidan más fácilmente que eso.

Más grato es engañarse que desengañarse. Un ateniense, Trasilao, perdió la razón: en su locura, creía que todas las naves del Pireo eran suyas. Curado por Críston, dolíase con amargura de haber sido robado por él.

No estéis dispuesto siempre á creer que se os falta á la consideración ó que se mofan de vosotros, como Scrub en la comedia: «Estoy seguro de que hablaban de mí, porque se reían á mandíbula batiente.» Y por otra parte, si se ríen á vuestras expensas no mostréis por ello ningún enojo. Reíos de buena voluntad con los otros, si os es posible; obrando así sólo podéis salir gananciosos. Todo el mundo gusta de quienes saben reirse de una broma á costa suya, y con justo motivo; porque eso es prueba de buen humor y buen sentido. Si sois los primeros en reiros de vuestras ridiculeces, los demás se reirán menos de ellas.

Sostened con valor vuestras opiniones. Es cierto que alguien se burlará á veces de vosotros, pero esto no os hará

---

(1) *Proverbios.*



daño ninguno. No hay ridiculez en presentarse como se es verdaderamente; lo ridículo consiste en aparentar lo que no se es.

Sed francos, aunque guardando cierta reserva. No habléis mucho de vosotros mismos, ni en pro ni en contra, pero admitid que los demás hablen de sí propios cuanto en gana les viniere. Si lo hacen es que les agrada, y os querrán tanto más cuanto con mayor gusto les escuchéis. De ninguna manera vayais á demostrar á las gentes que son unos imbéciles ó no tienen sentido común, á menos que á ello os obligue vuestro deber; no les faltaría razón para dolerse. Puede muy bien acontecer que sea falso vuestro juicio: en ese caso tendrán de vosotros la opinión que de ellos tenéis, y con justo título.

Burke dijo un día que le era imposible dirigir una acusación general contra una nación entera, y nada hay más necio ni más injusto que atacar á toda una clase ó profesión. Los individuos olvidan ó perdonan algunas veces, las sociedades nunca. Además, hasta los individuos perdonarán con mayor facilidad una sinrazón que un insulto.

Nada infiere una herida más dolorosa que el ridículo. Nunca lograréis vuestros propósitos indisponiendo contra vosotros á las gentes y ridiculizándolas.

En sus conversaciones con Eckermann, hace Goethe un elogio de los ingleses: «Su manera de presentarse y conducirse en sociedad está tan llena de aplomo y de soltura, que en todas partes parecen los amos y que el mundo entero es de ellos.» Eckermann responde: «Sin embargo, yo no afirmaría que esos jóvenes ingleses de Weimar sean más inteligentes, instruidos ó afectuosos, que estén mejor dotados que los jóvenes alemanes.»—«Mi buen amigo, no se trata de eso, replica Goethe. Tampoco depende del nacimiento ni de la riqueza. Lo que les distingue es el valor de ser como la naturaleza los ha hecho. No hay en ellos nada incompleto: son seres completos. A veces son unos necios completos, lo concedo de todo corazón. Pero esto mismo ya es algo y tiene su importancia.»

Sed pacientes en todos vuestros negocios y empresas. Más



de un hombre prefiere que le oigais con atención lo que os dice á conseguir lo que os pide; más de un adversario ha cedido cansado de luchar. Sobre todo, nunca os encolericéis; ó, de todas maneras, sabed dominaros y callaros.

«Reprime tu ira y déjate de arrebatos; no te irrites, á lo menos para hacer mal;» porque «una respuesta dulce calma el furor, pero las palabras duras excitan la cólera (1).»

Nunca os pongais donde estéis de más, pues no falta sitio en otras partes. «¿No tengo tres reinos?—decía Jacobo I á una mosca.—¿Por qué has de colocarte en mi ojo (2)?»

Hay personas que parecen tener el don de decir siempre lo que no convendría. Aluden continuamente á cosas que despiertan en nosotros recuerdos dolorosos ó diferencias de opinión.

Ninguna ciencia es más necesaria que el conocimiento de los hombres. Importa muchísimo poder decidir con cordura, no sólo si debéis fiaros ó desconfiar de tal ó cual hombre, sino hasta qué punto y en qué relaciones le podéis otorgar vuestra confianza. Sobre todo, es preciso escoger los colaboradores de manera que sus tareas les convengan y ellos sean aptos para las mismas.

«Si no tenéis confianza en alguno, no lo empleéis; si lo empleais, tened confianza en él (3).»

Más á menudo hay motivo para fiarse de las gentes, que para desconfiar de ellas.

La confianza debe ser plena, pero no ciega.

Sed siempre discretos. Sabed callar. Si sois parlanchines, no os extrañe que los demás lo sean. «La boca del sabio está en su corazón, y el corazón del necio está en su boca, porque lo que sabe ó piensa lo dice en voz alta (4).»

(1) *Proverbios.*

(2) Selden: *Conversaciones de sobremesa.*

(3) Confucio.

(4) *Proverbios.*



Haced uso de vuestro ingenio, consultad siempre á vuestra razón: dista mucho de ser infalible; pero podrá evitaros muchos errores.

Dicen que la palabra es de plata y el silencio de oro.

Muchas personas hablan más bien por ganas de hablar que por abundancia de ideas. La palabra debiera ser más bien un ejercicio del ingenio que de la lengua; la charla, hasta la afición á hablar, perjudica para el buen éxito. «Vense arrastrados los hombres, en el calor de sus discursos, á decir mucho más de lo que pensaban decir. Y esta volubilidad excesiva y esta incontinencia de palabras es causa de innumerables males y disgustos (1).»

Dice La Bruyère: «Gran lástima es no tener bastante talento para hablar bien, ni juicio suficiente para callarse.»

Cuenta Plutarco que cuando en una Asamblea preguntaron á Demarates si callaba por estupidez ó por falta de palabras, respondió: —Un necio no sabe callarse. «¿Ves á un hombre aturdido en sus discursos? (dice Salomón). Más puede esperarse de un necio que de él.»

Nunca tratéis de probar vuestra superioridad. Pocas cosas irritan más á las personas que el darse cuenta de que son inferiores.

No seais demasiado absolutos en vuestras afirmaciones. Puede acontecer que os equivoquéis, á pesar de vuestra certeza; la memoria nos juega á veces malas pasadas, y á menudo se engañan nuestros oídos y nuestros ojos.

Con frecuencia, nuestros prejuicios más gratos carecen de fundamento sólido.

Y, además, aunque tengais razón, no perderéis nada en no decirlo muy alto.

En la acción, tampoco estéis nunca demasiado seguros de vuestros negocios; nunca descuidéis ninguna ventaja. Acordaos del refrán: «De la mano á la boca se pierde la sopa.»

---

(1) Butler, *Sermones*.



Todo le sale á punto á quien sabe aguardar; y cuando se presente la ocasión, cogedla por los cabellos. «El que no quiere cuando puede, no podrá cuando quiera (1).»

Si dejáis perder la ocasión, ya no la encontraréis otra vez.

«Hay una marea en los negocios humanos. Aprovechadla, y su flujo os llevará á la fortuna; desperdiciadla, y todo el viaje de vuestra vida lo haréis entre escollos y desventuras. Con tal marea navegamos hoy; preciso será seguir la corriente mientras es favorable, ó arriesgarnos á perderlo todo (2).»

Sed prudentes, pero no con exceso. No tengais sobrado miedo de equivocaros. «El que no quiere errar nunca, jamás podrá intentar nada.»

Vestid siempre con esmero: puesto que nos vemos obligados á vestirnos, merece la pena de hacerlo bien, pero sin pretensiones. Sin embargo, no gastéis en ello demasiado tiempo ni demasiado dinero; pero que vuestros vestidos sean fuertes. Es difícil exagerar la importancia que al vestir se concede. Por ello juzgan la mayoría de las personas, y muy á menudo no tienen otro criterio sino el de las apariencias. Por otra parte, si manifestais abandono y descuido en vuestra persona, hay derecho á pensar (aunque muchas veces sea erróneo este juicio) que seréis negligentes en todo lo demás.

Cuando estéis en sociedad, estudiad las personas cuyas maneras os choquen por agradables. Porque «las buenas maneras son una carta abierta de recomendación»; «las maneras son algo para todos, y todo para algunos.» «El mérito y la instrucción no se granjean los corazones, pero los fijan una vez conquistados. Atraed ante todo las miradas por vuestro aspecto, por vuestra manera de ser y de obrar....., y no dejará de interesarse á su vez el corazón (3).» Todo el mundo puede ver y oír; pocos hombres tienen discernimiento. La sociedad

---

(1) Proverbio inglés.

(2) Shakespeare.

(3) Lord Chesterfield.



---

no es más que un teatro; todos representamos algún papel, y todo el mundo sabe que la suerte de una obra depende de cómo la representen los actores.

Las Gracias no son menos útiles que las Musas para la vida. Todos sabemos cómo «hay quien puede robar impunemente un caballo en el campo, mientras que otros no tienen derecho á mirarlo por encima del seto (1)».

¿Y por qué, sino porque el uno sabe la manera simpática de arreglárselas y el otro no sabe más que desagradar? Dice Horacio que la Juventud y Mercurio (dios de la elocuencia) son impotentes sin el auxilio de las Gracias.

SIR JOHN LUBBOCK.

Traducción del Dr. Luis Marco.

---

(1) Proverbio inglés.



# CRÓNICA INTERNACIONAL.

---

Masones y jesuitas.—Libertad de todos y para todos.—Un aniversario del mes de Marzo.—Aparición de la Comunidad revolucionaria en París.—Incidentes gravísimos de tal movimiento, que merecen recordarse.—Instructivos ejemplos.—Crímenes de la demagogia.—Nueva política presidencial en los Estados Unidos.—Aspecto favorable que toman los asuntos de Cuba.—Dificultades en la cuestión de Filipinas.—Triunfos en esta isla también.—Sucesos europeos recientes.—Entrevista del Presidente del Consejo británico y del Ministro de Relaciones exteriores francés.—Cuestiones de Oriente.—Folleto de Gladstone.—Actitud de Alemania.—El emperador Guillermo y la futura escuadra.—El festejo á Guillermo I.—Cuestión de Creta.—Reflexiones.—Conclusión.

## I

Un día en las Cortes lo dije, y lo repito ahora en la *Revisita*: yo nunca fuí masón, aunque siempre republicano, demócrata, liberal; y aunque me creo muy católico, nunca pertenecí á ninguna cofradía religiosa, y menos á cofradías jesuíticas. Pertenecí al partido demócrata histórico primero, y luego al partido republicano conservador: nunca perteneceré á otros partidos, nunca. Ningún asunto, pues, de mi ánimo tan alejado, como la materia masónica, por creerlo yo un asunto arqueológico, propio de disquisiciones eruditas, impropio de hojas ó periódicos diarios. Pero, con ocasión del caso



más triste hace tiempo acaecido á nuestra patria, la insurrección filipina, se ha por tal modo agitado el espíritu público al soplo de las ideas reaccionarias contra el masonismo, que creo de mi deber la publicación, que haré pronto, de un estudio concienzudo del sistema y de la secta, durante la centuria en que su influjo enseñoreó la política, durante la centuria última, para demostrar que si en aquella época fué progresivo y revolucionario, en esta época es conservador y gubernamental. Cuando yo era muchacho, pues comencé á meter por el mundo ruido fragoroso de muy joven, remitiéronme desde Méjico un diploma historiadísimo, año 56, en el cual se me nombraba no sé por quién, grado treinta y tres de la Orden masónica, y no solamente lo rehusé, dejé de acusar á los remitentes el recibo, descortesía no justificada, pero sí explicable por la copia de mis trabajos, los cuales en mi pobreza me han impuesto una faena diaria, un jornal, mejor dicho, de diez horas continuas, sólo interrumpidas los domingos y fiestas de guardar. No lo he dicho nunca; mas hoy, que viene á cuento, lo digo: jamás acepté, no ya puesto alguno, ni siquiera sencillo ingreso, en la masonería; primeramente porque se lleva un pedazo de libertad individual cada sociedad á que uno pertenece, y después porque mis ideas pecaban de sobrado radicales para compadecerse con las conservadoras propias de los masones. Un filósofo, Krausse, para que no pierda otro, redujo toda la filosofía histórica desde fines del siglo décimosexto hasta nuestros días á la siguiente ley: combate mortal entre la masonería y el jesuitismo. Con efecto, el jesuitismo, apoderado de casi todas las monarquías católicas en el siglo décimoséptimo, tuvo en la filosofía racional un enemigo público y en la Orden masónica un enemigo secreto, los cuales acabaron por dar en tierra con su poder externo, aunque jamás hayan podido concluir con su misteriosa influencia. Profesando la Orden de Jesús el dogma de la libertad y de la responsabilidad personal, denominado libre albedrío, frente al bárbaro dogma casi mahometano, frente al dogma viejo agustino, que opuso Lutero á las obras católicas,



dogma llamado de la predestinación y de la gracia; profesando la Orden de Jesús, decía, el libre albedrío, principio de toda buena política, nunca ciñó sus actos á sus ideales, y protegió cuanto pudo á los reyes absolutos, y cuanto pudo contribuyó al asolador absolutismo. Reyes jesuítas fueron, política jesuita sustentaron en el siglo décimoséptimo los reyes que complataran la expulsión de los judíos con la expulsión de los moriscos en España; los reyes que hicieran la triste y abominable restauración estuarda en Inglaterra; los reyes que dirigieron y capitanearon las dragonadas, perseguidoras de los hugonotes y sus familias, repitiendo tras la revocación del edicto de Nantes las expulsiones nuestras de judíos y moriscos en Francia; los reyes que derramaron, oponiéndose á los caudillos de la revolución religiosa, un diluvio de sangre, y mantuvieron la exterminadora guerra de los Treinta célebres años, entre quimancias de astrólogos y cábalas de jesuitas, en Alemania. Pero, como allá van leyes donde quieren reyes, cual en la Edad Media, los reyes santos del siglo décimotercio, San Fernando, San Luis, se convirtieron en los reyes diablos del siglo décimocuarto, Don Pedro el Cruel, Don Pedro IV de Aragón, Don Pedro de Portugal, Don Carlos el Malo de Navarra; en la última centuria los reyes jesuítas del período anterior se convirtieron en reyes masones, Luis XV, Carlos III, José de Austria, el discípulo de Pombal, y hasta el grande Federico de Prusia. Y estos reyes masones, ó filósofos por otro nombre, partieron en guerra contra los jesuítas y lograron disolverlos, excepción hecha del más racionalista entre todos que, les abrió sus Estados. Pero los jesuítas, despedidos por la puerta grande, volvieron á los palacios reales por las ventanas chicas, mientras los masones, metidos bajo tierra por las persecuciones jesuíticas, surgieron al goce de la libertad, y tomaron carta de ciudadanía bajo las leyes revolucionarias, de tal manera que hoy pertenecen á la Orden masónica los primeros estadistas y los primeros monarcas de nuestra monárquica Europa. Yo, puesto en la triste alternativa de optar entre los jesuítas y los



masones, optaría siempre por estos últimos, aunque nunca fui masón, pues reaccionarios unos y conservadores otros, yo estoy por los conservadores, como estoy por los liberales frente á los conservadores, como estoy por los republicanos conservadores frente á los liberales monárquicos. Mas como quiera que masones y jesuítas estén por lo general en pugna, y quieran unos á otros proscribirse, yo no estoy por la proscripción de nadie y predico para los jesuítas y para los masones la libertad que á unos y á otros, y á todos, es debida en el humano derecho.

## II

Todos los comunistas en toda Europa celebraron el dieciocho de Marzo como aniversario de la Comunidad de París el año setenta y uno. Recordemos este aniversario. Apenas conocemos la historia de nuestros días. Así no nos extrañan y sorprenden reuniones como las celebradas en este mes de Marzo por los jornaleros comunistas en todas las ciudades europeas. ¿Qué conmemoran estas reuniones? La Comunidad de París. Era la mañana del 18 de Marzo de 1871. París se hallaba envuelto en el sudario de una de esas nieblas que semejan finísima lluvia. Antes de que el grueso de la población se hubiera lanzado del lecho á la calle, en pos de sus trabajos ó de sus distracciones, veíase pasar, rozando casi con las paredes, cubiertos con sus capotones grises, pálidos por lo general y malhumorados, gran golpe de gente en armas, soldados de línea que subían á duras penas las alturas de Montmartre y de Chaumont. Restos de los ejércitos del Loira, vencidos en cien batallas y prófugos de cien derrotas, martirizados por el frío, estenuados por el hambre, descontentos de sí mismos y aún más descontentos de sus jefes, con esa rabia y esa inquina contra todos y contra todo, que tarde ó temprano sugiere la



desgracia en los ánimos vulgares; podía fácilmente adivinarse que aquellos seres más valían para servir á una desesperada rebelión, que para obedecer al Gobierno constituido y para salvar el orden público. ¿Dónde iban? Iban, principalmente, á las alturas de Montmartre. ¿Y á qué iban á las alturas de Montmartre? Iban á recoger unos cañones que la Guardia nacional pretendía ser cosa suya y el Gobierno pretendía reivindicar como cosa del Estado. ¿De dónde provenían estos cañones? Napoleón III no tenía más títulos, para aspirar á la dominación de su patria, que los títulos de gloria militar, adquiridos por el ciclópeo fundador de su dinastía en cien batallas. Su advenimiento al trono era una terrible amenaza, su cetro un sable, su timbre un águila voraz, su política un combate, su excusa única y su justificación suprema la reconquista de las antiguas fronteras y el engrandecimiento material de Francia. En esta necesidad parecía natural que hubiera provisto á la defensa de su imperio, y sobre todo de la capital de ese imperio, murada y circuida por un hombre puramente civil como Thiers. Pues nada hizo. Al comenzar el sitio de París se hallaron los muros y los fuertes sin la dotación indispensable á la defensa de una plaza.

### III

La Guardia nacional, aguijoneada por tantas proclamas y tantas frases, ebrias de retórico heroísmo, comprendía que el entusiasmo no puede luchar á ciegas con la ciencia, y demandaba artillería y más artillería para sus venideras salidas y para sus formidables combates. La fabricación de los cañones, fabricación antaño estancada, se declaró completamente libre. Inmensas suscripciones se abrieron para forjar baterías y repartirlas entre los Guardias nacionales. El músico dió con-



ciertos, el pintor cuadros, el jornalero soldadas, el capitalista oro, las compañías dramáticas sus mejores funciones, los circos sus más vistosos espectáculos, las cortesanas sus más ricas joyas, hasta los niños sus juguetes para procurar cañones, ametralladoras Krups, á los desinteresados defensores de la independencia nacional. El célebre pintor realista, Courbet, que pretendía vincular en sí toda la estética de la revolución, dió una Conferencia sobre arte y con el producto de la Conferencia compró un cañón. El *Siècle*, el periódico representante de las ideas republicanas en las clases medias, compró baterías enteras. Pero ¡ah! que mientras acumulaban con el trabajo y con el tiempo medios de defensa, consumían, con la voracidad propia de un inmenso pueblo de dos millones, todos los medios de subsistencia. Cuando acumularon cañones, no tuvieron víveres. Y sin alimentación necesaria, les era imposible, no ya luchar, pero ni siquiera existir. París cayó, París se rindió; y quedaron en manos de la Guardia nacional inmensos materiales de guerra, gran parte intactos, vírgenes, como adquiridos á las vísperas mismas de la entrega. ¡Oh fatalidad! Estos instrumentos de guerra no sirvieron para la lucha nacional, é iban á servir para las luchas civiles; no salvaron el honor é iban á traer el deshonor de Francia; no escupieron la muerte sobre los invasores, é iban á escupirla sobre los mismos franceses; como si todavía no estuviera bastante castigada la nación, que, de Sibila del progreso, puesta por la Providencia en la sublime trípode donde se oían los oráculos de lo porvenir, se había precipitado, desciñéndose su corona de verbena, en la mancebía de los Césares.



## IV

Llegado el armisticio, pactóse que la Guardia nacional de París conservara todas sus armas, y entre sus armas estaban naturalmente sus cañones. Fué necesario apurar la horrible afrenta de que el prusiano pasara por la ciudad, y á fin de impedir todo conflicto y alejar toda tentación, separaron los cañones de su vista, y los condujeron á plazas apartadas de París, que se transformaron de esta suerte en verdaderos parques. Estas plazas, en su mayor parte, se hallaban allá en los barrios de la democracia más roja, quien, exaltada, febril, delirante, soñaba siempre con las guerras, como si la guerra no fuese la muerte de los pueblos, la vida de los Césares. Desde los primeros días del armisticio, guardaban grandes patrullas de la Guardia nacional estos cañones. Cuando les decían que aquella guardia era completamente inútil; que, ajustada la paz, los cañones se hallaban condenados á una ociosidad forzosa, mostraban las llanuras de Saint-Denis, y los cascos prusianos relucientes todavía al sol de las batallas. Pero, en efecto, aquellos parques al aire libre, aquellas baterías en las plazas, aquellos cañones en las calles, no apuntaban á los extranjeros; eran los cráteres de la guerra civil, abiertos en las calles mismas de París.

## V

El Gobierno propuso que los cañones pasaran de los parques improvisados á los parques oficiales. Estaba en su derecho. No puede vivir un Estado, si ese Estado no responde por



sí de la seguridad general, y no puede responder de la seguridad general si no tiene directa ó indirectamente en sus manos la fuerza pública. Y si aquellos cañones amenazadores no entraban de lleno en poder del Gobierno, decididamente no existía el Gobierno de hecho. Así, mezclando la energía con la prudencia, dirigíanse las tropas del Estado en la madrugada del 18 de Marzo sigilosamente á tomar las alturas de Montmartre y á retirar los cañones. Ya las habían tomado á hora bien temprana. Ya habían puesto su mano sobre aquellos instrumentos de discordia. Sólo faltaba descenderlos y encerrarlos. ¿Cómo no verificaron esta operación sencillísima? Por una de estas infinitas torpezas que se cometieron allá en los proemios de la guerra extranjera y que debían repetirse aquí en los proemios de la guerra civil: por habersele olvidado los atalajes y caballos necesarios á la empresa. ¿Se concibe tamaño descuido? ¿Se concibe que fueran á tomar unos cañones y olvidar los medios de tomarlos? ¿Se concibe que no llegara ni aun á ocurrírseles cuánto necesitaban salir airosos en la empresa, y para salir airosos en la empresa cuánto necesitaban los atalajes necesarios al arrastre y á la conducción de los cañones? Continuaremos.

## VI

La tardanza, descrita en el artículo anterior, provocaba la intervención de la muchedumbre; y la intervención de la muchedumbre lo perdía, lo malograba todo. No hay pluma capaz de describir la irritación á que llegara el pueblo de París. Convencido profundamente de haber sido entregado, por todas partes imaginaba ver señales de negra traición, sombras misteriosas de espías. Sus gobernantes traidores, sus generales traidores, sus diputados traidores; la nación sólo había en-



gendrado hijos espúreos, capaces de venderse y de venderla por el más vil precio, por amor al mal, por el gusto de la deshonra y de la infamia. Un quinqué iluminado que luciera al través de los cristales; un chal rojo que cualquier dama se echara sobre los hombros; las verdes alas de un papagayo agitando por lo alto de una ventana; la seña expresiva y la ojeada de un amante á su amada; éstas y otras cosas, más baladíes aún, eran tomadas por señales convenidas con los prusianos, encaminadas hacia cualquier conjuración espantosa, negra traición á la República y á la patria. Pues los espías eran aún más frecuentes y pasaban por trances más peligrosos. Hablaban los rubios en voz alta, para que su acento francés y su perfecta entonación parisién los libertara de cualquier emboscada. Pero si, por casualidad, el rubio se distrae y se calla, se embebe en su pensamiento, se identifica con la tristeza natural de los tiempos y de los sucesos, corre peligro de ser sorprendido en la calle, golpeado, puesto á buen recaudo en obscura prisión, bajo duros comisarios de la molesta policía francesa. Dos rubios se encuentran cierto día y se toman mutuamente por sendos espías alemanes. Apenas esta idea cruza por la inteligencia de cada cual, se echan uno á otro mano, y cayendo y levantándose, llegan hasta la próxima brigada de Guardias de la ciudad, que, persuadida de su pura inocencia, los despide entre generales carcajadas. Pero hay tragedias horribles. Pocos días antes de la siniestra fecha en que la Comunidad revolucionaria fuera constituída, desfilaba la Guardia nacional ante la columna de la Bastilla, sobre cuya cima todavía despliega en los horizontes de París sus áureas alas el ángel de la libertad. Los festones de inmortales que caían de la altísima columna; las banderas rojas, que tendían por todas partes sus purpúreos reflejos; el concierto armónico de las músicas; el paso y desfile de los batallones de la Guardia nacional, perfectamente equipados; los coros gigantescos del pueblo, repitiendo las estrofas de *La Marsellesa*; el oleaje hirviente de la multitud; las graciosas cabezas de tantas mujeres como adornaban las ven-



tanos y sonreían á los soldados del pueblo, daban al momento aquel un aspecto de alegre fiesta, en que se espaciaba el alma, hasta entonces oprimida, de la gran ciudad. ¿Quién hubiera dicho que tanto placer iba de súbito á mancharse con un crimen horrendo? Un italiano, llamado Vicentini, anotaba en su libro de memorias los números de los batallones que trascurrían por la plaza. De pronto grita una voz: ¡Es un prusiano, un prusiano! Al punto mil voces siniestras repiten: ¡Es un prusiano, un prusiano! El italiano sabe lo que aquellas palabras significan, sabe que equivalen á una sentencia de muerte, pero de muerte horrible, infligida por una cruel muchedumbre tomada de delirio. Y la emoción, que sus temores le inspiran, atribúyenla los energúmenos á remordimientos, y creen que revelan el crimen, existente sólo en su odiosa malicia. «Es un *sergent de ville*, disfrazado;» dicen unos. «Al agua, al agua;» gritan todos. Hay un resto de fuerza pública que todavía protege la inocencia contra la mayor fiera que puede encontrarse en el mundo, contra una muchedumbre desbocada. Pero los pilluelos de la calle, que se gozan en el mal ajeno; los borrachos, á quienes la embriaguez da ideas lúgubres; las depravadas mujeres, caídas desde la delicadeza y la ternura de su sexo en la crueldad más implacable, horribles furias, descendientes de las antiguas calceteras de la guillotina; toda la hez moral de las grandes ciudades se remueve, y husmea con el avizor olfato del tigre ó del cuervo la carne chorreando calurosa sangre; y se agolpan contra las culatas metiéndose entre las bayonetas, para llevarse y repartirse en pedazos su inocente presa.

## VII

Aquellas gentes con sus rostros demudados, sus bocas espumosas, sus ojos relampagueantes y siniestros, sus gritos discordes, que semejaban á rugidos de león y á maullidos de



tigre, sus vociferaciones de cólera y de odio, ponían espanto hasta en los más habituados á ver los desórdenes y los excesos de los pueblos. Por los parapetos del Sena se amontonaban y pedían cada vez con más ardor la muerte de la pobre víctima. Parecía que las turbias aguas reclamaban aquel humano sacrificio. Parecía que serían de ver los estremecimientos de aquel cuerpo lanzado á la corriente, su lucha desesperada con la asfixia, sus esfuerzos por recoger el aire último de la vida y por libertarse de las aguas, su defensa rabiosísima, sus estremecimientos epilépticos, su siniestra agonía y su espantosa muerte. ¡Ay! Entre veinte mil almas que en aquella gran plaza se agitaban, ninguna se estremecía de compasión y de dolor. ¿Se han tristemente empedernido las entrañas? ¿Han muerto los humanos sentimientos? ¿El hombre enloquecerá á veces hasta ahogar todo cuanto tiene de ángel y conservar cuanto tiene de fiera? Parecía que aquella muchedumbre era impetuosa como el torrente, ciega como el rayo, fatal como la peste; una calamidad de la naturaleza física, y no un elemento del mundo moral. Algunos cazadores, que parecían más compasivos, demandaban para el amenazado un privilegio: la facultad de saltarse él mismo, por su propia mano, la tapa de los sesos. Pero se había decretado una muerte más terrible, y cumplieron el decreto. En el muelle de Enrique VI lo cogen, lo atan, le pasan una cuerda por brazos y piernas, á fin de que no pudiera moverse, y lo lanzan, como una piedra, al Sena. Cuando aquel lívido rostro alguna vez aparecía en la superficie, le arrojaban arena, guijas, pedradas, maldiciones. Dos horas duró aquella terrible agonía, cuyo relato da aún escalofríos de horror, y en dos horas no brilló ni un relámpago de conmiseración, como si la humanidad inmortal hubiera muerto en el hombre.



## VIII

Pues una muchedumbre á tal extremo dementada y febril, veía ya los cañones, que imaginaba de la Guardia nacional, en manos de las tropas de línea. Si la operación se hace á la hora convenida, no se corre ningún peligro. Pero el general Lecomte esperó cuatro horas, cuatro largas horas los atalajes en vano. Y hubo tiempo de sobra en las cuatro horas para que la población del barrio advirtiese el hecho y se lanzase á las calles. La generala suena por todas partes; la consigna revolucionaria vuela de boca en boca; las armas vibran; los guardias nacionales se reúnen; las mujeres y los niños se dirigen á los soldados, ya con súplicas, ya con imprecaciones. Aquellos soldados, heridos por sus anteriores derrotas, fatigados de la espera y de la tardanza, recién sacados del pueblo, respetuosos ante París y los parisienses, cuando ven aquel oleaje de la muchedumbre, que ora los acaricia, como si quisiera mecerlos en sus brazos, ora les amenaza con estrellarlos, y de todas suertes les comunica vahidos y vértigos, en que pierden la cabeza y flaquean los corazones, lejos de oír las órdenes de su general, encaminadas á impedirles el paso, levantan las culatas y se dispersan por todas partes. El pueblo coge aquellos inofensivos fusiles, los traslada de mano en mano hasta entregarlos á los jefes del movimiento, y arrastra á los soldados á la taberna, á pagarles en libaciones su triste indisciplina. No hay cosa más terrible que ver la tropa de línea dispersa, desorganizada, entregando los fusiles, desciñéndose de sus señales de jerarquía y de grado, para embriagarse en las tabernas y perderse en los motines. Todo el mundo los veía descender de las alturas de Montmartre, y de Chaumont, de Belleville, al centro de París, confundidos con el pueblo, saltando,



riendo, ébrios de alegría como de vino, y todo el mundo comprendió que la insurrección estaba triunfante, que la Comunidad revolucionaria estaba urdida, que París, después de haber permanecido aislado durante cinco meses del resto de Francia por una selva de bayonetas, iba á aislarse moralmente en la zarza abrasada de una revolución demagógica.

## IX

Mientras tanto, el general Lecomte, á quien sus soldados no habían obedecido, firme en su puesto, sin abandonarlo ni al momento último, cayó en manos de las muchedumbres. Condujéronle á varios puestos por largas calles de amargura, escupiéndole, insultándole, pobre mártir del deber, ilustre víctima de los desenfrenos populares. En el mismo barrio de Montmartre, calle de Rossiers, núm. 6, casa rodeada de ameno jardín, donde altas lilas florecen, lo encerraron para juzgarlo y condenarlo en medio de aquella fiebre de los ánimos, ponzoñosa completamente á la conciencia, la cual, perturbada así, es incapaz de todo juicio y de toda justicia. Soldados sin disciplina, franco-tiradores dispersos y refugiados en París, aventureros sin oficio conocido, guardias nacionales ebrios, clubistas delirantes, demagogos sin responsabilidad, toda esa hez que se ocultaba en las entrañas de la ciudad recién sitiada, toda esa hez salida al olor de la revolución, rodeaba á Lecomte dentro de la improvisada prisión, y le maldecía con toda suerte de improperios, le atormentaba con golpes, mientras las furias de aquel Averno, las mujeres más perdidas del barrio, desde la ventana pedían á gritos su muerte; y un tribunal anónimo, desconocido, sin mandato, sin autoridad, se congregaba para cumplir expeditivamente el fallo atroz de tan ciegos y enconados odios. En esto, cuando más implacable



y más cruel aquella plebe se mostraba con su inocente é inermé víctima, las puertas se abren y aparece un anciano de cabellera y barba blanca, de aspecto venerable, de aire militar, vestido sencillamente de paisano, y arrastrado al infame hervidero de tantas cóleras por una turba desarrapada y en desorden. Era el general Clemente Thomas, republicano antiguo; enemigo irreconciliable de los Bonapartes durante todo el tiempo de su imperio; partidario de la política de Cavaignac, igualmente conservadora y democrática; comandante de la Guardia nacional en las terribles jornadas de Junio de 1848, y por lo mismo, el que más duras lecciones había dado á los socialistas en armas; de alto cargo militar durante el sitio y severísimo con todos los gárrulos de las reuniones públicas, prontos á correr y á dispersarse en la batalla; blanco de odios inveterados, antiguos, estallando en aquella siniestra hora de delirio. Llevado de su acendrado patriotismo, de su instinto militar, salió de paisano, puesto que ningún destino militar á la sazón desempeñaba, para ver la guerra de sus aficiones y de sus hábitos, la guerra en las calles; y conocido por sus innumerables contrarios, es atado y puesto á disposición del improvisado tribunal de las venganzas. Los dos generales se encuentran unidos en el mismo cuarto, amenazados de la misma muerte, sin esperanza, no ya de misericordia, pero ni siquiera de justicia.

## X

Los gritos horribles de aquella multitud desenfrenada contrastaban con la serenidad de los dos mártires. Parecía que los perseguidos, los atenaceados, los cercanos á la muerte eran los verdugos, según los gritos horribles que daban y los epilépticos estremecimientos que les sacudían. La sed de san-



gre había llegado á convertirse en una verdadera demencia. No escuchaban más que la voz de su odio, no veían más que el blanco de su cólera. Algunos guardias nacionales habían logrado establecer débil barrera entre los generales y sus perseguidores, barrera que á cada momento cimbreaba al empuje de la muchedumbre. Cierta oficial garibaldino, vestido con su blusa roja, sube á una de las sillas del jardín, ordena un redoble de tambor, impone silencio y pide á la multitud que forme un consejo de guerra para entender en el crimen de los dos prisioneros y castigarlos en justicia. Pero la multitud no quiere dilaciones: proceso largo, acusación razonada, defensa inmediata; quiere oler la pólvora, oír los tiros de las descargas, ver desplomarse á sus dos enemigos atravesados por las balas, abrirles luego las entrañas y buscarles el corazón para exprimir su sangre humeante sobre la dura tierra. En pos del garibaldino, viene un oficial francés que pide aplazamientos. Aquellos furiosos se lanzan sobre él, le asen fuertemente, le maltratan, le arrancan las insignias de su dignidad y de su mando. Ya no había resistencia posible: la cruel sentencia iba seguidamente á cumplirse por los mismos que la habían dictado en la ceguera de su cólera.

## XI

Los amotinados rompen la valla, entran en el apartamento, mandan salir primero al general Clemente Thomas en medio del patio. El valeroso veterano sale sereno, erguido como si fuera á pasar una revista. A los primeros pasos una descarga cerrada le alcanza y le hiere. Aunque la sangre cae de su cabeza y mancha su gaban gris, ni una señal de dolor en su fisonomía, ni una contracción en su cuerpo; dando la espalda á la pared y la cara al tumulto, se mantiene de pie sonriente,



ante la muerte que le estrecha ya en sus huesosos brazos. El único ademán que hizo fué defender con la mano izquierda su rostro de las balas, y la única palabra que profirió fué un supremo viva á la República. Por fin nuevas descargas lo alcanzan; setenta balas lo acribillan, y cae del lado derecho. Cuando ya está muerto, extinto, aquella muchedumbre todavía le insulta y le golpea; todavía da puntapiés á sus restos mortales; todavía le rompe á culatazos los huesos. El general Lecomte oía la terrible tragedia que pasaba en el patio. Sus últimos instantes fueron todos para la familia. Llamó á un capitán de línea que estaba allí preso con él y le entregó el dinero que llevaba encima, y le recomendó que viera á su mujer idolatrada, viuda en la juventud, á sus cinco pequeñuelos, en la primera infancia huérfanos. Estos momentos, acompañados por la algazara de los infames y el ruido de las descargas, fueron momentos de ese dolor cuya intensidad no cabe en el humano pecho, y cuya expresión á su vez no cabe en la humana palabra. Sale al jardín, y algunos militares le saludan instintivamente. Él contesta al saludo con rigurosa etiqueta militar. De pronto, un tiro le hiere en las piernas y le obliga á caer de rodillas. Lo levantan, lo empujan, lo acercan al cadáver de su camarada, le obligan á mirarlo para ennegrecer más sus últimos instantes, y lo rematan con diez balazos.

## XII

Después que hubo terminado el sacrificio, la muchedumbre se espantó, se aterró de su propia obra. Todos los actores de aquella tragedia se dispersaron á los cuatro puntos del horizonte como huyendo de sí mismos. Sepulcral silencio reinaba donde antes reinara la estridente algazara. No se veía pasar ni un alma por aquel sitio de desolación y de maldiciones. Al-



gunos, ó tocados en el corazón ó argüidos por la conciencia, se acercaron al cuarto donde estaban los restantes presos y les dieron suelta. La noticia corrió por París, causando general asombro. Volvían los tiempos del terror y volvían agravados. Al cabo, entonces rara vez se dejó á las muchedumbres que se ensañaran así. Muchos crímenes se cometían; pero se cometían por tribunales visibles, responsables, con forma de juicio. Pero aquella multitud desordenada que había cogido dos generales por caso fortuito, los había encerrado en la primer habitación que le vino en mientes, y allá, sin forma de juicio, entre alaridos dignos del infierno, los había inmolado acribillándolos de balas y luego ejerciendo en sus restos las más innobles venganzas; aquella multitud, francamente aparecía como un monstruo, tanto más temible cuanto más irresponsable y anónimo. Una de las víctimas, Lecomte, era un general muerto en el cumplimiento de su deber. La otra víctima era un liberal de arraigadas convicciones, un republicano de toda la vida, un perseguido de los Bonapartes, un desterrado del 2 de Diciembre, como para enseñar que aquella muchedumbre detestaba más á quien había contribuído á emanciparla y redimirla. Ya hubo en este momento un comienzo de reacción. Las gentes se asustaban al verse á merced de aquellas turbas irresponsables, muchas de ellas dirigidas por mujeres furiosas, á quienes el hambre había trastornado el juicio y había inspirado una crueldad inexplicable. Alguna vez habréis visto depositar en despoblado los restos de caballerías ó de otras alimañas. Inmediatamente que los abandonais, los perros vagabundos, los lobos hambrientos, los cuervos y los buitres se juntan y los devoran. Pues lo mismo pasaba en las calles de París durante el sitio y después del sitio. Aún no había caído un caballo en la calle, cuando salían súbitamente, cual si á manera de los cuervos vinieran por los aires, toda suerte de siniestras figuras humanas, trémulas de terror, pálidas de hambre, á repartirse el festín de carne y sangre, con la misma voracidad y los mismos rugidos que las alimañas carniceras en los desiertos.



Así habíanse acostumbrado las gentes á las matanzas y á la crueldad que las matanzas traen consigo. Y la guerra y la desgracia concluyeron por sumergir en tinieblas espesas la conciencia. Y París se encontró abandonado, á merced de todas aquellas pasiones hirvientes. Y vino una de esas épocas en que parecen disolverse y disiparse las sociedades humanas. Y el reinado de la Comunidad fué una fiebre que comenzó por los asesinatos y concluyó por los incendios. Y se demostró una vez más que la demagogia no puede dominar jamás por largo tiempo, y que sus efímeras orgías sólo sirven para eclipsar la libertad y para deshonar la República. Pero, dejémonos de añejos recuerdos y vamos á la política diaria.

### XIII

Los españoles que han tratado de poco amigo nuestro el Mensaje presidencial americano, por omitir nombre tan resonante como el nombre de Cuba, deben rectificar este criterio, haciendo para ello una operación intelectual muy sencilla: referir consecuencias á premisas y poner las afirmaciones en series. Si Mac-Kinley hubiese asegurado lo por él dicho desde una cátedra universitaria ó desde un sillón senatorial, podrían creerse abstractos sus pensamientos y dirigidos á satisfacciones de conciencia y no á su consiguiente aplicación efectiva. Mas como los haya dicho desde altísima sede, que le compromete á cumplirlos y realizarlos, debemos juzgar el documento como anuncio de muy realizables hechos, no como exposición de muy buenas ideas. Dice desde la presidencia el jefe de los Estados Unidos una serie tal de afirmaciones, que no puede ponerlas en duda ni la superstición más pesimista. Diciendo cómo no quiere guerra ninguna, dice cómo no quiere guerra con España. Diciendo cómo guardará estricta neutralidad, también dice cómo la guardará en los asuntos espa-



ñoses. Su oposición á todo aumento de territorio, condena la codicia de tantos y tantos yankees como apetecen el territorio de Cuba. Sus afirmaciones categóricas en el cumplimiento de la neutralidad, le comprometen á observar leyes bien claras por su texto, y bien vigentes por su fuerza en los Estados de la Unión. Su promesa de remitir todo conflicto al juicio entre árbitros, ahuyenta las obsesiones promovidas por el recelo de una guerra exterior, y nos asegura la consagración del esfuerzo nacional reconcentrado al saludable término y acabamiento de la rebelión interior. Yo sé muy bien cómo debilita los propósitos del Gobierno americano la copia de aventureros existente, por necesidad, allí donde abordan innumerables náufragos sociales, llegados en busca de libertad para sus inquietas personas, que se han malherido chocando en las restricciones europeas; pero, con aparecer débil todo Gobierno federativo, aún tiene mucha fuerza y autoridad el Gobierno americano.

#### XIV

Mucho lo facilita y arregla todo el estado político de Cuba, que debemos ver con satisfacción los españoles, y muy especialmente nosotros, los demócratas. Aquel antiguo partido autonomista, demasiado radical y demasiado teorizante para la obra de aplicación al gobierno del ideal, obra indispensable hoy en Cuba, se ha disuelto, entrando de lleno en el período evolutivo, con su aproximación al reciente pero necesario partido reformista, cuyo carácter, como su nombre indica, no pasa de la reforma progresiva y de la evolución mesurada. Los partidos adolecían en Cuba de un mal gravísimo: aparecer y presentarse allí, no como agrupaciones políticas de más ó menos importancia, empeñadas en la contradicción legal



que sana y robustece, como bandos armados, entre los cuales no existe una relación de competencias ó emulaciones legítimas, sino de guerra exterminadora por sus resultados é implacable por su naturaleza. Resueltos los defensores de la esclavitud negra y de la dictadura militar á mantener allí con uñas y dientes sus infames instituciones absolutistas; facciosos, más que conservadores, indujeron á los liberales y demócratas, con sus dogmas y con sus ejemplos, á ser, viendo tal resistencia insuperable, á ser autonomistas, cuando no rebeldes. Hoy, merced al sabio cumplimiento del ideal, graduado y medido, así como al discurso continuo del tiempo creador y divino, los temperamentos belicosos se han trocado en pacíficos temperamentos; á las utopias autonomistas han sucedido las reformas legales; el medio ambiente, miasmático, se ha purificado mucho y no exhala de su seno las exaltaciones ó fiebres antiguas; y se nota la pacificación de los ánimos, precursora de la pacificación de aquellos combatientes, convenciéndose todos, aun los alzados en armas, de que la soberanía española en nuestra grande Antilla, soberanía incontrastable y eterna, sirve á la paz como á la libertad.

## XV

No puedo comprender, no comprenderé yo jamás, aunque lo juren frailes franciscos, según decimos en castellano, la invasión del espíritu de partido en las cuestiones que afectan al suelo español y á su integridad por las cinco partes del mundo, sobre cuyos espacios se hallan esparcidos los restos cuantiosos de sus antiguos dominios. Los españoles nos reunimos con facilidad en la defensa de nuestro suelo y en el ataque á la extraña irrupción; pero nos dividimos en moléculas y átomos siempre que se trata de la política y de su aplicación al



gobierno y al Estado. ¿Por qué no habíamos de hallarnos tan unidos en lo más conveniente para la gobernación del archipiélago filipino, como estábamos unidos en la defensa, por todos los medios imaginables, de las, un día no lejano, amenazadas Carolinas? Pues muy sencillo: porque la cuestión del archipiélago filipino es una cuestión interior, nuestra; fué una cuestión exterior la cuestión del choque con Alemania por las Carolinas. Embargan más hoy la mente de todo político pensador, y el corazón de todo patriota honrado, las soluciones encaminadas á prevenir los futuros levantamientos de Filipinas, que las soluciones encaminadas á prevenir los futuros levantamientos de Cuba. En ésta, con el criterio democrático y su aplicación al problema, basta y sobra. Como, después de abolir la trata en el mar antillano, abolimos la esclavitud en ambas Antillas, y después de abolir la esclavitud en una y otra, llamamos estas dos porciones del territorio á gozar de nuestra Constitución y á poseer voz con voto en nuestras Cortes, ahora las hemos llamado al gobierno de sí mismas, por lo cual creo en Dios y en la patria que todo está, junto á la propensión favorable hacia nosotros del Gobierno americano, y al empuje y la resistencia de nuestro heroico soldado, se acabarán pronto allí la rebelión y la guerra.

## XVI

Pero, en Filipinas ¡ay! no resulta la solución á dar con tanta facilidad. De un lado hay mucha diferencia entre un verdadero continente de Imperios, como el continente asiático, y un verdadero continente de Repúblicas, como el continente americano; mucha diferencia entre un indo-chino como el tagalo y un español hecho y derecho por habla y por sangre y por historia, como el cubano; en segundo lugar, el



criterio democrático puro no puede aplicarse á regiones y á razas que pasan por un estado psíquico muy semejante al que tenían las razas amarillas antes de resplandecer en ellas el sacro numen de Buda. Los fetichistas en religión, pertenecientes á tribus por afinidades fisiológicas, no ya son incapaces de comprender la idea superior en que se animan las instituciones democráticas, las mismas ideas, por sencillas y fáciles que quieran dársele, del Cristianismo, cuya igualdad no puede caber en una cabeza organizada para percibir la idea de casta y cuyo espíritu divino no puede adaptarse á quien pide y necesita un ídolo. Sin embargo, si es imposible darle, como quieren allí cierta clase de gente, la completa libertad, hay que ponerlos en el camino de conseguirla y de practicarla, como pone la madre al niño que su pecho mama, en disposición de obtener más nutritivos y fuertes alimentos; pues debemos creer, según la religión y la política y la filosofía nuestras, en la fundamental unidad del género humano, á que todos pertenecemos.

## XVII

El general Blanco se propuso, en mi sentir, una política de este género, que, sin dejar de mostrarles á todos el látigo, mostrase con los sumisos y quietos cierta indispensable consideración. Pero, apenas hubo puesto por obra semejante sistema, se desataron en su contra las pasiones políticas opuestas á toda transigencia y le destituyeron del mando y gobierno. Yo ví una falta en el general más grave, la cual apunto, para descargo de mi conciencia y prueba de mi justicia. Blanco hizo mal manteniendo la guerra en una isla como la isla de Mindanao, si bien declarada por su antecesor, lo cual disminuye su responsabilidad particular, cuando todo el archipié-



lago estaba en paz y todo nuestro ejército en su puesto, y una guerra tan distante, amén de divertir fuerzas y perturbar ánimos, costaba carísima y descomponía el equilibrio de los presupuestos coloniales, produciendo daños económicos y levantando agitaciones morales, á cuyos estragos había de suscitarse por necesidad una rebelión. Los musulmanes de Mindanao son irreductibles, por lo cual no hay que ojearlos en sus guaridas mientras respeten nuestros establecimientos; y los jesuitas, inspiradores de la guerra, buenos para el tiempo en que fueron por aquellas regiones, para la mitad primera del décimoséptimo siglo, ahora son demasiado ultramontanos, y como tales, tienen su metrópoli, no en España ciertamente, sí en Roma; y por su carácter aventurero y mercante, así como por su absorbente y exclusivo imperio, donde quiera que van suscitan enemigos implacables así entre los clérigos regulares como entre las órdenes monásticas.

## XVIII

Pero, dicho esto, hay que aprobar la conducta de Blanco, mostrándose compasivo con rebeldes estraviados, é intentando, más que castigarlos, corregirlos. Pero no aprobaron esta política de misericordia los frailes filipinos, é impelieron á una política de rigor, la cual política, impuesta desde aquí por palaciegas maniobras y frailunas intrigas, costaba el poder á Blanco, general de mucho ánimo y de mucho talento. Mandaron para sustituirlo al general Polavieja, y como todo el pueblo creía que este mando brotaba de otras iniciativas que la peculiar del Presidente mismo, todo el pueblo estimaba cualquier advertencia del Gobierno á su natural subordinado, acre censura y no meditada orden. De aquí otras intrigas y otras cábalas, aunque opuestas y con opuestos fines, á las que



derribaron al general Blanco, idénticas en su naturaleza. Pidió Polavieja, cuya competencia y cuyo valor no pueden dudarse por nadie que sea justo, refuerzos hace días y se mostró remolón el Gobierno en expedírseles, no por enemistad con el general, por escasez de recursos, explicable y mucho, en las dificultades consiguientes á dos acerbísimas guerras; y al ver le faltaban recursos, el general presentó su dimisión, motivada por la justa causa de una exacerbación aguda en su enfermedad crónica del hígado. Y ahora, como se le haya hecho saber cuán indispensable sea la presencia del general en su puesto y cuán decidido está á su vez el Gobierno á fortalecerle con recursos en todo, y el general se queda, retirando su dimisión, todos creen se venía por disidencias con el Presidente y se queda por consideraciones á la Reina. Cosa esta grave, cuando se trata del Gobierno, que necesita unidad, y mucho peor ante una insurrección tremenda colonial. Pero al fin la enfermedad del general no era un pretexto, era un fundado motivo, y el general se vuelve después de habernos reconquistado Cavite y habernos concluído casi la guerra. Gloria y aplausos á él.

## XIX

Con esto y con todo, la guerra de Filipinas va, como la guerra de Cuba, cada día mejor, gracias al heroísmo de nuestro soldado, el primero de la tierra, según declaración unánime de cuantos conocen y practican el arte militar en Europa. Sin embargo, negra nube asciende por el horizonte, los tristes amagos ó prodromos de una insurrección carlista. Varias conmociones excesivas con motivo de recientes aniversarios; continuos abusos en el ejercicio de preciosos derechos, como el de reunión y de imprenta, por nadie tan exagerados como por los que se proponen perderlos; alguna partideja, se-



mejante á un tiro que se adelanta, escapado en cualquiera armada empresa, traen las gentes á mal traer, creídas por cierto de que nos amaga esta calamidad nueva. Yo no la temo tanto como la opinión, y espero habrán de mirar mucho los carlistas antes de intentar una temeridad así. Por ningún lado se ve asomar la República hoy; pero se asomaría, indudablemente, si nuestra extrema izquierda recibiese refuerzo tan poderoso como una rebelión en la extrema derecha. Yo espero en Dios que pronto se acaben las dos guerras, y, consagrándonos á impedir su renovación en lo sucesivo, cicatrizaremos tantas heridas y abriremos un período de progreso económico, asegurando entre nosotros la paz, la democracia, la libertad por siempre para todos.

## XX

Una variedad tan rica de múltiples hechos, como los que vemos en Europa desarrollarse hoy, difícilmente pueden reducirse á espacio breve, ni en serie lógica natural clasificarse. Por el hispánico lado asoman albores de paz con victorias de nuestro ejército, así en Oriente como en Occidente, y por lado de Francia é Inglaterra se asombran y obscurecen mucho, no los horizontes materiales, de suma vívida luz, los horizontes morales, obscurecidos por los procesos del Panamá y del Cabo. Las competencias entre los Parlamentos alemanes y el emperador, un poco suspensas en el júbilo suscitado por los festejos á la memoria de Guillermo I; los roces, por no decir combates, entre las grandes potencias y la Grecia irredenta; el bloqueo amenazador al territorio ático y corintio, complemento del bloqueo ya declarado á las riberas cretenses; las amenazas de guerra que imbuyen los soldados turcos y los soldados helenos mirándose frente á frente allá por los desfiladeros de Thesalia, que lazo de unión creyeran los diplomáti-



cos de Berlín, y resultan ahora pomas de discordia; las elecciones itálicas y austriacas, tan reveladoras del estado interior de uno y otro pueblo; los curiosísimos debates sobre la política universal mantenidos en los dos Parlamentos de París y Londres, componen cuadros tan vastos y ofrecen hechos tan diversos, que no pueden reducirse á un común denominador, como los números quebrados, ni sistematizarse bajo la unidad superior de un soberano pensamiento, como los términos de un teorema. Sin embargo, resalta entre todos estos hechos la visita del presidente Salisbury al ministro de Estado francés, porque anuncia una grande aproximación entre dos naciones tan libres y tan civilizadas como Francia é Inglaterra. Ya tenemos verdadera sazón para que una y otra comprendan cómo las ideas son superiores á los intereses para unir los pueblos y desistan á sus sendos requerimientos de amistad con Alemania la una, con Rusia la otra. El despotismo y la libertad no se aligan fácilmente. Los déspotas querrán siempre una santa alianza; los pueblos una progresiva confederación.

## XXI

Poniendo aparte, y omitiéndolos, así los procesos del Panamá como los procesos del Cabo, por sobradamente sabidos, y porque levantan indignaciones en la conciencia y ascos en el estómago, iremos á los demás sucesos políticos y los examinaremos con la indispensable rapidez que nos imponen lo breve del espacio y lo apremiante del tiempo. Por más que hagan los Gobiernos europeos, aun aquellos, tan universalmente apreciados como los Gobiernos de Inglaterra, Italia y Francia, no comprenderá nunca la inteligencia colectiva de nuestra continental opinión, que Grecia, en trance de combate se halle con Turquía y puedan verla pelear y morir indiferentes los que la crearon y la produjeron entusiastas. En primer lugar



aboga por Grecia el esplendor etéreo de su nombre y el recuerdo épico de su historia, porque la humanidad aprecia mucho sus títulos de secular nobleza y ama los pueblos inspirados, autores de su dominación sobre la materia; y en segundo lugar deponen contra su amiga, contra Turquía, las matanzas de Armenia, los tormentos de Anatolia, el chisporroteo de los incendios en que se han abrasado cien pueblos y la cristiana sangre vertida por ella con la frialdad de los matarifes en las carnicerías, como si las criaturas humanas fueran reses. Luego se ha oído una gran voz que no puede clamar nunca en el desierto, la voz de Gladstone. Y esta gran voz resuena en unos oídos con acentos de profeta, por la elocuencia de quien la emite, y en otros oídos con acentos de político, por la experiencia del gran orador y repúblico. Así ha dañado mucho al concierto europeo contra Creta, que Gladstone haya dicho ser Grecia un cuerpo muy pequeño con un alma muy grande, y Europa un cuerpo muy grande con un alma muy pequeña; amén de observar cuánto peligro corre la estabilidad continental, dirigida por dos pilotos, tales, cuales el inexperto emperador de Rusia, muy ayuno de ciencia humana, y el neurótico emperador de Alemania, cuyas salidas de tono y cuyos arrebatos de carácter consternan á todo el mundo. Y hay motivos de consternación en verdad. Y estos motivos son nada menos que una guerra de salida muy dificultosa, por haberse Creta resuelto á su incorporación real con Grecia, como las islas jónicas lo están, y querer Turquía, no solamente conservar un dominio nominal, remacharlo materialmente con muchos y muy férreos golpes.

## XXII

El emperador Guillermo ha tomado con exaltaciones de tribuno la situación de Grecia. Inglés por su madre, no parece



un alemán á la moderna; parece un sajón de los que juraban por la integridad completa del Imperio turco en Dios y en su alma. Tanto más se muestra devoto del califato cuanto menos afectos humanos revela el califa. Este otoño último, si llegaba la noticia de un levantamiento en Turquía, visitaba la persona del embajador otomano con esa inquietud propia de su temperamento nervioso. Al saber lo de Creta, su amistad por Hamid rayó en fanatismo. Los cortesanos le podrán creer un genio; pero su genio sólo se muestra en el desorden de los nervios, quienes, muy tirantes, parecen estallar y quebrarse á la sacudida de cualquier emoción profunda. Hermano de la heredera del reino helénico, ni le olvida, ni le perdona el cambio de su religión protestante, religión de pura substancia germánica, por el culto griego, culto asiático y oriental. Así aparece hoy entre los soberanos el predilecto de Abdul-Hamid, imposibilitado de buscar el arrimo y la sombra de Inglaterra. Y como predilecto del Sultán, está furioso con su hermana, ignorando sin duda ser menos cristiano amparar á un reciente Nerón del Cristianismo, como lo ampara su autoridad imperial, que cambiar de rito dentro del Cristianismo, como al amor del marido y del pueblo suyos ha cambiado la heredera del helénico trono. Y algún pensamiento de importancia escarabajea por la inteligencia imperial, y algún móvil de misterio impele su corazón, cuando propone ó imagina escuadras y más escuadras, sin acordarse del presupuesto, y menos de que vota ese presupuesto el Reichstag. Y para el aumento de las escuadras se mueve como un azogado y se vale de cuantos medios pueden procurarle aquella influencia moral congruente con su enorme poder político. Un día se va por los mares en demostración de que la sangre normanda le hierve atávica en el corazón, como hierven las olas en el mar. Otras veces pronuncia largas conferencias parecidas á salmos presbiterianos, en defensa del oficio marineró. Ya en los pasillos del Congreso expone cuadros sinópticos reveladores de la inferioridad naval de Alemania para con ellos reconvenir y avergonzar á los diputados; ya



expide su hermano Enrique, su hermano almirante, á la tribuna del Congreso, con ánimo de que recuerden á todo el mundo su actitud y su mirada oceánicas los deberes de Germania para con los mares. En vano le dicen espíritus reflexivos ser ante todo Alemania un pueblo de tierra firme y adentro, como los alemanes una especie continental por excelencia. En vano le muestran cómo para numerosas escuadras se necesitan largas costas con colonias numerosísimas, y no tiene Alemania ni costas, ni colonias. En vano le recuerdan cómo ha debido trastocar los proyectos sobre Zanzibar con los peñascos de la Heligoland, y cómo en sus escarceos por el imperio africano, ha tenido que tropezar con ingleses, con lusitanos, con todo el mundo. Parecido á la prole del célebre Aviz en Portugal, de quien decía Martins que se iba como los patos al agua, por engendrada en reina de sangre inglesa también, el emperador Guillermo y el almirante su hermano Enrique se van derechos al Atlántico. Pero el Reichstag les echa un lazo á los pies como si quisiera cazarlos, y los derriba en tierra con sólo negarles aquellos recursos indispensables á cumplir sus imperiales fantasías. Y se revuelven airadísimos contra la Cámara, diciendo que renuevan los diputados aquellos tiempos en los cuales, de haber convenido su abuelo con las economías parlamentarias, no fundara nunca el imperio alemán. Su abuelo tenía tres ministerios providenciales: primero, fundar la unidad interior alemana; segundo, destruir el antiguo imperio austriaco; tercero, tomar su desquite de Jena. ¿Qué ministerios debe desempeñar Guillermo II en mar parecidos á los ministerios desempeñados por Guillermo I en tierra? Luego, su abuelo era la circunspección en persona, la pía razón, el silencio y el cálculo reunidos, por lo cual se reservaba mucho, se movía poco, deliberaba consigo en secreto, reconociendo el derecho divino de las almas superiores y ajustando á consejos dimanados de una superior inteligencia su pensamiento con su voluntad.



## XXIII

Los debates parlamentarios acerca del concierto europeo, y las elecciones, así austriacas como itálicas, son otros magnos negocios que absorbieran todo el interés público durante la segunda quincena de Marzo. Respecto de las elecciones, en uno y otro comicio se ha visto crecer mucho la marea socialista y bajar el elemento conservador. En Austria, con el socialismo, enfermedad connatural á nuestro tiempo, se une y suma el antisemitismo, enfermedad propia de los tiempos medioevales, como sugerida por las envidias al capital y por los fanatismos religiosos. Y en Austria y en Italia, y en Inglaterra y en Alemania, en todas las grandes potencias, excepto Rusia, se han discutido los problemas orientales por los Parlamentos, donde los Parlamentos están abiertos, y por la opinión donde los Parlamentos están cerrados. La oposición abierta con lo existente, ó sea el idealismo dogmático y las creencias exaltadas, están por Grecia, en el naturalísimo empeño de resucitarla y de verla rediviva, deseo y afecto heredados por nuestra generación de sus predecesores y maestros, todos filohelenos. Pero los Gobiernos deben mirar las cosas de otra suerte que las miramos nosotros, cuando se conciertan y se convienen á una en guardar, bajo apariencias más ó menos engañosas, la unidad y la integridad del imperio turco, por temor á que un descoyuntamiento nuevo traiga por esta vez la guerra universal. Da grima oír hablar del imperio turco íntegro, y luego ver cómo le quitan pedazos por todas partes, y constituyen sobre tales fragmentos reinos y reinecillos sin número y sin medida, y entregan á cualquier vecino unos tro-



zos, como pueden á un perro entregarse piltrafas en los cerce-  
nes y despojos de res recién cogida y descuartizada. Creta  
misma, por cuyo ayuntamiento con el imperio turco se porfía  
y se pugna y se bombardea y se incendia y se mata, como  
en las edades carniceras del mundo, está perdida por siempre  
para Turquía. El Gobierno autonómico está decretado para  
ella, y no hay más dificultad sino que los Gobiernos quieren  
su autonomía bajo la risible advocación nominal del Sultán, y  
los cretenses desean anexionarse pura y simplemente á Gre-  
cia. Proponen unos para la isla de Minos el gobierno dado á  
la isla de Samos, independiente y libre, aunque de nombre  
dependa del imperio turco. Pero la Constitución de Samos se  
parece á la Constitución de Halepa, escrita para los cretenses;  
y esta Constitución igualitaria no le ha probado á Creta como  
le ha probado á Samos la suya. Y le prueba mucho á Samos  
su Constitución, porque todos los isleños, muy unidos, perte-  
necen á la Cristiandad allí de antiguo, mientras pertenecen  
los isleños de Creta, muy divididos, al Evangelio y al Korán.  
Así, nada más fácil que se volvieran las tornas, y los turcos  
opresores apareciesen ahora oprimidos, y los griegos opri-  
midos apareciesen ahora opresores, cuando se trata de conce-  
der á todos la igualdad, base fundamental de los humanos de-  
rechos. Creemos que los ingleses han arreglado mejor Chipre;  
y este arreglo nace del principio suyo de variedad colonial,  
aplicado á cada región, raza y zona, en la dispersión por los  
mares de sus innumerables dominios. Han dado una Constitu-  
ción turca por completo á los turcos y una Constitución cris-  
tiana también á los cristianos, amparándolos á todos bajo las  
fuertes alas de una completa y humana libertad religiosa. Se  
puede pensar en la destrucción del imperio turco, cual se han  
visto las destrucciones de tantos y tantos imperios, como el  
antiguo alemán, como el moderno francés; pero no puede pen-  
sarse, no, en el extrañamiento de razas y en opresiones insu-  
fribles, mientras reconozcamos todos el derecho á la vida en  
los hombres y el derecho á la profesión pública de sus peculia-



---

res creencias. Cuando existan los organismos necesarios á componer una grande nacionalidad, hay que reconocer esta nacionalidad, como en Grecia; pero donde no existan, hay que hacer coexistir las razas, no bajo el férreo yugo de un despótico Sultán, en amplia y libre y progresiva confederación.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 31 de Marzo de 1897.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

---

**La popolazione e il sistema sociale**, por F. S. Nitti. Un vol. 205 págs. Roma 1894. L. Roux y Comp.: 3,50 liras.

**La population et le systeme social**, por F. S. Nitti, profesor en la Universidad de Nápoles, etc. Trad. franc. Prefacio de René Worms. Un vol. 276 págs. de la *Bibliothèque sociologique internationale*. París, t. V. Giard et E. Brière, editores, 1897, su precio 5 francos.

La obra del laborioso y distinguido director de la *Riforma sociale*, autor celebrado del *Socialismo católico* (1), Sr. Nitti, se publicó hace dos años en italiano, y ahora ve la luz pública, vertida al francés, con un prefacio sobre *Sociologie et demographie* del Sr. Worms. La edición francesa ha sido completada y perfeccionada. Desde el punto de vista general filosófico, la obra del Sr. Nitti es una feliz y muy acertada aplicación del método inductivo, basado en la observación histórica, á la economía social: representa una perfecta conjunción de la sociología y de la economía, con la ayuda de las investigaciones y de las inducciones realistas. Por otra parte, revela el autor, no sólo lo que ya conocíamos, su pasmosa erudición relativa á los asuntos que trata, sino una gran habilidad científica para el manejo de la observación histórica.

Comprende el libro dos partes. La primera, consagrada á

---

(1) Trad. esp. del Sr. Dorado, con un prólogo de A. Buylla. Un vol.



la exposición de las teorías acerca de la población, no se circunscribe sólo á la mera indicación cronológica de las mismas, sino que fiel, como dice el Sr. Worms, á la idea de que los sistemas no son sino una emanación de los hechos, y que, por tanto, se hallan siempre impregnados de las preocupaciones reinantes en el medio social ambiente, hace la exposición de las teorías, explicándolas por sus causas, esto es, por los motivos generales que las producen. Cada teoría de la población tiene, en efecto, una filosofía, ó quizá mejor, responde á una filosofía, y aun pudiéramos decir por nuestra propia cuenta, que responde á una concepción metafísica del mundo y á un ideal moral de la vida. Naturalmente, en esta exposición histórica de las doctrinas acerca de la población, ocupa el primer lugar la de Malthus. Al examen de sus antecedentes, de sus precursores, de sus ideas, á su crítica y refutación, dedica el Sr. Nitti gran parte del libro primero de su obra. Después estudia las causas históricas y demográficas de las numerosas doctrinas sobre la población, haciendo la historia de éstas en Alemania con Roscher, von Mohl, Rümelin, el socialismo alemán etc.; en Inglaterra con Mill, Senior, Cairnes, etc., y posteriormente con Spencer, Bessant, Gaston y tantos otros; en Francia con Say, Fourrier, Bastiat, Proudhon, Le Play, Gide, Bertillon, etc., etc.; en los Estados Unidos con Walker, George, y por fin en Italia con Messedaglia, Loria y Vanni. Realmente, esta parte expositivo-histórica del libro del señor Nitti, de todo puede pecar menos de incompleta en el respecto de la *información* biográfica y doctrinal.

La segunda parte está dedicada á la exposición de la doctrina propia del autor. El Sr. Nitti, sobre la base de una crítica de las doctrinas expuestas, y del conocimiento de las condiciones de hecho de la población, construye un sistema de la población en sus relaciones con la vida social, analizando los diferentes factores económicos, morales, biológicos, físicos y sociales que obran sobre la fuerza productiva de la población, sobre su conservación y demás, al efecto de explicar sus leyes.



No me es posible detenerme aquí á explicar los razonamientos en que el Sr. Nitti se apoya para fundar su sistema, pero antes de terminar copiaré la conclusión, que el autor formula como *nueva ley de la población* y que puede estimarse como la síntesis de sus ideas. «En toda sociedad —afirma— donde la individualidad esté fuertemente desenvuelta, y el progreso de la civilización no destruya toda actividad individual, en toda sociedad donde la riqueza se halle ampliamente subdividida y las causas sociales de desigualdad resulten fuertemente eliminadas gracias á una forma elevada de cooperación, la *natalidad* (*natalité, natalitá*) tenderá á equilibrarse con las subsistencias y las variaciones rítmicas de la evolución demográfica no tendrán nada de terribles para la humanidad.»

ADOLFO POSADA.

---

**Aritmética Elemental**, por María Encarnación de la Rigada y Ramón, y María de las Mercedes Tella y Comas, profesoras normales. — Obra autorizada por el Real Consejo de Instrucción pública. — Madrid. Imprenta de Juan Iglesias Sánchez, 1896.

Constituye una novedad bibliográfica de especial interés la *Aritmética elemental* recientemente publicada por las señoritas doña María Encarnación de la Rigada y doña Mercedes Tella, profesoras de la Escuela normal central de Maestras, novedad que sugiere consideraciones de índole general, además de las especialmente referentes al libro mencionado.

Resulta esta obra un ejemplo digno de mencionarse, por serlo de cosa á que no estamos acostumbrados: del cultivo de las ciencias matemáticas por la mujer, ejemplo no muy frecuente en ningún país y menos en el nuestro, en donde impera la idea, consagrada hasta hoy por la práctica, de que tales ciencias pertenecen al sexo fuerte y casi podría decirse que son de su dominio exclusivo.



Aun la opinión más vulgar reconoce ya sin dificultad que la mujer tiene aptitud para los estudios artísticos y literarios, y va aceptando que pueda intervenir con éxito en la práctica de las ciencias médicas. No faltan en Europa y en América ejemplos de mujeres que trabajan con fruto en ciencias naturales, y en España está bien vivo el recuerdo de una mujer que por sus estudios jurídicos y filosóficos ha dejado renombre impercedero. Pero es opinión también muy generalizada, aun entre los hombres cultos, profesada abiertamente por no pocos y admitida en su fuero interno por muchos más, la de que existe manifiesta incompatibilidad entre las aptitudes especiales de la mujer y ciertos estudios científicos, muy especialmente los matemáticos.

Los que no participamos de semejante idea, tendremos desde ahora un dato más que alegar contra ella, pues el trabajo que mencionamos constituye una gallarda muestra de que no existe tal incompatibilidad.

Al combatir el indicado prejuicio no queremos decir que todas las mujeres se hallen dotadas de una especial afición ni de marcada preferencia por los trabajos matemáticos, ni nadie podría pretender tal cosa. Creemos que la generalidad de las mujeres, como la mayoría de los hombres, se limitan á emplear el cálculo como medio de resolver los problemas que se presentan en la vida, bastándoles con efectuar las operaciones matemáticas como dictan las reglas establecidas, sin penetrar en el fondo de éstas ni preocuparse de cómo se han podido deducir; y se limitan á esto porque no necesitan más para resolver las cuestiones que pueden ser examinadas matemáticamente. Pero esto ocurre por igual á todos los seres humanos, sin distinción de sexos, y no estará, en nuestra opinión, lejos de lo cierto quien crea que á la generalidad de estos, hombres ó mujeres, la constitución mental de las nociones matemáticas con rigor científico, les exige un esfuerzo mayor que el estudio de otras materias, como la Historia ó la Geografía política por ejemplo. No negaremos, pues, que la aptitud especial



para las matemáticas, la facilidad para elevarse á las abstracciones de la ciencia pura, son propiedad de pocas mujeres y de pocos hombres, de una minoría reducida y acaso menor que en otras en las razas meridionales.

Es claro que siempre será mayor el número de matemáticos que el de mujeres matemáticas, puesto que las profesiones basadas en estas ciencias son monopolio del hombre; mas no podría deducirse de esto la incapacidad del bello sexo para la Matemática, ni semejante proporción podría servir de dato para apreciar las aptitudes de cada sexo. Si se desea hacer una estadística comparativa, y se pretende hacerla equitativamente, habrán de buscarse los datos entre los que cursan carreras profesionales que *en la práctica* estén igualmente abiertas á uno y otro sexo, y en las que los conocimientos matemáticos intervengan en igual grado, como sucede ya, ó por lo menos se aproxima á suceder, en las escuelas normales. Si en éstas se hiciesen tales estadísticas, ciertamente no resultaría de ellas un dato en pro del indicado prejuicio, como no resulta tampoco semejante desnivel intelectual en las oposiciones á escuelas públicas, realizadas con programas similares por maestros y maestras.

Respecto de la cuestión concreta que al libro de las señoritas Rigada y Tella se refiere, habrá de tenerse presente que un libro de Aritmética elemental no puede ser hoy una revolución, por tratarse de una ciencia tan cultivada, ni sus autoras se han propuesto que lo fuese; mas no por esto la obra es una de tantas como anualmente se publican, pues en lo que cabe originalidad en esta materia, como es en el plan y en la manera de desenvolverle, pueden observarse condiciones recomendables que le apartan en no poco del camino trillado. Lo propio se observa que acontece con el método en ella seguido, circunstancia nunca despreciable, y menos en una obra dedicada á la enseñanza.

El contenido es el que propiamente corresponde al nombre de Aritmética elemental que lleva la obra, y en él hallamos



algo que no es común, pero que es lógico en nuestra opinión: es que se hace el estudio de las potencias inmediatamente después de la multiplicación y el de la extracción de raíces á continuación de la división. El plan está concebido con prudente sobriedad y desenvuelto con extensión proporcionada en cada una de sus partes.

En el desarrollo se observa el orden riguroso y el encadenamiento que exige siempre el desarrollo de toda noción matemática, notándose en él algo que no es tampoco frecuente en nuestros libros escolares: que el estudio de cada cuestión está graduado para desenvolverle en dos cursos sucesivos con arreglo á un programa cíclico.

El carácter de las nociones contenidas en este libro, vela una tendencia muy manifiesta hacia la generalización, y es en muchos puntos lo que podría llamarse una Aritmética universal; es decir, que partiendo de una noción aritmética, generaliza sus resultados hasta un punto rayano con los conceptos algebraicos.

Muy conveniente es esto en una Aritmética que no tiene por único objeto indicar los procedimientos operatorios, pues hallándose dedicada á la enseñanza en las escuelas normales de maestras, en cuyos planes de estudio no figura el álgebra pero sí nociones de Geometría (y en la central de Física y Química), que exigen en ciertas cuestiones el empleo de las fórmulas, no sería posible usar éstas, aun en grado muy limitado y prudente, sin enseñar antes á operar con los factores literales. Aparte de esto, las operaciones con números ofrecen siempre un carácter de limitación y de caso determinado, inconveniente que no presentan las demostraciones efectuadas con cantidades literales, pues como éstas representan á un mismo tiempo todos los valores posibles, llégase con ellas á conclusiones de carácter general sin el menor esfuerzo.

BLAS LÁZARO É IBIZA,  
*Profesor en la Universidad de Madrid.*



## OBRAS NUEVAS

---

- Alcorta (A.)—Las garantías constitucionales, por Amancio Alcorta, catedrático de derecho internacional en la Universidad de Buenos Aires. En 4.º, VIII-488 páginas: 18 pesetas.
- Anglés y Cortari.—Los jesuitas en el Paraguay. En 8.º, 215 páginas.
- Antón Redondo (R.)—Manual sobre el procedimiento en los juicios universales de quiebras. En 4.º, 140 págs. y 17 hojas.
- Anuario legislativo de Instrucción pública, correspondiente á 1895. En 4.º, 452 págs.
- Azara (F. de).—Descripción é historia del Paraguay y del Río de la Plata; 2 tomos en 8.º, VII-428 páginas.
- Rarra (E. de la).—Sistema acentual castellano. Estudio crítico. Santiago de Chile. Impr. Cervantes, 1896. En 4.º, 62 páginas.
- Idem.—Restauración de la gesta del Cid Campeador. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1896. En 4.º, 27 págs.
- Batlle (C. de).—Luces y colores: cuentos. En 4.º, 3 hojas, 203 páginas.
- Canalejo y Soler (J.)—Fotografía artística; arte de obtener retratos, paisajes, interiores, etc., con toda perfección. En 8.º, 113 páginas.: 1,50 pesetas.
- Colección de escritores castellanos. *Tomo 112*. Memorias de la vida del Excmo. Sr. D. José García de León y Pizarro, escritas por él mismo. *Tomo III*. En 8.º, 461 páginas.
- Colorado (V.)—Teatro. En 8.º, 224 págs.: 3 pesetas.
- Contestación á las preguntas del programa para el ingreso en el Cuerpo de empleados del Banco de España. En 12.º, 175 páginas: 4 pesetas.
- Corujo (A.)—Soledades (poesías). En 8.º, 141 págs.: 2 pesetas.
- Chabrun (L.)—Manual de drogas. En 4.º, 331 págs.: 3 pesetas.
- Chaves (M.)—Historia y biografías de la prensa sevillana. En 4.º, XLII-379 págs: 8 pesetas.
- Echegaray (M.)—La monja descalza: comedia en dos actos y en verso. En 8.º, 74 págs.: 1,50 pesetas.
- Fueros, privilegios, franquezas y libertades del Señorío de Vizcaya. En 8.º, xv-415 págs. 5 ptas.
- García Barzanallana (M.)—Guía del B unco de España para 1897. En 8.º, 295 páginas: 3 ptas.
- González Billón (J.)—Suplemento al Derrotero de las costas de España y de Portugal. En 4.º, 18 páginas: 1 peseta.
- Gullón (P.)—El vapor y su siglo. En 8.º, 231 páginas: 2,50 ptas.



- Huertas y Hervás (J.)—Agridulce; novela corta. En 12.º, 96 páginas: 2 pestas.
- Iglesias y Díaz (M.) y Taboada de la Riva (M.)—Discursos leídos en la sesión inaugural del año de 1897 de la Real Academia de Medicina. En 4.º mayor, 52-109 páginas.
- Jurisprudencia referente al Código Civil, glosada, concordada y seguida de cuatro índices, para su más fácil consulta. *Tomo IV*. 1897. En 4.º, 838 páginas: 8 pesetas.
- Justiniano y Arribas (J.)—Alonso Pérez de Guzmán; Romancero. En 12.º, 123 págs.
- Liéber (F.)—La moral aplicada á la política. En 4.º mayor, VII-195 páginas: 15 ptas.
- Malagarriga (C.)—Efectos penales de la quiebra. En 4.º, IX-154 páginas: 6 ptas.
- Marroquín (J. M.)—El moro. En 8.º, 301 páginas: 3 ptas.
- Martínez Alcubilla (M.)—Boletín jurídico-administrativo. *Anuario de 1896*. 12 pesetas.
- Mascaró Alberty (M.)—Ensayos jurídicos sobre derecho foral en Mallorca. En 8.º, 138 páginas: 1,50 pesetas.
- Masips y Valls (F.)—Cooperación al estudio de las endemoepidemias de Filipinas. En 4.º, XII-121 páginas: 2,50 ptas.
- Méndez San Juan (R.)—Conferencias de geografía matemática. En 4.º, 39 págs. y una lámina: 1,50 pesetas.
- Menéndez y Pelayo, Pereda, Pérez Galdós.—Discursos leídos ante la Real Academia Española. En 8.º, 191 págs.: 2 pesetas.
- Montes de Oca y Obregón (I.)—Panegírico de San Felipe de Jesús. En 4.º, 36 págs.  
No se pone á la venta.
- Navarro (L.)—Notas relativas al empleo de los planímetros. En 8.º mayor, 15 págs.
- Oliver Copons (E. de).—Necrología del general de Artillería D. Tomás de Reina. En 8.º mayor, 43 páginas.
- Pérez Pastor (C.)—Documentos cervantinos, hasta ahora inéditos. En 4.º, XVI-435 págs.: 8 pesetas.
- Pérez y González.—¡Salud y pesetas!, versos-artículos. En 8.º, 268 páginas: 3 pesetas.
- Polo de Lara (E.)—Estudio social y político de las islas Filipinas. En 4.º, 165 págs.: 3 pesetas.
- Pons Boigues (F.)—Apuntes sobre las escrituras mozábares toledanas. En 8.º, 3 hojas y 320 páginas: 3 pesetas.
- Posada (A.)—Tratado de Derecho administrativo, según las teorías filosóficas y la legislación positiva.—*Tomo I*. (Introducción.—La función y la organización administrativas.) En 8.º mayor, 514 páginas: 7 pesetas.
- Prado y Palacio (J. del).—El porvenir de una región. En 8.º, 4 hojas y 99 págs.: 2 pesetas.
- Riquer (A. de).—Quan jo era noy. En 8.º, 191 págs. con grabados; en tela: 5 pesetas.
- Sánchez (E.)—El suero antidiftérico y la clínica racional. En 4.º, 55 páginas: 1,50 pesetas.
- Sánchez Comendador (F.)—Disposiciones vigentes sobre provisión de cátedras por traslación y concurso de Universidades é Institutos. En 12.º, 47 págs.: 1 peseta.



## INDICE

---

|                                                                                                                                                                                                     | <u>Págs.</u> |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>El saludo de las brujas</i> , por Emilia Pardo Bazán.....                                                                                                                                        | 5            |
| <i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja</i> ,<br>por un Soldado viejo.....                                                                                                 | 37           |
| <i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....                                                                                                                                                          | 71           |
| <i>Misión de la justicia criminal en el porvenir</i> , por P. Dorado.....                                                                                                                           | 87           |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero .....                                                                                                                                            | 122          |
| <i>La prensa internacional.—El feminismo en la Universidad de<br/>Zurich</i> , por Kaethe Schirmacher.— <i>El empleo de la vida</i> , por<br>Sir John Lubbock, traducido por el Dr. Luis Marco..... | 146          |
| <i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.. ..                                                                                                                                             | 165          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por A. Posada y Blas Lázaro é Ibiza.....                                                                                                                              | 200          |
| <i>Obras nuevas</i> .....                                                                                                                                                                           | 206          |